

Joan Anton BARCELO i ALVAREZ

**ARQUEOLOGIA, LOGICA Y ESTADISTICA :**

**un análisis de las Estelas de la Edad del Bronce  
en la Península Ibérica**

**Tesis Doctoral dirigida por la Dra.  
María Eugenia AUBET i SEMMLER**



*M. G. Aubet*

**Departament d'**

**HISTORIA DE SOCIETATS PRECAPITALISTES I  
ANTROPOLOGIA SOCIAL**

**UNIVERSITAT AUTONOMA DE BARCELONA**

**1989**

## **Prólogo**

---

El origen de este trabajo, o al menos sus primeros esbozos, se remontan a un pequeño estudio que presentara en la Universidad durante el curso 1983-1984. El tema no lo volvería a retomar hasta fines de 1985, cuando decidí iniciar mi Tesis Doctoral, tras el intervalo que supuso mi Tesina de Licenciatura, dedicada a la Arqueología de la Grecia Protogeométrica. Fue pues en Noviembre de 1985 cuando empecé con la investigación de campo, documentando *in situ* la mayor cantidad posible de Estelas (Cáceres, Badajoz, Salamanca, Sevilla).

El año de 1986 supuso un relativo parón en las investigaciones, debido a mis "obligaciones" militares, periodo en el cual, sin embargo, se pudo escribir una primera versión de los capítulos 5-8, e iniciar la reflexión filosófica que concluiría en la Primera Parte.

En 1987 continuó el trabajo de campo -nueva visita a Salamanca, Cáceres y Lisboa- a la vez que se presentaron en algunos Congresos las conclusiones preliminares que se habían ido obteniendo (Barceló 1987a y 1987c).

En 1988 volví a insistir en la investigación de campo -excavaciones en Alfarrobeira (Algarve)- y el borrador de la Tesis alcanzó su forma casi definitiva. Las conclusiones provisionales también fueron publicadas (Barceló 1988b y 1988c). En octubre de dicho año se dió por cerrada la Base de Datos, debido a los imperativos del Análisis Estadístico, por lo que no se ha incluido ningún nuevo hallazgo de Estela publicado con posterioridad a dicha fecha.

En los tres años y medio que ha durado esta investigación -hecha posible gracias a la concesión de una beca del Plan de Formación del Personal Investigador (Ministerio de Educación y Ciencia)- muchas personas han contribuido, bien leyendo algunos borradores previos o discutiendo conmigo ciertas ideas relacionadas. Expreso, pues, mi más profundo agradecimiento a Martín Almagro Gorbea (Universidad Complutense de Madrid), Enrico Atzeni (Universidad de Cagliari, Cerdeña), María Manuela Ayala (Universidad de Murcia), Caetano de Mello Beirão (Servicio Regional de Arqueología del Sur de Portugal. Evora), José Cardim (Museo Regional de Sintra), Sebastián Celestino (Badajoz), Joseph Cesari (Antiquités Nationales. Córcega), Eduardo Cunha Serrão (Lisboa), Juan Javier Enríquez (Servicio de Arqueología. Badajoz), Víctor M. Fernández Martínez (Universidad Complutense de Madrid), Jean Gascó (CNRS. Montpellier), Claudio Giardino (Soprintendenza Arqueologica. Roma), Milagros Gil Mascarell (Patrimonio Cultural. Junta de Extremadura y Universidad de Extremadura), Mario Varela Gomes (Lisboa), Martin Höck (Instituto Arqueológico Alemán. Lisboa), Philina Kalb (Instituto Arqueológico Alemán. Lisboa), Michael Kunst (Universidad de Frankfurt e Instituto Arqueológico Alemán. Madrid), Manuel y Maria Maia (Universidad de Lisboa), Alfredo Muzzolini (CNRS. Montpellier), José Luis Maya (Universidad Autónoma de Barcelona), José Oliveira (Universidad de Evora), Juan Pereira (Colegio Universitario de Toledo), Volker Pingel (Universidad de Bochum), Cleofé Rivero (Universidad de Salamanca), J.C. Senna-Martínez (Universidad de Lisboa), Hermanfrid Schubart (Instituto Arqueológico Alemán. Madrid), Cristobal Veny (Museo Arqueológico Nacional. Madrid), Bill Waldren (Universidad de Oxford).

Diferentes Instituciones han permitido que ésta investigación se llevara a cabo: Museo Arqueológico de Badajoz, Barcelona, Cáceres, Córdoba, Salamanca y Sevilla. Museos Arqueológicos Nacionales de Madrid y Lisboa. Museo Regional de Lagos, Setúbal y Sintra. Ayuntamiento de Silves (Algarve). Dirección Gral. de Patrimonio Cultural de la Junta de Extremadura. Instituto Arqueológico Alemán de Lisboa y Madrid. Universidad de Barcelona, Autónoma de Barcelona, Complutense de Madrid.

Debo reconocer también mi agradecimiento a aquellos profesores que a lo largo de mis estudios universitarios más han dado forma a mi pensamiento: Jordi Estévez, Vicente Lull, Verena Stolcke y Ramón Valdés. Las innumerables discusiones filosóficas que siempre suscité con ellos son señal de mi inconformismo e independencia, que en demasiadas ocasiones me ha llevado a olvidar sus enseñanzas.

María Eugenia Aubet aceptó dirigir esta Tesis, a la vez que ayudó eficazmente a conseguir la Beca con la cual ha podido ser llevada a cabo. En todo momento ha mostrado su paciencia para

con mis "excesos" dialécticos y filosóficos, a la vez que ha aportado su amistad y experiencia profesional.

Finalmente, pero no en último lugar, a mi Familia, mis padres y hermanas, que han soportado mi mal humor durante todos estos años, así como me han prestado su apoyo y entusiasmo. A mis hermanas Rocío y Coral les debó, además, la revisión de aquellos pasajes que yo mismo traduje del alemán. Mi padre tuvo la valentía de intentar leer los primeros capítulos, ofreciendome numerosos consejos.

NI que decir tiene que nadie es responsable de la forma y del contenido de este trabajo. Mi feroz , salvaje individualismo y necesidad de independencia me ha llevado incluso a escribir la Tesis en primera persona del singular , en lugar de ese *nos* tan curioso y mayestático con el que usualmente se redactan los trabajos científicos.

Se ha utilizado un ordenador MACINTOSH 512/800, el procesador de textos MACWRITE y los paquetes estadísticos MACSPIN y SYSTAT. Mi agradecimiento a Chris Soderquist, Supervisor Técnico de SYSTAT ,Inc. por su respuesta a los pequeños problemas que le plantee.



## **Introducción**

---

Este es un trabajo dedicado esencialmente a la Teoría Arqueológica, en la medida en que ésta contribuye de manera decisiva a la Explicación de la Cultura Material. En él, tras la discusión de la Filosofía del Análisis y del Carácter de los Problemas Arqueológicos, se aborda el estudio de un problema concreto: las Estelas Prehistóricas Ibéricas de la Edad del Bronce, calibrándose los resultados en el marco de una Teoría General de la Verosimilitud.

En la Primera Parte - *Interrogantes*- se encuentra lo esencial de la discusión epistemológica. Dividida en tres capítulos, el primero constituye el marco conceptual en el que adquieren sentido mis ideas propias acerca de la Arqueología. No se trata de una Filosofía de la Ciencia bien estructurada, sino de un conjunto de reflexiones al respecto, en el que es posible rastrear la influencia que sobre mí han ejercido una serie de autores (Berger y Luckmann, Bunge, Feyerabend, Hacking, Hofstadter, Hooker, Jaques, Salmon y Wittgenstein), cuyas obras se detallan en la bibliografía final. El segundo capítulo trata expresamente de todo lo relacionado con la Arqueología Teórica. No constituye tanto un estado de la cuestión, como la discusión de una nueva propuesta a la luz de la discusión actual sobre el Tema. En la medida de lo posible he intentado seguir la terminología al uso, indicando su procedencia, con el fin de no reintroducir el Nominalismo. Igualmente, he evitado alusiones a la Teoría de la Verdad, la cual será tratada con amplitud en la última parte de este trabajo. Algunos puntos introducidos en este capítulo (p.e. la noción Experimento=Proceso) serán ampliados en sucesivos capítulos, y comentados bajo una nueva perspectiva (Estadística y Lógica de la Verosimilitud). Finalmente, el tercer capítulo constituye una Introducción al estudio de caso, integrando lo "teórico" con lo "empírico". En él se esbozan las líneas generales que marcarán el desarrollo del tema -las Estelas Prehistóricas Ibéricas-, procurando relacionarlas con la argumentación de los capítulos anteriores.

La segunda parte - *Algo más que un estado de la Cuestión*- agrupa aquellos capítulos en los que se describen los datos empleados para el estudio propuesto en el Cap. 3. El Capítulo 4 expone la forma tradicional en que se ha abordado la cuestión, desde el año 1966 -la publicación fundamental de Almagro Basch- hasta nuestros días. Es, de hecho, la continuación natural del Capítulo anterior, desarrollándose las líneas generales del trabajo a realizar, a medida que se descubren las inconsistencias y debilidades del paradigma tradicional. Los Capítulos 5-8 des-

criben los datos arqueológicos, a la manera de un Estado de la Cuestión; en el Capítulo 9 está expuesta una sistematización de las Hipótesis cronológicas tradicionalmente referidas al conjunto de Estelas y Estatuas-Menhir. En los Capítulos 10-11 se detalla mi propia hipótesis cronológica.

La Tercera Parte - *Interpretaciones de una Evolución Histórica*- ofrece una primera interpretación, así como una respuesta preliminar y provisional a los problemas planteados en los Capítulos 3-4. A diferencia de lo que viene siendo habitual, y en consonancia con las ideas expresadas en la primera Parte, he realizado un intento de lo que denomino irónicamente "Prehistoria al Revés": partiendo de los hechos más modernos se reconstruye el transcurrir histórico *hacia atrás*, procurando explicar los distintos procesos causales que han generado cada uno de los momentos históricos en cuestión. Así, el Capítulo 12 constituye una reflexión acerca de la Estratificación Social y el momento histórico (siglo VII a.C.) en el que aparece en la Península Ibérica. Los capítulos sucesivos marcan el desarrollo del proceso causal responsable de esa estructura social: los Capítulos 12 y 13 están dedicados al Bronce Final y las Estelas Extremeño-Andaluzas, el 14 al Bronce Pleno y a las Estelas Alentejanas y el 15 al Calcolítico-Campaniforme y a las Estelas Antropomorfas. El Capítulo 16 ofrece un primer balance y sistematización lógica del Sistema Explicativo propuesto.

La Cuarta Parte - *Formalización Matemática del Discurso Explicativo*- es bastante distinta a las anteriores. Constituye un Análisis Estadístico del conjunto de Estelas y Estatuas-Menhir con el fin de contrastar, si es posible, las hipótesis avanzadas en el capítulo 16, desarrollando y profundizando al máximo el Sistema Explicativo anterior. Esa discusión matemática está precedida (Capítulo 17) por una argumentación teórica acerca del papel de la Estadística en la Arqueología y las Ciencias Sociales. Al igual que la Tercera Parte, ésta también acaba con un capítulo que hace las veces de balance final, sistematizando en forma lógica las Hipótesis propuestas para explicar la variabilidad estadística de las Estelas Prehistóricas.

Finalmente, la Quinta Parte - *Verosimilitud de las Hipótesis*- pretende ofrecer una vía para objetivar el discurso explicativo. Dos capítulos iniciales de carácter teórico, en los que se desarrolla el marco filosófico esbozado en la Primera Parte, dan paso al Capítulo 25, en el que, se intentan delimitar las diferentes formas de contrastación de las Hipótesis avanzadas en los capítulos 16 y 22. El carácter sistemático y globalizador de este último Capítulo, así como por partir de una reexposición de las Hipótesis formuladas a lo largo del trabajo, permite leerlo como si de las Conclusiones Finales del mismo se tratara.

# Indice Temático

---

*Prólogo*  
*Introducción*

i  
iv

## PRIMERA PARTE *INTERROGANTES*

### 1.- LAS CIENCIAS SOCIALES COMO RETORICA

La Ciencia no debe ser una mera adquisición de Conocimiento	1
La Ciencia como comprensión de la regularidad del Mundo	6
Procesos y Causalidad	8
El Tiempo y la Filosofía de la <i>Historia</i>	11
De observables e Inobservables	17

### 2.- ACERCA DEL CARACTER DE LOS PROBLEMAS ARQUEOLOGICOS

Una Ciencia de la Cultura Material	22
Historia y Arqueología	29
¿Qué es y qué no es un Problema Arqueológico?	33
"Observando" los procesos arqueológicos	37
"Interpretando" los procesos arqueológicos	40
¿Para qué sirve la Arqueología?	51

### 3.- ¿COMO ES UN PROBLEMA ARQUEOLOGICO? 54

## SEGUNDA PARTE *ALGO MAS QUE UN ESTADO DE LA CUESTION*

### 4.- LA EXPLICACION TRADICIONAL 59

### 5.- PROBLEMAS EN LA DESCRIPCION Y EXPLICACION DE LOS GRABADOS 72

6.- TIPOLOGIAS Y CLASIFICACIONES, (I)- LAS ESTELAS DECORADAS DEL SO. Y LAS ESTELAS ALENTEJANAS	<b>85</b>
7.- TIPOLOGIAS Y CLASIFICACIONES, (II)- LAS ESTELAS ANTROPOMORFAS Y LAS ESTATUAS-MENHIR	<b>91</b>
8.- LA DISPERSION GEOGRAFICA	<b>103</b>
9.- SERIACION Y CRITERIOS CRONOLOGICOS	<b>109</b>
10.- LA CRONOLOGIA DE LAS ESTELAS DECORADAS DEL SO. TIPO I	
Crítica a la Hipótesis Tradicional	<b>121</b>
Un Prólogo: El final del Calcolítico del SO. (¿Horizonte de Ferradeira?)	<b>123</b>
¿Qué es el "Bronce del Sudoeste"?	<b>127</b>
Metalurgia durante el Bronce Pleno en el SO. de la Península	<b>131</b>
Datación de las Estelas Alentejanas: Criterios Cronológicos	<b>134</b>
11.- LA CRONOLOGIA DE LAS ESTELAS DECORADAS DEL SO. TIPO II.	
Las Armas representadas en las Estelas Extremeño-Andaluzas	<b>137</b>
Datación y Procedencia Cultural de otros objetos representados en las Estelas	<b>149</b>
Hipótesis de Seriación y Adscripción Cultural de las Estelas	<b>157</b>
<b>TERCERA PARTE    <i>INTERPRETACIONES DE UNA EVOLUCION HISTORICA</i></b>	
12.- EL "ORIGEN" DE LA ESTRATIFICACION SOCIAL EN LA PENINSULA IBERICA	
La transición hacia la Sociedad de Clases	<b>167</b>
Estelas Decoradas y "Elites Guerreras" (I)	<b>172</b>
Comercio e Intercambio	<b>174</b>
Estelas Decoradas y "Elites Guerreras" (II)	<b>182</b>
Un ejemplo de "Precolonización": la presencia micénica en Italia	<b>184</b>
Una alternativa a la Hipótesis de la "Precolonización" en la Península Ibérica	<b>191</b>
Estelas Decoradas y "Elites Guerreras" (y III)	<b>194</b>
13.- "ECONOMIA REGIONAL" EN EL BRONCE FINAL DE LA PENINSULA IBERICA	
El "Horizonte Cultural" de Cogotas I	<b>200</b>
Los inicios del Bronce Final en el Sur de la Península	<b>206</b>
El "Bronce Final Tartésio": la cerámica de "retícula bruñida"	<b>216</b>
Regionalismos en la producción e intercambios de los objetos metálicos durante el Bronce Final del Sudoeste	<b>224</b>
Las Estelas Decoradas y la "Economía Regional" del Bronce Final en el Sudoeste de la Península Ibérica	<b>233</b>

#### 14.- LA SOCIEDAD DE ROLES DE PRIVILEGIO DURANTE EL BRONCE PLENO

Introducción	239
Las Estelas Alentejanas y la Desigualdad Social en el "Bronce del Sudoeste"	240
Dos Hipótesis para explicar la Estratificación Social en el Bronce Pleno Argárico	243
¿Inexistencia de Estratificación Social en el Bronce Pleno del Sudoeste?	250
Las Estelas Alentejanas, las Estatuas-Menhir y la Evolución Social durante la Edad del Bronce en la Península Ibérica	255

#### 15.- DESIGUALDAD SOCIAL EN EL CALCOLITICO DE LA PENINSULA IBERICA

Transformación del Marco Socio-económico en el SE. ibérico	260
Transformación del Marco Socio-económico en el SO. ibérico	267
Transformación del Marco Socio-económico en el Centro-Oeste peninsular	275
Transiciones hacia la inhumación en cista individual	280
El Problema de las Estelas Antropomorfas	287

#### 16.- DESARROLLO FORMAL DEL SISTEMA EXPLICATIVO 289

### CUARTA PARTE *FORMALIZACION MATEMATICA DEL DISCURSO EXPLICATIVO*

#### 17.- ESTADISTICA COMO LENGUAJE Y COMO METODO

Dos maneras de conceptualizar la Estadística	302
La lógica del razonamiento en la Arqueología Estadística	311
El carácter de la Arqueología Estadística	318

#### 18.- ESTRATEGIA GENERAL DEL ANALISIS ESTADISTICO

Introducción	321
Descripción de la variabilidad interna	323
Análisis de la Similaridad	327
Escala Multidimensional ( <i>Multidimensional Scaling</i> )	329
Análisis Jerárquico de Conglomerados ( <i>Cluster Analysis</i> )	330
Análisis no-Jerárquico de Conglomerados ( <i>K-means Cluster Analysis</i> )	333
Autocorrelaciones y Correlograma	334
Introducción a los Capítulos siguientes	335

#### 19.- ESTELAS ANTROPOMORFAS Y ESTATUAS-MENHIR

Análisis de la Similaridad: objetos	336
Análisis de la Similaridad: atributos	339
La definición de un Modelo Matemático	345

#### 20.- ESTELAS ALENTEJANAS

Análisis de la Similaridad: objetos	352
Análisis de la Similaridad: atributos	356

## 21.- ESTELAS DECORADAS DEL SUDOESTE (TIPO II)

Hipótesis iniciales y planteamiento del Problema	359
Análisis de la Similitud: elementos representados	361
Análisis de la Similitud: reglas de composición	366
La imposibilidad de construir un modelo matemático	370
Análisis Serial	371
Definición de nuevas variables	375
Homogeneidad y Criterios de variabilidad	377

## 22.- DESARROLLO FORMAL DEL SISTEMA EXPLICATIVO 384

### QUINTA PARTE *VEROSIMILITUD DE LAS HIPOTESIS*

## 23.- ELEMENTOS PARA UNA TEORIA DE LA VERDAD

Introducción	406
Verdad y Contrastación	407
Verosimilitud	412
Validez, Justificación y Objetividad	417

## 24.- LA "VERDAD" DE LAS RESPUESTAS A UN PROBLEMA ARQUEOLOGICO

Introducción	421
Empirismo y Positivismo	422
Validez y Justificación	425
Relativismo	429
Realismo	433

## 25.- CONTRASTACION DE LAS HIPOTESIS

"Observando" algunos de los resultados del Proceso	438
Contrastación de las Hipótesis	440
La "Verdad" de un Proceso Causal	455

## BIBLIOGRAFIA 458

## CORPUS DE ESTELAS ANTROPOMORFAS, ESTATUAS-MENHIR Y ESTELAS DECORADAS EXTREMEÑO-ANDALUZAS 504

## DIBUJOS ESQUEMATICOS 507

## FOTOGRAFIAS 520

## **Índice de Figuras**

---

- Fig. 1** Esquema de expansión de las Estelas, según Almagro Basch **61-62**
- Fig. 2** Esquema de expansión de las Estelas, según F.P. Curado **61-62**
- Fig. 3** Dibujos esquemáticos de algunas de las Espadas representadas en las Estelas **73-74**
- Fig. 4** Dibujos esquemáticos de las Alabardas representadas en las Estelas **74-75**
- Fig. 5** Dibujos esquemáticos de algunas de las Lanzas representadas en las Estelas **75-76**
- Fig. 6** Dibujos esquemáticos de las Hachas representadas en las Estelas **76-77**
- Fig. 7** Dibujos esquemáticos de Fíbulas y "motivos en ypsilon" representados en las Estelas **76-77**
- Fig. 8** Dibujos esquemáticos de algunos de los Escudos representados en las Estelas **77-78**
- Fig. 9** Dibujos esquemáticos de los ancoriformes representados en las Estelas **80-81**
- Fig. 10** Dibujos esquemáticos de algunos de los Peines o "broches de cinturón" representados en las Estelas **80-81**
- Fig. 11** Dibujos esquemáticos de algunos de los Espejos representados en las Estelas **81-82**

<b>Fig. 12</b>	Dibujos esquemáticos de algunos de los Carros representados en las Estelas	<b>81-82</b>
<b>Fig. 13</b>	Tipología de Estelas Antropomorfas de Almagro Gorbea	<b>92-93</b>
<b>Fig. 14a</b>	Primera Tipología de Estelas Antropomorfas de P. Bueno	<b>93-94</b>
<b>Fig. 14b</b>	Segunda Tipología de Estelas Antropomorfas de P. Bueno	<b>93-94</b>
<b>Fig. 15</b>	Esquema de asociaciones entre Estelas Antropomorfas ibéricas y Estelas mediterráneas	<b>95-96</b>
<b>Fig. 16</b>	Mapa de distribución de las Estelas Alentejanas	<b>103-104</b>
<b>Fig. 17</b>	Mapas de distribución de las Estelas Decoradas del Sudoeste, Tipo II	<b>106-107</b>
<b>Fig. 18</b>	Mapa de distribución de las Estatuas-Menhir	<b>108-109</b>
<b>Fig. 19</b>	Mapa de distribución de las Estelas Antropomorfas	<b>108-109</b>
<b>Fig. 20</b>	Comparación de las formas cerámicas del Horizonte de Transición hacia la Edad del Bronce en el SO. ibérico	<b>125-126</b>
<b>Fig. 21a</b>	Mapa de distribución de los Poblados del "Bronce del Sudoeste"	<b>128-127</b>
<b>Fig. 21b</b>	Mapa de distribución de las Necrópolis del "Bronce del Sudoeste"	<b>128-129</b>
<b>Fig. 22</b>	Distribución de "Cuencos de Atalaia"	<b>130-131</b>
<b>Fig. 23</b>	Esbozo de una clasificación morfométrica de los cuencos "Tipo Atalaia" de la Necrópolis de Atalaia	<b>131-132</b>
<b>Fig. 24</b>	Mapas de distribución de las hachas planas del Bronce Pleno en el SO. ibérico	<b>132-133</b>
<b>Fig. 25</b>	Mapas de distribución de las espadas del Bronce Pleno	<b>133-134</b>
<b>Fig. 26a</b>	Mapa de distribución de las Espadas del Bronce Final Atlántico I	<b>138-139</b>
<b>Fig. 26b</b>	Mapa de distribución de las hachas de talón macizas, lanzas de tubo largo y espadas derivadas del tipo "Rosnoën"	<b>138-139</b>
<b>Fig. 27</b>	Mapa de distribución de las espadas pístiliformes	<b>140-141</b>
<b>Fig. 28</b>	Mapas de distribución de las espadas de "lengua de carpa" y objetos relacionados	<b>142-143</b>
<b>Fig. 29</b>	Mapa de distribución de las espadas Vénat y Sa Idda	<b>143-144</b>
<b>Fig. 30a</b>	Mapa de distribución de las puntas de lanza Baiões-Maçao-Hío	<b>144-145</b>
<b>Fig. 30b</b>	Mapa de distribución de los puñales tipo Porto de Mós	<b>144-145</b>
<b>Fig. 31</b>	Mapa de dispersión de las Fíbulas de Codo	<b>150-151</b>



<b>Fig. 32</b>	Algunos peines prehistóricos ibéricos.	<b>155-156</b>
<b>Fig. 33</b>	Algunos Espejos del Mediterráneo Central semejantes a los de las Estelas	<b>156-157</b>
<b>Fig. 34</b>	Gráficos del Análisis Estadístico de la cerámica encontrada en el Arenero de Soto	<b>202-203</b>
<b>Fig. 35</b>	Mapa de distribución de la "Cerámica de Boquique"	<b>205-206</b>
<b>Fig. 36</b>	Mapas de distribución de la cerámica de retícula bruñida y de la cerámica pintada del Bronce Final	<b>217-218</b>
<b>Fig. 37</b>	Mapa de distribución de los depósitos del Bronce Atlántico II	<b>225-226</b>
<b>Fig. 38</b>	Mapas de distribución de los artefactos metálicos (hachas de cubo y talón) y cerámicas en Portugal	<b>229-230</b>
<b>Fig. 39</b>	Curva de Lorenz	<b>241-242</b>
<b>Fig. 40</b>	Mapas de distribución de las hachas planas del Calcolítico	<b>281-282</b>
<b>Fig. 41</b>	Solución del Análisis de Escalas Multidimensionales (Estelas Antropomorfas y Estatuas-Menhir)	<b>337-338</b>
<b>Fig. 42</b>	Dendograma de Estelas Antropomorfas y Estatuas-Menhir	<b>337-338</b>
<b>Fig. 43</b>	Solución del Análisis de Escalas Multidimensionales (Variables que describen a las Estelas Antropomorfas y Estatuas-Menhir)	<b>342-343</b>
<b>Fig. 44</b>	Dendograma de las variables que describen a las Estelas Antropomorfas y Estatuas-Menhir	<b>343-344</b>
<b>Fig. 45</b>	Seriación natural de los valores en la Solución al Análisis de Escalas Multidimensionales de Estelas Antropomorfas y Estatuas-Menhir	<b>349-350</b>
<b>Fig. 46</b>	Seriación atenuada de los valores en la Solución al Análisis de Escalas Multidimensionales de Estelas Antropomorfas y Estatuas-Menhir	<b>349-350</b>
<b>Fig. 47</b>	Autocorrelogramas de la Seriación atenuada de los valores en la Solución al Análisis de Escalas Multidimensionales de Estelas Antropomorfas y Estatuas-Menhir	<b>349-350</b>
<b>Fig. 48</b>	Solución al Análisis de Escalas Multidimensionales de las Estelas Alentejanas	<b>352-353</b>
<b>Fig. 49</b>	Dendograma de las Estelas Alentejanas	<b>354-355</b>
<b>Fig. 50</b>	Solución al Análisis de las Escalas Multidimensionales de las variables que describen a las Estelas Alentejanas	<b>356-357</b>

<b>Fig. 51</b>	Dendogramas de las variables que describen a las Estelas Alentejanas	<b>356-357</b>
<b>Fig. 52</b>	Solución al Análisis de Escalas Multidimensionales de las Estelas Decoradas (atributos Gomes-Monteiro)	<b>360-361</b>
<b>Fig. 53a</b>	Dendogramas de las Estelas Decoradas (atributos Gomes-Monteiro)	<b>362-363</b>
<b>Fig. 53b</b>	Dendogramas de las Estelas Decoradas (atributos Gomes-Monteiro)	<b>362-363</b>
<b>Fig. 54</b>	Solución al Análisis de Escalas Multidimensionales de las variables que describen las Estelas Decoradas (atributos Gomes-Monteiro)	<b>364-365</b>
<b>Fig. 55</b>	Dendogramas de las variables que describen las Estelas Decoradas (atributos Gomes-Monteiro)	<b>366-367</b>
<b>Fig. 56a</b>	Dendogramas de las Estelas Decoradas (atributos Almagro Gorbea)	<b>367-368</b>
<b>Fig. 56b</b>	Dendogramas de las Estelas Decoradas (atributos Almagro Gorbea)	<b>367-368</b>
<b>Fig. 57</b>	Dendograma de las variables que describen las Estelas Decoradas (atributos Almagro Gorbea)	<b>368-369</b>
<b>Fig. 58</b>	Solución al Análisis de Escalas Multidimensionales de las variables que describen las Estelas Decoradas (atributos Almagro Gorbea)	<b>370-371</b>
<b>Fig. 59</b>	Solución al Análisis de Escalas Multidimensionales de las Estelas Decoradas (atributos Almagro Gorbea)	<b>370-371</b>
<b>Fig. 60</b>	Histogramas y diagramas de "tallo y hoja" de las Dimensiones del Análisis de Escalas Multidimensionales (asociación de Estelas según los atributos de Gomes-Monteiro)	<b>371-372</b>
<b>Fig. 61a</b>	Histogramas y diagramas de "tallo y hoja" de las Dimensiones del Análisis de Escalas Multidimensionales (asociación de Estelas según los atributos de Almagro Gorbea)	<b>371-372</b>
<b>Fig. 61b</b>	Histogramas y diagramas de "tallo y hoja" de las Dimensiones del Análisis de Escalas Multidimensionales (asociación de Estelas según los atributos de Almagro Gorbea)	<b>371-372</b>
<b>Fig. 62</b>	Serie natural y estandarizada de la Ordenación Teórica de las Estelas Decoradas	<b>372-373</b>
<b>Fig. 63</b>	Autocorrelograma de la Ordenación Teórica de las Estelas Decoradas	<b>373-374</b>
<b>Fig. 64</b>	Serie natural y estandarizada de la Ordenación Cronológica de las Estelas Decoradas	<b>373-374</b>
<b>Fig. 65</b>	Autocorrelograma de la Ordenación Cronológica de las Estelas Decoradas	<b>373-374</b>

<b>Fig. 66</b>	Serie natural y estandarizada de la Ordenación Geográfica de las Estelas	<b>375-376</b>
<b>Fig. 67</b>	Autocorrelograma de la Ordenación Geográfica de las Estelas decoradas	<b>375-376</b>
<b>Fig.</b>	Histograma, Diagrama de Probabilidad y diagrama de "tallo y hoja" de la Ordenación Geográfica de las Estelas	<b>375-376</b>
<b>Fig. 68</b>	Correlación Figura Humana/Fecha/Región	<b>378-379</b>
<b>Fig. 69</b>	Correlación Complejidad/Fecha/Región	<b>379-380</b>
<b>Fig. 70</b>	Correlación Figura Humana x Complejidad	<b>379-380</b>
<b>Fig. 71</b>	Correlación Figura Humana x Complejidad / Región	<b>380-381</b>
<b>Fig. 72</b>	Correlación Escudo/Fecha/Región	<b>381-382</b>
<b>Fig. 73</b>	Correlación Figura Humana x Escudo / Región	<b>381-382</b>
<b>Fig. 74</b>	Correlación Adornos/Fecha/Región	<b>382-383</b>
<b>Fig. 74</b>	Histogramas y diagramas de "tallo y hoja" de las variables Figura Humana, Complejidad y Adornos	<b>383-384</b>

**PRIMERA PARTE**

---

**INTERROGANTES**

## **Capítulo I**

### **Las Ciencias Sociales como Retórica**

---

"¿Cual es tu meta en Filosofía?

Enseñar a la mosca la salida de la campana atrapamoscas".

L. WITTEGSTEIN *Investigaciones Filosóficas*

"De lo que no se puede hablar,  
mejor es callarse".

L. WITTEGSTEIN *Tractatus Logico-Philosophicus*

#### **LA CIENCIA NO DEBE SER UNA MERA ADQUISICION DE CONOCIMIENTO.**

Puede que sea cierto que el animal llamado Hombre tenga una naturaleza peculiar causante de muchos de sus comportamientos idiosincráticos. Sin embargo, lo que su presencia en el mundo deja entrever es que ese Hombre - todos nosotros - construye su propia naturaleza, se produce a sí mismo. Y esa auto-producción es siempre, y por necesidad, un asunto colectivo. Los Hombres producen en grupo su ambiente *socia*, así como la totalidad de sus formaciones socio-culturales y psicológicas. De este modo, ninguna de esas formaciones debe considerarse como algo propio, consustancial a nuestra existencia como seres vivos: la constitución biológica proporciona sólo los límites exteriores para la actividad productiva humana.

El *orden social* es, pues, resultado de las acciones humanas en el curso de su continua externalización. No forma parte de la "naturaleza de las cosas" y no puede derivar de las "Leyes de la Naturaleza". Existe como producto de la actividad humana, esencialmente colectiva, de ahí que el ser humano no sea concebible dentro de una esfera cerrada de interioridad estática; continuamente tiene que externalizarse en actividad para poder mantener un mínimo nivel de comunicación con los miembros de la colectividad que permita su supervivencia en tanto que individuo, así como la reproducción de su grupo social.

Si la presencia del Hombre en el mundo se caracteriza por la naturaleza colectiva de su actividad y por la necesidad de exteriorizar la mayoría de sus acciones, su *comprensión* del mundo que le rodea estará influenciada por esa misma auto-producción social. En consecuencia, bastará con definir la *realidad* como una cualidad propia de los fenómenos que el Hombre -nosotros- reconoce como independientes de su voluntad. El *conocimiento* será, entonces, la capacidad humana para percibir la realidad. Pero, dado que ésta es algo situado fuera de la voluntad humana, y el conocimiento es, por definición, un acto voluntario, se produce una contradicción epistemológica que es necesario resolver: en qué grado depende el conocimiento humano del mundo del acto de voluntad que le dio su razón de ser.

La realidad no es algo sencillo, fácilmente comprensible tras ser percibida por los sentidos. La realidad nos rodea y, en parte, está producida por nosotros. Cada proceso, cada objeto, cada estado contienen parte de la naturaleza de cualquier otro proceso. Cada cosa contiene elementos de todas las demás. A su vez, la noción que de cada cosa tenemos, nuestro *conocimiento* de ella contiene elementos contradictorios. La imagen del mundo que aparece es, entonces, semejante a un retablo barroco, una biblioteca borgesiana en la que cada libro es contradictorio con los demás, pero sin llegar a ser redundante. Leibniz escribió que Dios hizo un mundo en el que maximizó la variedad de fenómenos escogiendo las leyes de formación más sencillas; la mejor forma para maximizar esos fenómenos y tener leyes simples sería disponer de leyes inconsistentes entre sí, cada una con una aplicación concreta, pero ninguna aplicable a todo.

Junto a otros muchos Filósofos no puedo comprender la idea de una única explicación para todo aquello que existe. La diosa Realidad nos pone enfrente de una multitud de fenómenos que nos impresionan principalmente por su arbitrariedad caótica, hasta que seleccionamos determinados hechos significativos y los abstraemos de las circunstancias particulares y aparentemente no significativas que los rodean, para poder convertirlos en ideas. Ahora bien, la diosa Realidad, como todas las divinidades es, a su vez, una creación humana. No sólo está presente en todas las

acciones humanas, sino que su forma concreta, la manera en la que podemos percibirla está afectada por nuestra actividad colectiva.

¿Cuántas realidades hay? ¿Las construimos nosotros mismos, o bien es que no podemos percibirlas en su estado "puro", al margen de nuestra acción social? No pretendo resolver unos problemas que han preocupado, por los que se ha discutido interminablemente desde que al Hombre le ha dado por escribir libros de Filosofía. ¿En qué medida distorsiono el mundo reflexionando acerca de él? ¿Acaso formo parte de la *construcción social de la realidad* que caracteriza a mi propia comunidad?

¿Piensa la *Sociedad*, o bien los individuos que la integran? ¿Es la *Sociedad* una divinidad panteísta que da respuesta a todo lo existente, y yo soy su accidente? ¿O bien, esa misma y eterna *Sociedad* es otro de los resultados de la acción colectiva humana en el marco de un mundo cuya existencia es ajena tanto a mi voluntad como a la de la colectividad?

¿Cómo puedo percibir esa construcción social de la realidad, diferenciando lo que es Ideología -construcción humana- de lo que es Mundo? Observando las realizaciones de los grupos humanos. *Cultura: la totalidad de la conducta humana y los productos del pensamiento, palabra, acción y artefactos, todos los cuales dependen de nuestra capacidad para aprender y transmitir conocimiento a las generaciones sucesivas* (Cavalli-Sforza y Feldman 1981:3).

"Lo que otros me han dicho en el mundo sobre el mundo, es una parte sumamente pequeña y subsidiaria de mi propia experiencia en el mundo. Tengo *yo* que enjuiciar el mundo, que medir las cosas" (Wittgenstein *Diario Filosófico*: [29.8.1916]). Pero esta reivindicación, a mi juicio desencaminada, del solipsismo del observador no debiera servir de fundamento a aquellos que piensan que el reino del conocimiento es opuesto al reino de los fenómenos, no confluyendo ambos más que en el individuo-observador. Wittgenstein (en *Investigaciones Filosóficas*) cambió su propia manera de pensar al reivindicar más que el conocimiento en sí, la forma de expresarlo: el lenguaje.

Esta cuestión tiene dos repercusiones importantes. En primer lugar, cuando tratemos de comprender la acción humana en el mundo hemos de observar sus resultados (la Cultura) como si fuesen mensajes que deben ser comprendidos, ya que esa acción humana ha surgido por una necesidad comunicativa. En segundo lugar, y por la misma razón, mi observación ha de ser expresable de tal forma que los demás puedan comprenderla. No debe quedarse como alimento de

mi conocimiento individual del mundo, sino que, de un modo u otro ha de entrar a formar parte de la construcción social de la realidad, para trascenderla e ir más allá de la simple justificación.

Con el fin de que mis observaciones sean a su vez mensajes para mi propia colectividad habrá que establecer un código. Este código adopta la forma de una abstracción, esto es, se opta por ignorar ciertas cosas ya que no son pertinentes, seleccionando entonces en parte el contenido del mensaje mediante una elección aparentemente libre. Como el código no es absoluto, puede haber diversos mensajes latentes en mis observaciones de la acción humana, por lo cual, cambiando el código surgirán nuevos mensajes de significación igualmente profunda.

No obstante, esta concepción no permite discernir si he descubierto algo acerca del mundo real objetivo o si la realidad está únicamente en nosotros mismos. Los intentos de comprender el orden social humano no serían, entonces, más que técnicas ideológicas de adaptación y readaptación sociales.

Como consecuencia de todo lo dicho, la Ciencia no es meramente conocimiento, aunque ese conocimiento sea de un tipo peculiar, a la búsqueda de leyes generales que pongan en relación ciertas observaciones particulares, que es lo que pensaba un Bertrand Russell, por ejemplo. Prefiero conceptualizar a la Ciencia, a la manera de M. Bunge, como un estilo de pensamiento y acción, que trata de mejorar nuestro conocimiento del mundo, que trata de acontecimientos inobservables, inventa y arriesga conjeturas que van más allá del sentido común, que trata problemas y no cosas, instrumentos u hombres. La Ciencia se plantea lo que sucedió en el Pasado, lo que sucederá en el Futuro, lo que está ocurriendo en este momento y no se puede observar; mas no hay bastante con desear conocer *qué* sucede, hemos de comprender *por qué*. Antes que acumular conocimientos, lo que pretende la Ciencia es *comprender el funcionamiento de las cosas* creando un modelo de la realidad.

Esos simulacros de realidad que crea esa disciplina de pensamiento y acción llamada Ciencia representan la posibilidad de existencia de ciertos hechos o fenómenos. En cierto sentido describen la armazón del mundo, la presentan. Por tanto, una teoría científica antes que decir qué es una cosa, se refiere a cómo es: describe la realidad según sus propiedades internas, según las características que podemos percibir.

Dado que he definido la realidad como algo que existe más allá de mi voluntad para que exista, es decir, con características independientes del observador, mi mente es incapaz de percibir la en su totalidad. Sólo dispongo de imágenes que constituyen representaciones incom-



pletas de lo particular percibido. En este contexto, la percepción aparece como una herramienta conceptual: las propiedades de los hechos reales son generalizaciones abstractas de nuestras experiencias sensoriales. Nuestra representación mental de un hecho o fenómeno cualquiera está construída nivel por nivel. El más bajo establece el aspecto más profundo del contexto, por ejemplo, la tridimensionalidad del espacio. Hay niveles que se establecen transitoriamente, rasgos fijos de situaciones: son las cosas que, en el fondo de nuestra conciencia, sabemos que pueden ser debidas a un acto de voluntad, mas son aceptadas, por lo general, como reglas inmutables, por ejemplo, las reglas del lenguaje o de la acción social. De este modo se construye, paulatinamente, una jerarquización de representaciones cada vez más variable o subjetiva en la medida en que somos nosotros sus autores y no ese Mundo Externo del cual recibimos imágenes parciales.

La realidad, tal y como la conocemos y expresamos, puede ser resultado de una construcción social humana, pero se trata, en cualquier caso, de una construcción de segundo nivel, el primero lo constituye la capacidad y necesidad de representar. Sólo una vez que se domina la facultad de representar surge la idea de realidad como concepto, y más tarde, la idea de construcción social de la realidad. Paralelamente a este tercer nivel hay que considerar la necesidad de su expresión, es decir, del lenguaje.

En definitiva, en la acción humana en el mundo pueden distinguirse dos niveles conceptuales: la *representación*, esto es, nuestra capacidad de abstracción a partir de las imágenes parciales y particulares que recibimos de una realidad que nos trasciende en todos los aspectos; y la *intervención*, nuestros intentos por cambiar el aspecto del mundo. Representamos para intervenir e intervenimos por medio de representaciones. Basandonos en ello podremos denominar "real", bien a lo que usemos para intervenir en el mundo, bien a aquello del mundo que nos afecte.

La Ciencia es pensamiento y acción, luego es tanto representación como intervención. Como representación busca la estructura profunda de las cosas, lo que hay detrás de las apariencias; como intervención contribuye a la actividad humana en términos de efectividad y rendimiento. En tanto que representación pretende comprender la realidad al margen de los actos de voluntad que hacemos para comprenderla, es decir, el Mundo sin el Hombre o el Hombre sin el Mundo; en tanto que intervención pretende adecuar el Mundo al Hombre.

¿Es un esfuerzo vano? Si la Ciencia es una acción humana, ¿resulta inconcebible obtener una imagen del Mundo ajena al hombre que ha creado esa imagen? No, porque el Mundo existe al

margen de mí mismo y de mi comunidad. Estaremos de acuerdo en que esa representación no será idéntica al mundo real, al menos en la medida en que puedo conocerlo. Su adecuación estará en función del grado de intervención que yo puedo alcanzar con ella en el mundo.

¿Representación de qué? ¿Acaso todos los problemas científicos son siempre el mismo, pero planteados de forma distinta en medios distintos? Es la capacidad de intervención la que nos permite subdividir tanto como deseemos nuestros modelos de la realidad, a la vez que contribuye a desarrollarlos y a profundizar en ellos.

Toda expresión, todo lenguaje es una forma de intervenir en el mundo, considerando como "mundo" no la realidad extrahumana que, de una u otra forma nos afecta, sino precisamente la actividad colectiva de los Hombres que es la que da carta de naturaleza a la necesidad de comunicarse. Por consiguiente "hablar" acerca de las acciones humanas constituirá una forma de intervenir en el orden social.

Ahora bien, ¿hasta qué punto podemos asegurar que las Ciencias Sociales no son más que una forma de *hablar* acerca del Hombre en Sociedad? Además, ¿cómo podemos hablar sobre ello? ¿Necesitamos un lenguaje específico o sirve el lenguaje natural? ¿Podemos subsumir esas Ciencias Sociales a una simple Retórica? ¿Es cierto que toda Ciencia puede reducirse a la búsqueda de un lenguaje que permita expresar determinadas representaciones para intervenir en el mundo, en otras palabras, para decir algo de nosotros mismos?

## **LA CIENCIA COMO COMPRESION DE LA REGULARIDAD DEL MUNDO.**

*"Explicar un acontecimiento es exhibirlo ocupando su lugar (nomológicamente necesario) en la estructura discernible del mundo"* (Salmon 1984:18). Dos corolarios se desprenden de esta afirmación:

- explicación como expresión ( lenguaje)
- regularidad intrínseca del mundo

Esta "regularidad del mundo" ha de ser vista como una representación, como un sistema conceptual. Por tanto, "explicar" el acontecimiento será situarlo en el lugar que le corresponde

dentro del modelo de la realidad con el cual estemos trabajando. En otras palabras, lo que buscamos es el significado del acontecimiento, subsumirlo en una estructura conceptual que imponemos en él.

Por significado no debemos entender "un referente", sino la cadena de relaciones semánticas entre acontecimientos, sus propiedades y los conceptos en los que se subsumen. En palabras de Levi Strauss: "definir y circunscribir los fenómenos, reducir las variables y encapsular las constantes que pueden ser expresadas bajo la forma de ratios y combinaciones".

Para estudiar ese significado hay que fragmentar el dominio analizado en elementos discretos. Esas unidades son agrupadas posteriormente de forma distinta en la que han sido percibidas, esto es, en un nivel semántico (conceptual). Partimos de una representación del objeto de estudio concreta, que nos ayuda a diseccionarlo en sus partes constitutivas. Al mismo tiempo, el sistema conceptual al que se refieren las relaciones semánticas entre los diferentes elementos, constituye una representación a otro nivel. Es decir, tanto la regularidad del mundo, como el orden conceptual y el lenguaje particular en el que todo está expresado forman parte de una misma representación. Otra forma de alcanzar idéntica comprensión y expresabilidad establece no la disección del fenómeno, sino su agrupación con otros para buscar modelos que sean generalizables. Una vez obtenidos, esas generalizaciones son *interpretadas* en un sistema conceptual (representación).

Es fácil apreciar, por tanto, que la *explicación* de un fenómeno no es, en modo alguno, uno de los ingredientes de la realidad. Depende de los intereses humanos y, como tales, constituye un rasgo de las circunstancias momentáneas de la comunidad en la que es *dicha*. Porque ésta es la característica básica de toda explicación: su carácter lingüístico. Explicamos los fenómenos para poder hablar acerca de ellos. Con ello iniciamos nuestra intervención en el mundo. Hablar acerca de la realidad presupone percibir la y comprenderla, requisitos previos para toda actuación que pretenda transformarla.

El segundo corolario que se desprendía de la afirmación de W. Salmon afectaba a la existencia misma de una regularidad en el mundo que podía ser percibida. Salmon opina que las regularidades que existen en el mundo y que proporcionan las bases de una explicación científica son relaciones causales: explicar un hecho particular supone identificar la causa así como la relación causal entre el hecho explicado y su causa probable.

Es posible dudar acerca de la regularidad del mundo. No podemos percibirlo directamente, por lo que hay que contentarse con procedimientos indirectos para conocerlo. Cuanto más adecuadas son nuestras formas de comprender la realidad, mejor podemos apreciar las irregularidades. Según esto, apreciar una regularidad en todo lo que existe no sería más que un defecto, una incorrecta comprensión de la realidad.

La regularidad de la vida social, de la acción humana en colectividad es algo que nos viene dado por la esencia misma del lenguaje, imprescindible para que ésta tenga lugar. Lenguaje y Comunicación implican un código, y este código presupone una estructura determinada. Es indiscutible que esa estructura determina la forma concreta de nuestra representación del mundo, pero ¿hasta el extremo de crear una regularidad allí donde no la hay?

Esta discusión no conduce, sin embargo, a nada positivo. Si no tenemos medios para estar seguros de la regularidad del mundo, tampoco los tenemos para dudar de ella. Hasta ahora, el único criterio efectivo para "medir" la adecuación de nuestras representaciones es su capacidad para alterar la realidad que representan. Por ello, tan positivo resultará una explicación basada en la regularidad del mundo, como otra que parta del supuesto contrario.

## PROCESOS Y CAUSALIDAD.

"Los procesos causales *propagan* la estructura del mundo físico y proporcionan las conexiones entre los sucesos en las diversas partes del espacio-tiempo. Las interacciones causales *producen* la estructura y las modificaciones de la estructura que encontramos en los modelos [patterns] exhibidos por el mundo físico. Las leyes causales *gobiernan* los procesos causales y las interacciones causales, proporcionando las regularidades que caracterizan la evolución de los procesos causales y las modificaciones que resultan de las interacciones causales. Procesos causales, interacciones causales y leyes causales proporcionan los mecanismos por los que el mundo funciona; para entender *por qué* ciertas cosas suceden, necesitamos ver *cómo* son producidas por esos mecanismos" (Salmon 1984:132).

Esa estructura causal va a funcionar, a partir de ahora, como *representación* del mundo. Se trata de un sistema conceptual que imponemos en la realidad para poder comprenderla y transmitirla a nuestra comunidad. *Explicar* la realidad será, entonces, definir su peculiar estructura causal.

Para poder *hablar* acerca de una cosa es preciso diseccionarla, dividirla en partes que estén en consonancia con nuestras peculiares limitaciones en materia observacional. Así es como yo entiendo la construcción wittgensteiniana de Proposiciones y Hechos, expuesta en su *Diario Filosófico* así como, de manera mucho más detallada y perfeccionada, en el *Tractatus Lógico-Philosophicus*. El Mundo es todo lo que acaece al margen de mi voluntad expresa para que acaezca. Está formado por un conjunto de *hechos*, es decir, una combinación de objetos, entidades o cosas. El objeto es lo fijo, lo existente, la *configuración* del mismo es lo cambiante, lo variable. Luego, los hechos no pueden representarse como una mera reunión de cosas, sino la configuración de ellas, la idea que podemos tener de ellas: la *forma* de un objeto es su posibilidad de entrar en los hechos. La descripción de esos hechos constituye lo que Wittgenstein denomina *proposición*, la cual describe la realidad según sus propiedades internas.

Un *hecho* siempre será algo de lo que se sabe o supone -con algún fundamento- que pertenece a la realidad; un *acontecimiento* será, por su parte, cualquier cosa que tenga lugar en el espacio-tiempo y que, por alguna razón, se considera en algún respecto como una unidad conceptual. Así pues, el término *hecho* se refiere a la ocurrencia actual de un acontecimiento. Adquirirán un carácter factual aquellos acontecimientos singulares que sean "reconocibles".

*Proceso* es una secuencia ordenada de acontecimientos, tal que cada parte de la secuencia toma parte en la determinación del miembro siguiente. Se denomina *fenómeno* a un acontecimiento o proceso tal y como aparece a un sujeto humano determinado. Es decir, si bien los hechos pueden aparecer en el mundo externo, los fenómenos están siempre en la intersección del mundo externo con un sujeto conocedor.

No es éste lugar para reproducir la vieja polémica entre fenomenistas y realistas: ¿tenemos un acceso a la realidad que no sea fenoménico? Personalmente me inscribo en las filas del realismo científico (Bunge, Hacking, Salmon, etc.) y acepto que la realidad es cognoscible más allá de su percepción a través de fenómenos o imágenes. Las representaciones que hacemos del mundo son "reales" en tanto que nos permiten "intervenir" en él alterándolo. En consecuencia, hechos, acontecimientos y procesos serán *unidades de la representación del mundo* estrechamente vinculadas a nuestra capacidad para cambiarlo. Ahora bien ¿cómo se pueden percibir esas alteraciones provocadas por nosotros? Para el realismo, la experiencia -es decir, nuestra intervención en el mundo- tiene que explicarse con arreglo a nuestra representación del mundo: la experiencia es una clase de hechos.

La descripción nunca reemplazará a la explicación por la sencilla razón que ella misma es explicación. Describir un hecho, un acontecimiento, un proceso o una experiencia supone explicarlos, mostrándolos ocupando un lugar concreto del sistema conceptual usado para representar el mundo. Son significativos sólo cuando aparecen incorporados a la comunicación humana.

La causalidad es el sistema conceptual por excelencia para comprender y explicar la realidad. Una explicación causal es, sin embargo, algo más que una simple cadena de inferencia que lleva de un hecho a otro considerado como su *efecto*. Hay que admitir diferentes tipos de causalidad: las diversas formas en que un acontecimiento o proceso perteneciente a un nivel descriptivo dado puede "causar" la ocurrencia de acontecimientos o procesos en otro nivel. En ocasiones, el acontecimiento A será *causa* del acontecimiento B por la simple razón de que uno es la traducción, en otro nivel de descripción, del restante. Otras veces, "causa" tendrá un significado de *causalidad física*: cuando dos procesos se cruzan y las modificaciones producidas persisten tras la intersección, ésta recibe el nombre de *interacción causal*. Un proceso causal es aquel que transmite información y son capaces de propagar una modificación en su estructura como resultado de una interacción:

- dados dos acontecimientos que aparecen asociados y/o conectados en un proceso más frecuentemente que si fuesen estadísticamente independientes, existe un acontecimiento previo que es la *causa común* y explica la falta de independencia entre ambos
- si un proceso es capaz de transmitir cambios en la estructura por medio de la interacción, entonces ese proceso es capaz de transmitir su propia estructura
- un proceso capaz de transmitir su propia estructura es capaz de propagar una influencia causal de un espacio-tiempo local a otro
- existe una *relevancia causal directa* entre dos acontecimientos o dos procesos si hay al menos un proceso causal que los conecte y si ese proceso causal es responsable para la transmisión de influencia causal de uno a otro. Existe una *relevancia causal indirecta* si dos acontecimientos o dos procesos son resultado de una *causa común*.

Imponer una tal estructura causal como representación del mundo permite *explicarlo* en función de nuestra capacidad para intervenir en él. No implica reduccionismo, aunque sí una cierta visión mecanicista. Las relaciones causales son múltiples y polimorfas ya que son *activas*. Los movimientos y cambios en cada proceso o acontecimiento influyen en los cambios y movimientos de los procesos; así, la causa produce el efecto, pero éste no es pasivo, sino que actúa también sobre la causa: existe una transferencia recíproca entre causa y efecto.

En estas condiciones, para *explicar* un acontecimiento o un proceso lo situamos en su nexo causal, describiendo los procesos causalmente relevantes y las interacciones que lo han llevado a tener la forma particular que manifiesta ante nosotros.

Esta concepción causal puede aplicarse a todos los dominios de estudio, tanto al Mundo Físico como a las colectividades humanas: toda sociedad es un conjunto de gente regulado por recursos semánticos, reglas y axiomas. Cada subconjunto del conjunto "sociedad" es un resultado de *procesos históricos* que actúan al igual que procesos causales. Sin embargo, estos subconjuntos no constituyen un *Sistema Estructurado*, sino que aparecen superpuestos, retorcidos y/o deformados, algunos fuertemente estructurados, mas otros registrando un nivel mucho más débil de estructuración y aun de semiestructuración.

La existencia de procesos causales, entendidos como "relaciones" entre los elementos discretos en los que se puede subdividir *representacionalmente* un grupo humano, es más adecuada que el uso de relaciones funcionales y/o de compatibilidad. Por esa razón, si queremos *explicar* la acción humana, esto es, hablar acerca de nosotros mismos, tendremos que señalar los procesos causales (*históricos*) que nos han llevado a la situación directamente perceptible que pretendemos tratar.

## EL TIEMPO Y LA "FILOSOFIA DE LA HISTORIA".

"Suceso: se trata del cambio, en un objeto, del estado  $O_1$  al estado  $O_2$  que situamos en el lugar  $S_1$  y luego en  $S_2$ , en el Tiempo  $T_1$  y en el tiempo  $T_2$ " (Jaques 1982: 65).

Intimamente relacionada con el concepto de causalidad y aún con la esencia misma de los procesos aparece la noción de *sucesión*. Los procesos han sido definidos como *secuencias ordenadas*

de acontecimientos. Ese orden no tiene porqué ser necesariamente una sucesión, de la misma manera que no todo proceso es causal, pero sí todo proceso causal implicará una sucesión. De la definición anterior se desprende la necesidad del *cambio* para entender toda sucesión: para definir un acontecimiento o proceso tenemos que suponer que las cosas siguen existiendo antes o después de una interacción causal.

Mediante nuestra experiencia de la permanencia y continuidad de las cosas podremos definir el tiempo. En una primera aproximación, aún a riesgo de falsear la representación, es posible asociar el cambio, la transformación, con el tiempo, y lo persistente, lo durable, con el espacio. Ahora bien, ni espacio ni tiempo son categorías absolutamente separadas e independientes de una experiencia, esto es, intervención en el mundo, que organizamos conceptualmente por referencia a la dialéctica entre el cambio, el movimiento, la transformación y la constancia, la permanencia y la continuidad.

No "percibimos" ni "observamos" el tiempo o el espacio, sino que los creamos al intervenir en el mundo. Tanto uno como otro son fundamentales a la hora de configurar la representación del mundo. Son conceptos que permiten *explicar* toda experiencia, toda acción humana:

- el sentido de la simultaneidad da origen a nuestro concepto de espacio. Cosas que coexisten en el mismo momento como puntos situados a distancia
- el sentido del recuerdo, la intención y el logro da origen a nuestro concepto del tiempo. Cosas que conservan su identidad de manera continua mientras sufren una transformación intencional como puntos situados a distancia en sucesión

Ya que espacio y tiempo son representaciones resulta secundario discutir acerca de su percepción. No coincido con E. Jaques -autor de una de las mejores filosofías del tiempo que haya leído- en su caracterización "nouménica" o fenomenista del universo. Coincido con I. Hacking en considerar "real" lo que usamos para intervenir en el mundo para afectar a algo más, o bien lo que el mundo "emplea" para afectarnos. Tiempo y Espacio son dos conceptos que permiten explicar, proporcionan el código lingüístico-conceptual indispensable para *hablar* acerca del principal atributo humano, aquel que proporciona su razón de ser: la acción colectiva. De ella, y a medida que se aumenta la intervención en el mundo aparece el movimiento (y su representación: la distancia), el cambio (y su representación: la sucesión), la transformación (y su representación: la causalidad). Tiempo y Espacio son representaciones de nivel superior para explicar la dialéctica entre las experiencias anteriores.



Movimiento, cambio y transformación son características de todos los hechos, acontecimientos y procesos. No sólo yo me muevo, cambio de apariencia y transformo mi entorno, sino que esos son rasgos de todas las entidades, y en la medida en que ese movimiento, cambio y/o transformación me afectan, percibo su existencia, su realidad.

Puedo representar un grupo humano mediante el conjunto adecuado de hechos, acontecimientos y procesos. Sin embargo, para *explicarlo* necesito comprender las relaciones de movimiento, cambio y transformación entre ellos. Es decir, trascender los nexos causales en una representación de mayor nivel cognitivo: la estructura espacio-temporal.

Esto no significa que ese continuo espacio-tiempo de referencia sea una estructura artificiosa y prefabricada, sino que aparece como resultado de la acción de ese grupo en el mundo, es decir, del complejo de sus movimientos, cambios y transformaciones. De esta representación se desprende imagen del Tiempo no unívoca, sino multiforme. El tiempo no es una cosa, no es una escala, sino nuestra experiencia de la continuidad y la sucesión. El tiempo no es una variable dependiente o un atributo, una medida de duración vacía de acuerdo a la cual se pueden disponer las experiencias ocurridas, sino una condición para las práctica social. Lo social no existe *en* el tiempo, por lo que no es posible separar la sincronía de la diacronía, la definición estática del desarrollo temporal. Del mismo modo, el Espacio es, a su vez, un proceso que se expande y se contrae, algo dinámico. Se trata de una concepción del espacio como fuerza y no como lugar, la percepción de tensiones y contratensiones, armonías y disonancias. El Espacio como construcción y no mera posición.

La pregunta clave tendría que ser "¿cómo es el tiempo?" y no "¿qué es?". Lo cual requiere "construir" la *forma* del Tiempo como condición para explicar su naturaleza. La *forma* es un derivado de nuestra organización cognitiva del mundo físico en tres dimensiones, en tres coordenadas siguiendo a las cuales medimos, determinamos y situamos la extensión y posición de puntos y de objetos. El Tiempo es, esencialmente, bidimensional: la primera dimensión es el eje temporal de la intención, el tiempo en el que nos proponemos, planeamos o tramos de realizar algo; la segunda es el eje temporal de la sucesión.

Las ideas de pasado, presente y futuro, transcurso y dirección, flujo y cambio, se asocian exclusivamente con el eje temporal de la intención. Son expresiones de nuestro campo de experiencia en el presente que fluye. En cambio, las ideas de anterior y posterior, antes y después, discontinuidad, constancia y permanencia, se asocian exclusivamente con el eje temporal

de la sucesión. Expresan la experiencia que consiste en tomar un corte transversal, una abstracción espacial del suceder; reflejan nuestra capacidad de detener mentalmente el tiempo.

Ahora bien, esta concepción del Tiempo en dos dimensiones sirve para concebir el mundo humano por oposición al mundo físico, que requiere una única dimensión: la sucesión. Bertrand Russell afirmaba, por ejemplo, que existe un tiempo real asimétrico y unidireccional; la existencia de un eje intencional podría dejarse de lado, pues se trataría de un fenómeno meramente psicológico. Esto significa que nuestras ideas de pasado, presente y futuro no se refieren más que al conocimiento que de ciertos sucesos tiene un observador en un momento dado del tiempo real, combinado con ciertas percepciones del presente, así como ideas del presente sobre lo que al observador le gustaría que ocurriera o desearía que pudiese acontecer: una combinación de experiencias complejas, que suceden siempre en el presente.

El eje de la sucesión destaca relaciones de sentido entre sucesos; dados dos sucesos cuyos hechos han sido registrados, se pueden formular enunciados acerca de la anterioridad de uno respecto del otro; la sucesión no es direccional, por más visos que tenga de serlo; retrospectivamente es posible considerar una cosa posterior a otra que, según consignan los registros, sucedió antes, pero no se puede afirmar que una cosa se mueve hacia otra que todavía no existe. En el eje de la intención, la direccionalidad reside en el fluir de la conducta y de la experiencia humana, más que en el propio fluir del tiempo. Aquí la dirección cobra un sentido preciso que designa la voluntad de una persona de alcanzar cierta meta en un plazo determinado. Es un *apuntar hacia algo*, una marcha hacia un *punto determinada*. En consecuencia, lo *diraccional* es la orientación de la intención humana, en proceso intencional y no el tiempo *per se*.

La direccionalidad del tiempo intencional constituye, por tanto, el concepto básico para entender la sociedad como una serie heterogénea de subconjuntos que son el resultado de diferentes procesos e interacciones causales. Toda causa se produce dentro de un esquema temporal, ya sucesivo, ya intencional. Mas si explicásemos esa red causal con arreglo, exclusivamente, al eje de la sucesión, nos limitaríamos a determinar las diferentes acciones sociales causantes del orden presente en un sentido positivista restringido; es decir, a consignar si un suceso ocurrió o no y, en caso afirmativo, cuando fué.

Una datación retrospectiva de esta índole no atribuye sentido alguno a los acontecimientos o a los procesos. Constituye una explicación de muy bajo nivel cognitivo. Para aumentarlo hay que "interpretar", es decir, situar esos mismos acontecimientos o procesos en un esquema conceptual que dé cuenta de su propósito, finalidad e intención.

¿Qué es entonces el Pasado? En modo alguno puedo aceptar concepciones tradicionalmente en boga: "el pasado está en todas partes", "el pasado es esencial, sin él no tendríamos entidad, nada sería familiar y el presente no tendría sentido". ¡Antes al contrario, el significado del pasado es el presente!

No hay acontecimientos externos que de algún modo estén existiendo ahora en el futuro, que viajen hacia el presente y se vuelvan presente en un futuro, tras lo cual migraran del presente al pasado para convertirse en acontecimientos pasados. Pasado, presente y futuro no son, en consecuencia diferentes clases de tiempo, sino modos de organización de nuestra experiencia actuando en el mundo. Son conceptos que construimos para expresar una sensación consciente que refleja la oscilación entre nuestras intenciones, nuestros recuerdos actuales y nuestros deseos o anhelos. Puesto que estos diversos aspectos nunca entran en escena de manera simultánea con un límite que los separe, no pueden existir fronteras nítidas entre ellos.

Así, el presente es una fluida mezcla de la vivencia presente que la persona tiene del lugar donde está; de su vivencia presente del futuro, como el punto donde desea llegar; y de su vivencia presente del pasado, la experiencia a que recurre, incluido lo que ya ha hecho: todo esto existe como un campo complejo unificado sobre un eje (la intención) perpendicular a la coordenada temporal de la sucesión.

Es posible abstraer la condición de pasado de un acontecimiento o proceso cualquiera, volviéndola así explicable y estática. Podemos verbalizar, entonces, ese acontecimiento, reteniendo además la relación recíproca fija entre el acontecimiento y las circunstancias que estoy experimentando en este momento. No obstante, esta relación está en cambio continuo ya que se define desde el presente; no es una relación fija de anterioridad o posterioridad.

Para explicar la forma actual del orden social es preciso reconstruir el conjunto de procesos e interacciones causales y situarlo de acuerdo a las dos dimensiones del tiempo. De nuestra experiencia del cambio o de la invariancia de nuestras propias acciones inferimos un comportamiento idéntico para el resto de la comunidad. Luego, toda concepción de nuestro horizonte social se basa en la observación de hechos en el mundo real, ya sean estos acontecimientos en sí o resultados de procesos. Con arreglo a esas observaciones, a nuestra intervención en el mundo en que vivimos, lo interpretamos. La representación resultante es, en parte, una retrodicción de ciertos hechos y su atribución a un momento anterior, antes que una descripción de lo que aconteció en un supuesto pasado real.

Ahora bien, no acaba de convencerme la idea de que el Pasado sólo puede ser determinado con arreglo al Presente. El mayor lastre que tiene la Historia para comprender el desarrollo de las acciones colectivas humanas es su idea del Pasado como algo real, como objetivo de su estudio y no como medio para comprender el presente. Por consiguiente, no existen los acontecimientos históricos. No hay ningún acontecimiento "estable", un suceso objetivo singular. Ese acontecimiento no es más que una abstracción que permite explicar la estructura causal del orden social en función del eje temporal de la intención, esto es, de la direccionalidad.

¿Estoy negando la Historia? En cierto sentido quizás sí. Estoy radicalmente en contra de la acumulación de conocimientos acerca del Pasado. Si la Historia es Ciencia, entonces constituye una forma de pensamiento y no un "algo" que debemos explicar. No me interesa conocer en detalle o *reconstruir* acontecimientos y situarlos en una sucesión. Jamás he comprendido la utilidad de esos libros de Historia que empiezan por lo más antiguo y concluyen en puertas de lo presente. Son inútiles, aunque propongan cientos de leyes para explicar ese desarrollo. La auténtica Historia ha de empezar en el presente y crear sus propios pasados como abstracciones de la direccionalidad de los procesos causales que consigue definir.

Toda Historia es un estudio de mí mismo, de mi ambiente, de mi colectividad y no de un acontecimiento remoto cuya conexión con mi mundo nunca llega a aclararse. Es el Presente el que se hace Pasado, según afortunada frase de Wittgenstein (*Cuaderno Marrón*), para proporcionar una visión panorámica en la que se puedan descubrir las relaciones internas del orden social vivenciado *ahora*. La Historia, finalmente, no es un objeto ni un hecho, sino un razonamiento determinado, un subconjunto de la lógica; el historiador (un científico) estudia acontecimientos y procesos sociales con arreglo a ese método.

¿Es mejor mi "Filosofía de la Historia" que la Infinitud que ha sido propuesta? No lo sé. Tampoco me planteo si es estrictamente novedosa. Es la mía, en tanto que soy *yo* quien estudia mi propio mundo. Yo soy la mosca que quiere huir de la campana atrapamoscas (cita inicial). Quiero comprenderme a mí mismo en mi existencia dentro de una colectividad.

¿Ventajas? Las he definido a partir de dos grandes características: representación e intervención. Si lo que pretendo explicar son procesos y acontecimientos, esto es, acciones, debo ser capaz de *observar* las transformaciones que generan, las causas que producen. Y sólo seré capaz de *interpretarlas* cuando imponga sobre esas modificaciones, sobre esas intervenciones "reales", una representación, un sistema conceptual en el que prima el concepto Tiempo, por ser, a su vez, la abstracción genérica de toda acción.

## DE OBSERVABLES E INOBSERVABLES.

Un objeto puede ser observado directamente si (1) un receptor apropiado recibe información, y (2) esa información se transmite sin interferencias. En otras palabras,  $x$  es observable sólo si existe por lo menos un instrumento registrador,  $w$ , un conjunto de circunstancias,  $y$ , y un conjunto de instrumentos de observación,  $z$ ; de tal modo que  $w$  pueda registrar  $x$  bajo  $y$  con la ayuda de  $z$ .

Una propiedad *observable* es un índice de otra propiedad sólo si existe una relación determinada y constante entre ambas, de tal modo que todo cambio observable de la primera pueda interpretarse como, o atribuirse a, un cambio determinado de la segunda.

Se ha dicho que este procedimiento implica, necesariamente, una dependencia tal del aparato conceptual del observador, que todas las observaciones resultantes aparecen "cargadas de teoría". Esta opinión ha sido defendida, sobre todo por los fenomenalistas y anti-realistas, desarrollando la antigua concepción kantiana.

En las páginas anteriores he afirmado repetidamente mi concepción *realista* del Mundo y de la Ciencia, de ahí que muestre mi total rechazo con esa concepción, a mi parecer errónea. Creo que Hacking ha abordado correctamente el problema al constatar que nadie precisa de una teoría observacional para construir un muro de ladrillos o ponerse los zapatos. Ahora bien, esto no quiere decir que la *observabilidad* sea una propiedad intrínseca de las cosas. No hay duda alguna que la observación resulta de la actividad humana, es decir, resulta de nuestra *intervención* en el mundo.

La observación es selectiva e interpretativa porque tiene una finalidad y una intención. Tenemos que interpretar lo que percibimos, si es que queremos hacer una selección de los objetos perceptuales relevantes para nuestras ideas y nuestros objetivos. Sin ello no podríamos registrar nada, o bien tendríamos que registrar todo lo que se presentase ante nuestros sentidos.

M. Bunge ha puesto en relación estas consideraciones con las enseñanzas epistemológicas de la teoría de la relatividad: las leyes de los hechos son absolutas (o sea, independientes de todo marco de referencia, y particularmente de todo observador), mientras que los hechos observa-

bles son relativos al marco de referencia adoptado en cada caso. En segundo lugar, no se pretende establecer leyes explicativas entre los fenómenos, porque no hay tales leyes: la apariencia no tiene estructura; por tanto, los esquemas o estructuras se buscan y encuentran más allá de la apariencia, en una realidad que se supone allí, pero que tiene que afirmarse por medio de representaciones, puesto que no puede percibirse directamente, sino sólo en tanto que nosotros intervenimos en ella o ella en nosotros.

Pero no sólo los hechos *observables* plantean problemas epistemológicos. De la anterior discusión sobre procesos e interacciones causales se desprende la idea de procesos inobservables: por ejemplo el viento, proceso causal del movimiento de las hojas de un árbol. Observamos las transformaciones del entorno físico, mas somos incapaces de percibir sus procesos causales.

Para descubrir los *inobservables*, lo que hacemos es afirmar su relación con algún hecho perceptible que sirva de indicador. Esas relaciones son postuladas por la *representación*, es decir, una teoría científica, y son sometidas a prueba, han de alterar la realidad en la forma prevista por la teoría. De este modo se introduce el concepto fundamental de *experimentación*. La naturaleza esencial de cualquier experimento es la creación de hechos, es decir, la creación de observables mediante la simulación controlada de un proceso causal. Es una pregunta directa y precisa a la realidad, una intervención en el mundo en términos de la representación que de él tenemos.

Muchos autores afirman que la principal diferencia entre Ciencias Naturales y Ciencias Sociales estriba en la falta de una experimentación auténtica en estas últimas. ¿Hasta qué punto esto es cierto? Dos son las dificultades -imposibilidades según algunos-:

-el control estricto de los procesos causales implicados

-la "transformación" del entorno social que implican.

Las frases que suelen emplearse para resaltar el caracter no experimental de la Ciencia Social son: "no se puede observar una sociedad bajo un microscopio", "es imposible alterar una estructura social para constatar un modelo explicativo",... A mi juicio se trata de consideraciones fuera de lugar. Una Sociedad no es un "algo" que haya de ser observado y descrito, sino un concepto explicativo; como tal es un *inobservable*, por lo que debe ser estudiado a partir de indi-

cadores. El objetivo es conocer y explicar los procesos que han llevado a los grupos humanos a adoptar esa *forma de actuación* concreta. En consecuencia, se trata de una red causal en la que el concepto Tiempo juega un papel de gran importancia.

Es así como yo entiendo el estudio del Pasado, en la medida en que reconozco unos procesos o unas interacciones causales que han sido las responsables de transmitir ciertas modificaciones al Presente. Los distintos Pasados sincrónicos se consideran más que construcciones, *creaciones* del investigador. En otras palabras, cada pasado que reconstruye un historiador es, de hecho, un experimento en el auténtico sentido de la palabra: creación de observables a partir de la formulación teórica de ciertos procesos causales.

D.W. Read (1985, 1987) ha caracterizado de este modo la experimentación en Ciencias Sociales: los procesos causales son vistos como experimentos, en el sentido en que cada transformación o hecho provocado por el proceso puede considerarse como el resultado de un experimento. Las consecuencias de ese "experimento" son, simultáneamente, las consecuencias de los procesos causales. Así, cada aparición de los efectos de un proceso dado puede interpretarse como una repetición del experimento:

"Esto puede hacerse definiendo primeramente el experimento como un proceso *simple* del mundo real que provoca un delimitado conjunto de fenómenos. Entonces el espacio probabilístico está definido por un conjunto de resultados posibles por medio de la identidad, Experimento=Proceso, y las probabilidades de los resultados son ahora una medida (determinada por una teoría apropiada al proceso o por la repetición del experimento) de las características del proceso. Cada entidad producida por el proceso puede ser considerada como una repetición del Experimento, así la proporción de veces en que un resultado particular ocurre es una estimación de la probabilidad de ese resultado cuando se efectúa el experimento" (Read 1987: 159-160).

El Experimento=Proceso no es una mera traslación de la estructura de los inobservables en el dominio observable, sino que, a través de las probabilidades asociadas con los resultados, constituye la traslación de unas condiciones empíricas en un dominio conceptual, en la medida en que las primeras "afectan" al segundo.

Los "adversarios" de este enfoque (p.e. Carbonell, Guilbaud y Mora 1983) aceptan que la experimentación en Ciencias Sociales pueda llegar a reproducir "datos", si bien dudan de la reproducción de los procesos que los han originado. Opinan que las relaciones sociales no pueden ser reproducidas por ningún método experimental, ya que el Hombre es un ser racional y él, en

grupo, dispone de una gran capacidad para plantear alternativas ante el medio en que se desenvuelve. Cada grupo humano, según su consciencia social, capacidad de transformación, etc. crea unas pautas de transformación y comportamiento que no pueden ser consideradas como *leyes* generales, sino, a lo sumo, como particulares en cada momento histórico determinado. Neuberger (1977) considera, además, los siguientes "límites" de las Ciencias Sociales:

- carácter único de ciertos acontecimientos sociales
- a priori, el conjunto de variables sociales relevantes es infinito
- limitación en la experimentación social
- supuestos acerca de la distribución subyacente a la inferencia estadística social.

Ahora bien, no interesa estudiar la irrepitibilidad de ciertas acciones humanas, a no ser en la medida en que proporcionan información acerca de la regularidad social. Los otros límites sí que son plenamente válidos, si bien no influyen tanto como se ha supuesto: también el mundo de la Física tiene infinitas variables relevantes y parte de unos supuestos subyacentes a la inferencia estadística, mas no por ello su poder *explicativo* es menor.

Creo que el "error" radica en la conceptualización de las leyes generales como principios fijos, inamovibles, que limitan de un modo u otro, la acción humana. En el sentido en que antes he definido la *construcción social humana* resulta absurdo hablar de principios inmanentes que den forma y significado a esa acción. El Hombre se construye a sí mismo y no resulta construido por un "algo" -leyes estadísticas esotéricas- intangible. Lo que busca el científico social -al menos ese es *mi* objetivo- es la regularidad con que el Hombre construye su realidad social. ¿Qué significan las diferencias o semejanzas directamente *observables*? ¿Qué procesos *inobservables* son responsables del orden en el que estamos inmersos, del orden que estamos construyendo *aquí y ahora*?

Las Leyes Científicas no afirman conjunciones de Hechos, sino relaciones entre rasgos previamente seleccionados. Tampoco afirman la igualdad entre individuos, sino la invarianza de ciertas relaciones independientemente de los cambios que pueda haber en los valores de las variables individuales. En otras palabras, una *ley* designa el esquema objetivo de una clase de acontecimientos, o sea, cierta relación constante o red de relaciones constantes que se cumplen en la naturaleza, seamos conscientes de ellas o no.

En definitiva, no pretendo reducir al Hombre, justificar a mi grupo social o a mí mismo. Pretendo abordar la complejidad, observable e inobservable, definiendo, paulatinamente aquello



cuya *realidad* y existencia puedo aceptar, es decir, que causa una alteración apreciable en mí o en mi entorno. Quiero encontrar un sentido -dentro de mi propio esquema conceptual, claro está- a lo particular, antes de abordar lo general. No afirmo "el Hombre es así", sino que intento definir unos procesos *reales* causantes de un orden concreto. Y es en este sentido en el que *experimento*, esto es, induzco una transformación en el objeto de estudio. Obligo al Presente a actuar *como si* fuese Pasado para extraer unos procesos que, a lo largo del eje intencional del tiempo, demuestran tener una naturaleza causal.

## Capítulo II

### Acerca del Carácter de los Problemas Arqueológicos

#### UNA CIENCIA DE LA CULTURA MATERIAL



La acción colectiva humana es capaz de objetivarse, es decir, se manifiesta en unos productos directamente observables que sirven como índices más o menos duraderos de los procesos subjetivos de quienes los producen. La realidad de la vida cotidiana está llena de tales objetivaciones de la expresividad humana. Estoy rodeado *siempre* de objetos que "proclaman" las intenciones subjetivas de mis semejantes, aunque a veces resulte difícil saber con seguridad qué "proclama" aquel objeto en concreto, especialmente si lo han producido personas a quienes no conozco (Berger y Luckmann 1976).

Por lo tanto, la Cultura Material (1) puede ser considerada como un tipo peculiar de comunicación no-verbal (Fletcher 1986, Shanks y Tilley 1987a); constituye un discurso material articulado y estructurado que forma un canal específico para la transmisión de las reglas semánticas que definen y circunscriben el orden social. De esta forma, en aquellos grupos en los que la comunicación interindividual es exclusivamente oral, la cultura material actúa como un medio comunicativo de considerable importancia, a la vez que sirve de intermedio para la orientación de la gente a causa de su mayor perdurabilidad, si la comparamos con los actos hablados (Tilley 1986, Shanks y Tilley 1987b).

---

(1) Desarrollando la definición de Cultura, avanzada en el Capítulo 1, Cultura Material serán todas las manifestaciones *observables* de la conducta humana.

Los objetos, pues, son semiológicos, construcciones culturales análogas a estructuras oracionales, acciones simbólicas cuyo significado está determinado por los contrastes entre las distintas clases de elementos sujetos a los principios específicos de la estructura social (Wylie 1982). A su vez, el orden social es visto como un conjunto de códigos y reglas de acuerdo a las cuales se producen sistemas observables de interrelaciones. Si los individuos organizan su experiencia de acuerdo a un conjunto de reglas, la comunicación y la comprensión del mundo son el resultado del uso de ese conjunto de reglas, que identifican tanto la forma en que los símbolos se organizan, como el significado de los símbolos individuales en contraste con otros: la Cultura Material aparece, entonces, como un conjunto estructurado de diferencias (Hodder 1982).

La Cultura está siempre en función de la conducta humana, no es "algo" que existe por sí mismo y trasciende el orden social (Gould 1980). No debemos obsesionarnos con la idea de "descubrir-la", sino caracterizarla en tanto que producto de los esquemas de acción organizados y organizadores, significativos para los individuos implicados. Esos esquemas están estructurados de tal manera debido a la necesidad humana de categorizar y ordenar (*representar*) para percibir y actuar (*intervenir*) en el mundo. Los esquemas organizativos son arbitrarios, en el sentido en que ni su forma ni su contenido están determinados por algo exterior a ellos mismos (Hodder 1987a).

Estas consideraciones no son contrarias a las expuestas por L.R. Binford, sino que, en cierto modo, las subsumen. Binford definía Cultura como "medios de adaptación humana extrasomáticos; la Cultura es un sistema adaptativo extrasomático usado para integrar una sociedad con su ambiente y con otros sistemas socioculturales" (Binford 1965). Hay que tener en cuenta el objeto de estudio específico de este autor: el Paleolítico, es decir, el momento en el que la imperfección de los medios usados por el Hombre para *intervenir* en el mundo lo dejaban en inferioridad de condiciones frente a las agresiones del medio natural. Resulta lógico, por tanto, que considerara que cada adaptación humana se caracteriza por un sistema logístico en el cual la movilidad, posicionamiento óptimo y la partición de actividades en conjuntos relativamente cerrados caracterizasen la estrategia adaptativa (Binford 1972). Este particular planteamiento permite distinguir un *proceso causal*, la estrategia adaptativa, responsable de una transformación específica en la Cultura Material: la partición de las actividades humanas en conjuntos espacialmente definidos (*efecto*).

Se ha escrito que la Cultura Material no significa tanto una relación entre la gente y la naturaleza, como relaciones entre grupos, relaciones de poder, ya que el entorno está a su vez socialmente constituido (Shanks y Tilley 1987b). Eso es cierto, pero ¿no implica la adaptación

al entorno una forma de acción social?, ¿acaso el medio natural no interactúa con el medio social, limitándolo, ofreciéndole un soporte sobre el cual la existencia humana tiene lugar, en una palabra, dando el criterio de su realidad? En este sentido, el paisaje es también un elemento de la Cultura Material (Johansen 1987, Lull 1988).

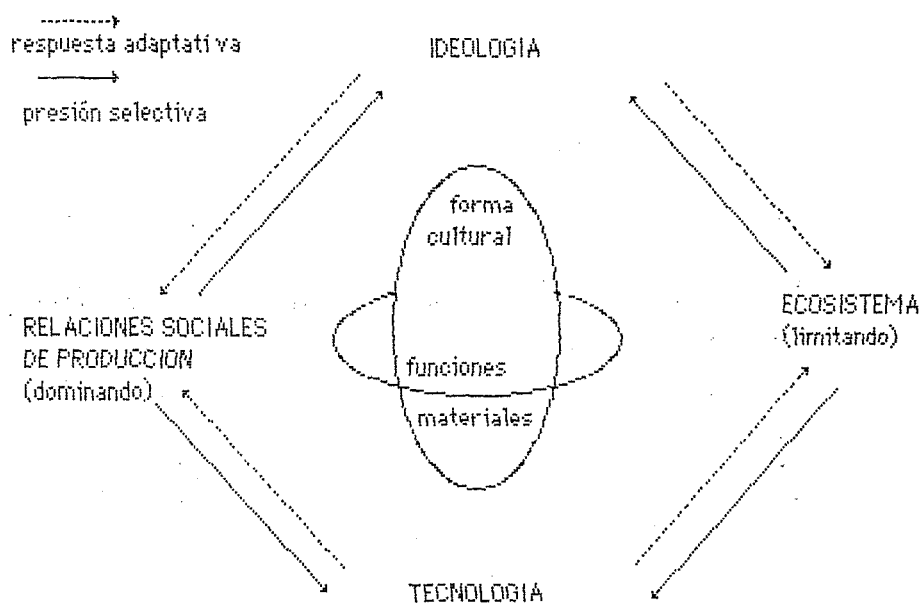
La adaptación, ya sea a un medio natural, ya a un entorno social, es una forma de comunicación específica en un contexto peculiar. No podemos decir que la estrategia adaptativa de una colectividad *crea* su Cultura Material, sino que es un proceso causal que *expresa* una disposición particular de artefactos y objetos humanos. Si la Cultura Material es uno de los cauces por los que discurre la comunicación social, ¿acaso constituye un producto de la misma? En absoluto. La realidad no está "reflejada" por el lenguaje o la Cultura Material y sí activamente producida por ellos (Tilley 1986). Los dos son medios para intervenir en el Mundo. Nuestra representación de la realidad dependen de ellos, por lo que ni la Cultura Material ni el lenguaje pueden considerarse un resultado de nuestra concepción del Mundo físico y/o social. Su significado dependerá, consiguientemente, de la manera en que el mundo haya sido socialmente construido mediante ellos.

De esta manera, no andaremos desencaminados si afirmamos que es la misma Cultura Material quien *crea* la sociedad por medio de las acciones de los individuos; aunque, dado que no puede hacer nada por sí misma, si "actúa a su vez" sobre la sociedad tiene que hacerlo dentro de los marcos de significado de la sociedad misma. La cultura material actúa sobre la comunidad humana de una forma social; la acción sólo puede tener lugar en un marco social de creencias, conceptos y disposiciones (Hodder 1986). La Cultura Material, entonces, no debe ser vista como un mero reflejo de los sistemas conceptuales y las prácticas sociales; está activamente implicada en la formación y estructuración de esas prácticas (Kus 1984, Shanks y Tilley 1987b).

Sólo así es posible considerar la Cultura Material como una "objetivación del ser social, una reificación literal de ese ser social en la co-presencia y ausencias englobadas en la forma material" (Shanks y Tilley 1987a: 130). Los esquemas estructurados de la acción y la conciencia quedan retenidos en objetos como significaciones de la práctica que los produjo. "Un movimiento dialéctico organiza la objetivación en la que la actividad transforma la materia y niega su forma original en el proceso de esa transformación, mientras que, al mismo tiempo, el objeto objetivado es una estabilización o negación de la acción que lo produjo" (ibid.: 131).

El objeto usado por el hombre es el resultado de un proceso dinámico natural-antrópico, una consecuencia de la acción humana sobre el Mundo Real; todo objeto ha sido modificado de for-

ma intencional para ser utilizado en la relación hombre-medio y, por tanto, contribuye a la producción y reproducción de la vida de las comunidades humanas (Carbonell, Guilbaud y Mora 1983, Carbonell 1986). Como productos de las acciones humanas e intermedio para llevar a cabo esas mismas acciones, se desprende que su "significado" deriva de sus relaciones con el particular sistema de creencias de la comunidad que los ha producido. Todos y cada uno de los objetos tienen un componente ideológico (Parker Pearson 1984, Richardson 1986, Selinge 1987), lo cual es lo mismo que afirmar que un objeto es algo más que lo que su apariencia da a indicar: funciona como símbolo o indicador de una realidad social (Lull 1988). K. Kristiansen (1984) resume la discusión en el siguiente esquema:



Kristiansen insiste en la necesidad de distinguir entre la *función material* y la *forma cultural* como prerequisites para interpretar y explicar la organización social en términos de la Cultura Material; eso puede realizarse considerando la forma cultural dentro de una estructura mayor de producción y reproducción, para determinar las funciones materiales.

No es de extrañar, pues, que todo artefacto cultural sea inseparable de su contexto y de las condiciones de su producción y/o de su uso:

"El artefacto no debe ser reducido a una objetividad uniforme abstracta. El artefacto no es reducible a un signo del pasado representacional unidimensional. El pasado no está fijo, para ser representado, sino que cambia de acuerdo con sus implicaciones específicas con el presente. Así, debemos destacar el artefacto de su significado 'autoevidente' como objeto de estudio científico, revelar

el artefacto como no idéntico con su significado aparente, despojar al objeto de su pretensión de ser en sí mismo, despojar al objeto de su inmediatez para que pueda ser liberado del continuo estéril de la historia homogénea del siempre-es-lo-mismo" (Shanks y Tilley 1987a: 98).

¿Qué estamos buscando? ¿Por qué nos fijamos en la Cultura Material para estudiar el orden social? Porque es el conjunto de medios que usa el grupo humano para *intervenir* en el mundo, y sólo partiendo de la intervención podremos construir una representación de la representación, valga la redundancia. En efecto, el objetivo de todo científico social es obtener una representación que figure una representación dada: ¿qué hay detrás de la peculiar construcción social de la realidad de un grupo concreto? Es el sistema conceptual de esa colectividad lo que queremos analizar, creando una representación que lo *explique*. Ahora bien, un sistema conceptual es, por definición, *no observable*, de ahí que sean necesarios indicadores para demostrar su existencia.

¿Es posible *explicar* una realidad social a partir de los objetos que ésta ha usado para desarrollar su actividad? Este es un aspecto sujeto a controversia. Lo más lógico es suponer que la información que adquiriremos sobre la conducta humana será distinta a la que conseguiríamos observando directamente la conducta (Wobst 1983). En otras palabras, la variabilidad en el registro de la Cultura Material proporciona una clase específica de información.

Esa información puede disponerse en tres registros diferentes. En primer lugar está la manera en la que el objeto es usado por un grupo social determinado, es decir, su función técnica, sociotécnica e ideotécnica (Binford 1962): el significado del objeto es el efecto que tiene en el mundo. En segundo lugar, el objeto también adquiere un significado porque forma parte de un código, conjunto o estructura: constituye el canal de un cierto tipo de comunicación no-verbal. En tercer lugar, el contenido de ese significado, según I. Hodder: "el contenido histórico de las ideas cambiantes y asociaciones del objeto mismo, que hace su uso no arbitrario" (Hodder 1987b: 1).

Estudiaremos la Cultura Material analizando su variabilidad y/o regularidad, bajo el supuesto de que esa variabilidad es el resultado de la acción humana. El registro se dispone en torno a tres fenotipos (Randsborg 1981):

- *espacial*, comprendiendo los estados de Aleatoriedad, Regularidad, Heterogeneidad.
- *temporal*, comprendiendo la Continuidad y la Discontinuidad.
- *contextual*, comprendiendo numerosas formas.

M. Schiffer (1987) propone las siguientes *dimensiones de variabilidad* que, en cierto modo, actúan de la misma forma que los fenotipos descritos por K. Randsborg:

- DIMENSION FORMAL.- Propiedades físico-químicas medibles de un artefacto, tal como la forma, el tamaño, el peso, el color, la dureza, la composición química
- DIMENSION ESPACIAL.- Con referencia a un sistema de coordenadas, si bien las diferentes localizaciones pueden ser descritas basándose en las divisiones del espacio culturalmente significativas, como las áreas de actividad y los dominios de las diferentes unidades sociales
- DIMENSION FRECUENCIAL.- El número de ocurrencias de un tipo particular de artefacto.
- DIMENSION RELACIONAL.- Los esquemas de co-ocurrencia de artefactos ("asociaciones"):
  - \* *asociación singular*
  - \* *asociación recurrente*

Es así como percibimos la Cultura Material. Nuestra tarea no es *explicar* esas disposiciones, sino los procesos sociales que son causantes de esos esquemas de variabilidad, de esos fenotipos.

No obstante, si consideramos que el registro material directamente estudiado por nosotros es el producto de múltiples procesos culturales de formación, la Cultura Material será conceptualizada como una disposición compleja de artefactos, no significativa en sí misma (un *palimpsesto*) (Carr 1985a, Gallay 1986). Esta comparación es particularmente reveladora: un *palimpsesto* es un manuscrito escrito que conserva huellas de una escritura anterior. Es decir, el registro observable aquí y ahora de la Cultura Material de un grupo social sólo conserva vestigios de la realidad social a la que dió soporte; se ha visto sometido a diferentes procesos que, de una manera u otra, han alterado su "significado".

La Cultura Material pudiera funcionar como criterio observable de unos procesos sociales *inobservables*, mas el registro que de ella tenemos no es nunca completo, sino que está alterado

por otros procesos sociales igualmente importantes: reutilización, deposición cultural, desorden, etc. Si el registro de artefactos no es una "fotografía" de la Cultura Material, ésta será, por tanto, en estas condiciones, el reflejo *indirecto* de una particular manera de *intervenir* en el mundo (Gould 1980, Kus 1981, Kristiansen 1984, Hodder 1986, Richardson 1986, Schiffer 1976, 1987).

¿Quiere esto decir que es impensable una ciencia de la Cultura Material? Ciertamente no. Se trata de un conjunto complejo de hechos, acontecimientos y procesos, una matriz de relaciones asociativas y sintagmáticas que implican paralelismos, oposición, linealidad, equivalencia e inversión entre sus elementos. Cada acto individual en la producción o transformación del registro de la Cultura Material es un acto social contextualizado que implica la re colocación de los signos a lo largo de ejes que definan las relaciones entre esos signos y los restantes. La Cultura material es el resultado de una comunicación social y, simultáneamente, condición para esa comunicación. Mas no tan sólo hay una relación semiótica entre la Cultura Material y el grupo que la produjo, sino que ésta se extiende al investigador empeñado en explicar el grupo social que está tras un registro de artefactos particular (Leeuw 1982). Obtener una representación de la significación de la Cultura Material constituye un proceso en el cual la significación se logra haciendo visibles u ocultando ciertos rasgos de los datos y no otros. No debemos buscar la forma y el significado que los artefactos tienen para sus productores, sino *explicarlos* en la medida en que son un proceso causal -provocan una transformación- en nuestro propio mundo. La Cultura Material no es reducible a un código universal porque está íntimamente ligada a la práctica social; está estructurada en relación a una específica totalidad social, por lo que se desarrolla histórica y espacialmente, es concreta y particular.

¿Es necesario resolver la relación indirecta entre Cultura Material y grupo social? Si no nos interesa una *reconstrucción* perfecta del contexto de uso, producción y transformación del artefacto, podría parecer accesorio todo énfasis sobre la exactitud y adecuación de las asociaciones. Pero no es éste el caso. He insistido, repetidamente, en que lo que realmente busco es la *explicación* del mundo en el que me muevo. No pretendo reconstruir pasados ni otros entornos, sino entender por qué el orden social que percibo es así y no de otra manera. Y, sin embargo, no estoy estudiando los artefactos producidos por mi colectividad. ¿O sí? ¿Hay una continuidad esencial en el Hombre desde la Prehistoria hasta nuestros días? Ese es un primer problema, cuya solución requiere interpretar unos "Pasados", cuyo testimonio ha sobrevivido de una manera indirecta, esto es, bajo la forma de la Cultura Material de unos grupos sociales concretos (Shanks y Tilley 1987a, Sabloff, Binford y McAnany 1987).



## HISTORIA Y ARQUEOLOGIA.

¿Qué "Pasados"? ¿No he afirmado en las páginas anteriores que estos no existen, que son una construcción conceptual del investigador? Como "historiador" pretendo definir unos procesos causales que afectan, de un modo u otro, al mundo que yo percibo. ¿Cuál es el interés que tiene explicar unos objetos que no han sido producidos por mi grupo social, sino en un momento anterior a la experiencia que de él tengo?

¿Dónde estaba el Presente cuando éste se hizo Pasado? preguntaba Wittgenstein (*Cuaderno Marrón*). Si los procesos causales implican, necesariamente, relaciones de anterioridad y posterioridad, esto es, de sucesión, entonces he de aceptar que mi Presente fue Pasado en un momento dado de la escala temporal de la sucesión y que el eje de la intención es el que da significado a esos procesos causales, que desde el Pasado alcanzan al Presente, el cual puede considerarse, a su vez, como resultado de los procesos implicados.

¿Tengo que reconstruir esos "Pasados" para encontrar los procesos causales? No, pero tengo que determinar la forma específica de su sucesión. Necesito información acerca de su intervención en un momento distinto al mío, aunque relacionado temporalmente (en sus dos dimensiones). Sin embargo, la investigación empieza en el Presente, que es donde se ha de observar el *fenómeno de interés*, el cual será considerado como *efecto* de un proceso causal *inobservable*. El Pasado no existe en sí mismo, porque no tengo acceso a él más que en la medida en que constituye el "marco" en el que se producen esos procesos. La Historia es un razonamiento, una forma de abordar los problemas del presente introduciéndolos en un mecanismo que intenta explicar los procesos que llevaron a su configuración como entidad real.

El *fenómeno de interés* será una población homogénea de artefactos, o bien un proceso simple. Constituye sólo uno de los aspectos del mundo real que se manifiesta ante el investigador, el cual lo elige por diversas razones, basadas muchas de ellas en su ideología particular o en la del grupo al que dirige sus investigaciones. La complejidad no puede ser *explicada* en su totalidad, sino que se hace preciso subdividir la en sus elementos componenciales, antes que crear un simulacro *reductor* que la represente en términos más sencillos.

Si el *fenómeno de interés* es una población, su naturaleza organizativa estará determinada por los procesos que la estructuran -uno o varios de los muchos procesos que estructuran la

porción del mundo de la cual forma parte el fenómeno-. Si el *fenómeno de interés* es un proceso, su *forma* vendrá determinada por los límites que lo definen -un subconjunto de los muchos límites en la porción del mundo de la cual forma parte el fenómeno- (Carr 1985b).

Ahora bien, ¿qué población escogeremos? Lógicamente, aquel conjunto *ordenado* de artefactos que suponemos es el resultado de un proceso causal relevante. La Cultura Material de un grupo social será una selección perfecta para ese propósito.

Mas, ¿la Cultura Material de qué grupo? Si estudio los productos materiales de la actuación de mi propia colectividad en el mundo que la rodea, ¿podré representar los procesos causales responsables de su *aparición*? Sí, pero a un nivel muy específico, esto es, describiré su actuación en el presente y no las razones que llevaron a esa acción. La identificación de un proceso causal exige un marco temporal, sin él sólo podré alcanzar la superficie de los acontecimientos.

El Tiempo, considerado en sus dos dimensiones, permite descubrir la *forma* de unos procesos inobservables. Pero ¿existe el Tiempo de una forma real? Según el criterio de realidad antes esbozado, la respuesta sería negativa: es un concepto, una *representación* que contribuye a mejorar mi capacidad para intervenir en el mundo. El Pasado no existe, sino que es una construcción mía con un fin concreto. Un "Pasado" es, en este sentido, una Teoría Científica que estructura y vertebrata una serie de hipótesis y leyes explicativas acerca de procesos que afectan al Presente.

El Tiempo es, también, una categoría *inobservable* ¿Cómo podemos aprehenderla e incluirla en nuestra configuración del Pasado como *representación*? El dominio de la investigación arqueológica es el registro arqueológico, es decir, supuestamente, los vestigios de la Cultura Material usados por nuestro Presente cuando fue Pasado. ¿Es eso cierto? Para Binford y muchos otros autores, los artefactos descubiertos pueden haberse originado en el pasado, pero los acontecimientos pasados en los que participaron se han ido -no están disponibles para ser observados-, por lo que no hay hechos históricos esperándonos para que los veamos o registremos. El arqueólogo estudia datos contemporáneos, datos generados por él en el acto de observar el registro arqueológico. Esto significa que los posibles acontecimientos observacionales en los que el arqueólogo debe participar son el resultado de sus juicios acerca de lo que es digno de ser observado. En este sentido, todos los datos están generados por nosotros en nuestros propios términos (Binford 1983, 1987).

Para *representar* ese registro arqueológico y explicarlo, es necesario obtener una representación de la cadena causal que ha permitido que aquellos artefactos estén allí y dispuestos de esa forma. Es necesario diferenciar los procesos culturales de formación de los no culturales. Aceptemos, como supuesto básico, que ello es posible (cf. las técnicas usualmente empleadas en Schiffer 1976, 1987, Carr 1985a, 1986, 1987).

Los procesos culturales de formación son, según Binford (1981a) componentes del sistema de conducta social. Incluyen no sólo actividades específicas conducentes a modificar el paisaje, sino también otros procesos organizativos, como los esquemas de movilidad o de conservación. Las áreas de actividad, los tipos de artefactos, las actividades, los procesos de formación extra-culturales, los procesos no culturales de formación inferibles de un registro arqueológico particular pueden ser usados, a su vez, para inferir ciertas condiciones conductuales y/o ambientales, las cuales constituyen los estados adoptados por las variables incluidas en el sistema conductual-ambiental en estudio. Así, pueden emplearse para sugerir o contrastar hipótesis en torno a las *relaciones* de las variables de ese sistema, o acerca de sistemas culturales y/o ambientales en general (Carr 1985a). Ahora bien, las hipótesis acerca de la estructura y dinámica de ese registro particular de Cultura Material no se refieren a un sistema conductual pasado (Binford 1977), sino a una estructura y dinámica *viva*, que forma parte del pasado sólo en tanto que *concepto* de nuestro presente.

Es decir, no nos enfrentamos con el registro arqueológico como testimonio o indicador de un "Pasado" que debe ser identificado en tanto que tal. Eso es *fetichismo* del objeto, centrar nuestra atención en las cosas que son distintas a las nuestras, basándose única y exclusivamente en esas diferencias. El fin de la Arqueología no es el conocimiento del Pasado, sino la construcción de Teorías Científicas que *expliquen* la forma concreta en que ciertos procesos causales afectan a la Cultura Material, entendida ésta como elemento resultante de la acción social.

Hay investigadores que creen que esos procesos históricos son irrepresentables: "los Procesos existen, pero son siempre diferentes, singulares, no idénticos con cualquier otro" (Shanks y Tilley 1987b). Para I. Hodder:

"Afirmar que la cultura está constituida de forma significativa equivale, en última instancia, a afirmar que hay aspectos de la cultura que son *irreducibles*. La relación entre cultura material y organización humana es, en parte, social. Pero también depende de una serie de actitudes culturales que no pueden predecirse a partir

del medio, ni ser reducidas a él. Las relaciones culturales son causa sólo de sí mismas. Están simplemente ahí. La tarea de los Arqueólogos es interpretar ese componente irreducible para que pueda «leerse» la sociedad que se halla tras esa evidencia material" (Hodder 1986: 17).

Dos son las dificultades – imposibilidades, según esos autores– para abordar la comprensión de la Cultura Material del Presente en función de la del "Pasado":

- especificidad y singularidad de cada uno de los "Pasados" a los que pudiésemos recurrir
- carácter simbólico de la Cultura Material y ausencia de una relación conceptual directa entre ella y la realidad social que la originó y empleó

Ambas hacen referencia a la polémica entre explicación Particular *versus* General. Si existiese un código universal de símbolos, sería comprensible la especificidad de cada Cultura. Es un problema epistemológico. No sé si existen esas categorías universales que puedan explicar los símbolos particulares; quizás estudiando los casos concretos pueda llegar a generalizar, en un sentido aristotélico. Pero esas Generalizaciones no sería otra cosa que Teorías Científicas, interpretaciones y nunca la constatación de una definición de cada símbolo que sirviese en todo momento y lugar.

Es posible que sumando todos los "Pasados" de un grupo social dado pudiese obtener una categoría universal en la que subsumir la especificidad de cada uno de ellos. Si los Pasados fuesen *reales* entonces sí que podría abordarse la interpretación del Presente en función de ellos. Pero cada Pasado no es más que un Sistema Conceptual, una *representación* de la confluencia de diferentes procesos causales que afectan al mundo real directamente observable. Siguen siendo específicos y singulares, aunque referidos siempre a un *fenómeno de interés* definido desde el aquí y ahora.

En modo alguno entiendo la reivindicación de la concepción de la Historia por Collingwood propuesta por Hodder (1984, 1986, 1987a): antes que contemplar los acontecimientos desde el exterior, es necesario comprender las intenciones, valores y esquemas organizativos del Hombre en el pasado. No, la Historia, si quiere ser algo más que literatura, debe plantearse y resolver problemas del Presente con arreglo a su sucesión temporal.

Aplicando la distinción de Nadel entre Historia ideológica e Historia científica, podemos distinguir una concepción –la defendida por Hodder– según la cual el Pasado está caracterizado por una infinidad de acontecimientos resultantes de las acciones humanas en ese Pasado. Su significado depende de nuestra consciencia contemporánea que ordena los acontecimientos del Pasado en un proceso. Este proceso está guiado por intereses del Presente y el rol ideológico desempeñado por las imágenes del pasado en la sociedad del presente. De ahí que no pueda un proceso histórico anclado en la memoria colectiva. Su concepción parte de la existencia real de un pasado cuya realidad específica no puede ser observada, por lo que resulta necesario *interpretarla*. No obstante, esta interpretación juega un importante papel político, consiguientemente, la Historia ha funcionado en la mayoría de las ocasiones, como "arma de la reacción" (Shanks y Tilley 1987a y 1987b).

La segunda opción de Nadel, la Historia Científica, se basaría en la afirmación de Marx: "el Hombre hace la Historia, pero no bajo las condiciones que él elige, sino las que le impone su propio Pasado" (cf. Rowlands 1984a). Eso es cierto, no puedo negar que el Hombre ha vivido antes que yo, y que su experiencia personal en muy raras ocasiones se ha visto libre de influencias, procedentes todas ellas, de su entorno social. Hay un mundo real ahí afuera, pero sólo puedo decir de él que es real en tanto que yo pudiese modificarlo o él fuera capaz de afectarme. ¿Puedo modificar el pasado? No, sin una máquina del tiempo, y aún así sería difícil, por las contradicciones que ello implicaría. ¿Puede un Pasado afectarme a mí? No el Pasado en sí, que es un concepto, sino un proceso que tuvo lugar en aquel entonces y aún ahora está actuando. Sin embargo, no es su existencia anterior lo que me interesa, sino la forma en que influye sobre los elementos observables a mí alrededor.

Es posible que haya investigadores que centren sus esfuerzos por reconstruir la Memoria Colectiva de ese transcurrir de la especie Humana. No es ese mi caso. ¿Por qué César cruzó el Rubicón? ¿Por qué las gentes de la Cultura de Hallstatt decoraron sus cerámicas con acanaladuras? Ni lo sé, ni me importa. No es eso lo que entiendo yo por problemas arqueológicos.

### **¿QUE ES Y QUE NO ES UN PROBLEMA ARQUEOLOGICO?**

Sí es cierto que resulta indefendible asumir, a priori, que todos los aspectos del orden social son accesibles a partir del registro de su Cultura Material (Hodder 1986, Wylie 1986), ¿qué tipo de problemas cabe plantearse desde una perspectiva "arqueológica"? ¿Quizas aquellos

que nada tienen que ver con la Ideología y sí con la infraestructura socioeconómica? Los arqueólogos no han llegado todavía a un consenso en esta cuestión (Renfrew 1982a).

La Cultura Material constituye, sin duda, una excelente fuente de datos acerca de la tecnología; es independiente a los juicios que los que la usan hacen de ella; es cuantificable; dada su durabilidad, tiene un considerable potencial para la conceptualización del desarrollo temporal en estudios acerca del cambio ecológico o tecnológico (Eighmy 1981, Rowlands 1982, Kus 1984). Mas ¿qué sucede cuando se trasciende ese nivel materialista estricto e intentamos hacer inferencias acerca de la acción social que hay detrás de esa particular disposición o regularidad del registro? Dos tipos de problemas podemos formular a ese respecto:

- *qué* tipos de conducta pueden ponerse en relación con ciertos registros
- *por qué* la conducta en cuestión se produce, cambia o permanece estable

(Raab y Goodyear 1984). Al revés de lo que postulan los partidarios de la Teoría de Alcance Medio (cf. p.e. Binford 1977, 1981b), considero el primero, en tanto que centrado en la interpretación del registro arqueológico, un prerrequisito para la explicación del segundo, que es el que principalmente me interesa: preguntarse acerca de un determinado proceso causal y no acerca de un objeto, que hace las veces de indicador de la realidad social.

Es indudable que no me siento atraído por problemas acerca del *qué, dónde, cómo-cuando y por qué* del registro arqueológico en sí (Rodríguez Alonso 1984). Eso es *fetichismo del objeto*, Ciencia en tanto que acumulación de curiosidades exóticas, por mucha información "objetiva" que se llegue a procesar. Tampoco me satisfacen los planteados por I. Hodder:

"¿tienden las nuevas formas sociales a originarse en áreas periféricas o subordinadas, o bien son producto del centro de las áreas culturales?";

"¿proporciona la conducta material (esto es, la producción de Cultura material) en áreas de actividad «inofensivas» una objetificación de los modelos de sociedad alternativos que, en último lugar, ponen a prueba el modo dominante?";

¿"de qué forma puede el acontecimiento cambiar la estructura?" (Hodder 1987a).

Son problemas que responden a una concepción "historicista" de la arqueología, que considera al pasado como algo *real* y digno de ser estudiado. La Arqueología, entonces, se convierte en una

forma de Historia de Ciclos Largos -adaptando la terminología braudeliana-. Tal y como yo la entiendo, la Arqueología no es una vulgar reconstrucción del Pasado, sino una interpretación de ciertos rasgos del Presente. Luego, los problemas que intentaré solucionar tendrán poco en común con los antes reseñados.

Las propuestas de C. Renfrew (1982b), aunque dentro de semejante tradición "histórica", están más en consonancia con mis ideas al respecto:

"¿Explicación de qué? Aunque la generalización aún es escasa en Arqueología, algunas de las más interesantes explicaciones recientes no discuten meramente un acontecimiento, ni siquiera como instancia de una clase hipotética más general, sino que consideran la clase en sí. Por ejemplo: Los Orígenes de la Producción de Alimentos, Los Orígenes del Estado.

El fenómeno a explicar no tiene por que estar restringido a un específico lapso de tiempo, como un acontecimiento, o a un conjunto de lapsos de tiempo limitados, como una clase de acontecimientos. En cambio, pueden explicarse procesos en funcionamiento dentro de la sociedad, que pueden ser de naturaleza continua o de larga duración (Renfrew 1982b).

Ahora bien, los ejemplos propuestos por Renfrew (Orígenes de la Producción de Alimentos, Orígenes del Estado), ¿han sido elegidos al azar o bien responden al perpetuo límite de la investigación de la Arqueología y de todo estudio a partir de la Cultura Material? Es decir, la imposibilidad de hacer referencias acerca de la Ideología de un grupo social a partir de su registro material.

Lógicamente, si planteamos así la cuestión nos equivocaremos completamente. La Arqueología no es una "reconstrucción" del pasado, de ahí que problemas como "¿cual era la religión de los pueblos ibéricos?" o "¿cómo era la estructura socio-económica en el Próximo Oriente durante el Primer Milenio a.C.?" sean absolutamente extra-arqueológicos. Lo que un arqueólogo debe estudiar es la Cultura Material como *fenómeno de interés*, esto es, como una parte relevante de la complejidad social.

La Física nunca ha pretendido ser la única Ciencia que *explique* el mundo natural, sino que, consciente de la complejidad de la realidad, se centra en unos pocos problemas. A medida que estos problemas son resueltos se plantean nuevos interrogantes y así ad infinitum. Cuando sur-

surgen en varias disciplinas unos *fenómenos de interés comunes* pues implican la existencia de interacciones causales entre fenómenos de diferente naturaleza, el ámbito de los problemas se amplía: surge la BioFísica, la BioQuímica, etc.

¿Por qué entonces muchos arqueólogos se consideran como los únicos capaces de sentar cátedra acerca del Hombre y de sus obras? Sencillamente, porque han confundido el objeto de su disciplina con los medios empleados. Si el conocimiento del pasado como algo diferenciado y con entidad propia fuese la meta del investigador, sólo los arqueólogos, de entre todos los científicos sociales, dispondrían de datos capaces de proporcionar información acerca de los periodos más remotos y, consiguientemente, de los Ciclos Históricos de Larga Duración. Pero el Pasado no es un objetivo, sino un medio para interpretar el Presente. Entonces, toda esa obsesión por desvelar el Origen de los Procesos Sociales pierde mucho de su interés.

El estudio de la Cultura Material puede ser, perfectamente, una disciplina independiente. Aborda un subconjunto de las acciones sociales humanas. No pretende *reducir* la complejidad social Humana a unos modelos fácilmente comprensibles. Esa actitud esconde una necesidad por *dominar* el orden social, antes que comprender las razones y motivos de su complejidad. Para reducciones ya tengo suficiente con la apariencia de las cosas. Si lo que queremos es explicar lo *inobservable*, entonces deberemos prescindir de todo afán holístico e ir paso a paso, descubriendo una complejidad progresivamente mayor en lo que antes parecía tan fácil y simple.

En estas circunstancias ¿qué es un problema arqueológico? Sencillamente, un problema planteado en términos de la Cultura Material y que haga referencia a determinados procesos causales, significativos para una persona del Presente.

Volviendo a la discusión inicial sobre la Cultura Material como comunicación no-verbal y su conexión con Procesos Causales responsables de la *forma* del Presente, si un Problema Arqueológico bien formulado ha de expresarse en términos de la Cultura Material, entonces deberá hacer referencia a ésta como proceso simbólico, es decir, comunicativo. En consecuencia, los procesos causales que se quiere descubrir serán también de naturaleza simbólica.

¿Hasta qué punto esos procesos son *inobservables*? Autores como Christopher Carr opinan que la Arqueología pretende reconstruir y comprender *inobservables* (conducta e ideas del Pasado) a través del descubrimiento y la investigación de la regularidad entre los *observables* (fenómenos arqueológicos) (Carr 1987). Ejemplos de ello podrían ser la intensificación agrícola o la centralización política, tanto porque, según esos autores, ha de ser inferida a partir



de las sociedades del Pasado, como porque a menudo implican un lapso de tiempo tan largo o una escala espacial tan dilatada que la observación humana directa es imposible; en el Presente, sólo son accesibles *aspectos* de esos procesos o algunos de sus efectos (Schiffer 1988). Ahora bien, estos no son Problemas Arqueológicos, sino Cuestiones Históricas o Antropológicas que pretenden ser resueltas con datos que no corresponden a su naturaleza.

En efecto, Intensificación Agrícola, Centralismo Político, o incluso el Origen de la Producción de Alimentos y del Estado no son Problemas Arqueológicos *bien formulados*. No hacen referencia a ningún proceso causal que afecte a la Cultura Material. Por el contrario, si planteásemos idénticas cuestiones a partir de conceptos tales como: "¿de qué modo la Cultura Material canaliza las estrategias económicas y/o políticas específicas (por ejemplo, Intensificación Agrícola o Centralismo Político) en el subconjunto del registro del Presente al que yo puedo acceder?" y "¿cómo o por qué se alcanzó esa forma concreta de construcción social de la realidad por medios materiales?", sí que abordaríamos el *fenómeno de interés* en términos de Cultura Material y de Proceso Causal (desarrollo en el tiempo, tanto en sucesión como intención).

A medida que nos preguntemos acerca del papel de la Cultura Material en un grupo social o en las transformaciones que han generado su aspecto actual, trascenderemos la naturaleza de la Arqueología en sí y entraremos en nuevas disciplinas, estrechamente relacionadas, eso sí: Socio-Arqueología, Etno-Arqueología, etc. Es decir, cuando nos planteemos qué significa la Cultura Material entre los diferentes medios de comunicación social, o entre los sistemas de control de la reproducción de la colectividad,...

Según esta propuesta, todo Problema Arqueológico tiene dos partes estrechamente vinculadas: una pregunta acerca de la Cultura Material como vehículo de una construcción social del Presente, y otra cuestión acerca de los Procesos Causales que llevaron a esa caracterización particular y específica de la Cultura Material. La primera se refiere directamente a entidades observables, en tanto que la segunda muestra una naturaleza esencialmente inobservable.

## **"OBSERVANDO" LOS PROCESOS ARQUEOLÓGICOS.**

La *observabilidad* de la Cultura Material como comunicación no-verbal se fundamenta, precisamente, en ese carácter *comunicativo* que se quiere resaltar. Es una comunicación *diri-*

*gida a nosotros* en tanto que miembros de una colectividad. El Científico Social nunca estudia grupos ajenos, sino que permanentemente se plantea cuestiones acerca de su entorno más directo. Como Arqueólogos hemos de estudiar nuestro Presente más inmediato, para comprenderlo y *explicarlo* a nuestros conciudadanos; sólo en ese sentido somos socialmente necesarios. En consecuencia, el proceso comunicativo enmarcado por la Cultura Material será siempre observable, ya que, aunque investigadores, formamos parte de sus usuarios. Claro que si definiéramos la colectividad de referencia en términos tan amplios como *la especie Humana, en orden social entre todos los Hombres* habría que matizar la naturaleza del código: antes que normativo, será conceptual. Es decir, para que pueda ser comprensible por toda la Humanidad deberá utilizar ideas muy generales que no requieran el aprendizaje de unas reglas para entenderlo. Se trata de descubrir el comportamiento idiosincrático de todos nosotros, en tanto que pertenecientes a una especie animal muy particular, caracterizada por la acción social, esto es, colectiva.

No sucede lo mismo con los Procesos Causales inherentes a la *forma* concreta de esa comunicación no-verbal. El hecho de que se dispongan a lo largo del eje temporal de la sucesión en un momento anterior a mi experiencia, impide cualquier tipo de observación directa. En consecuencia, ¿cómo percibirlos? Experimentando, esto es, definiendo cada Pasado *posible* como el resultado de un experimento y considerando ese mismo "experimento" como un proceso causal controlado (McGimsey 1984, Read 1985, 1987).

Sea el siguiente ejemplo, propuesto por D. W. Read: las diferentes formas de disponer las cabañas en un asentamiento específico. Se trata de un problema planteado en términos de Cultura Material. Lo que se pretende es definir un proceso causal responsable de la disposición en el espacio de un registro arqueológico (Cultura Material secuencialmente ordenada). Se propone un conjunto ideal, **W**, constituido por todas las formas posibles de disponer las cabañas de acuerdo con un proceso simple dado: la técnica tradicional de construcción de asentamientos, que exige la equidistancia entre dos edificaciones adyacentes. Así, plantearemos la posibilidad de asentamientos con una cabaña, con dos, con tres,... Cada resultado del experimento es una *clase* de asentamientos; de este modo, nuestra observación del registro arqueológico queda subsumida en una entidad teórica más amplia.

A continuación se definen una (o varias) variables aleatorias que asocien un número real a cada una de las realizaciones del proceso, es decir, a cada disposición de cabañas en un asentamiento. Por ejemplo: el número de cabañas, el área de un asentamiento, etc. Para cada una

de esas variables aleatorias se determina la distribución de probabilidad a partir de las probabilidades asociadas con los resultados agrupados en el conjunto **W**. La probabilidad de aparición de una u otra disposición caracterizará el proceso causal que se está experimentando: cada una de esas probabilidades constituirá un concepto abstracto que representa lo que hubiera pasado si se hubiesen mantenido constantes los factores (principios causales) que estructuran la forma en que ese grupo social específico construye sus asentamientos, y entonces se hubiese repetido el experimento indefinidamente (Read 1978, 1985).

Aunque no coincido con todos los aspectos del planteamiento de Read, lo considero extraordinariamente estimulante para abrir una discusión acerca de la Experimentación como forma de hacer "observable" lo que por naturaleza es inobservable. Si el Proceso causal que intento describir empezó a actuar en un momento anterior a mi existencia como miembro de un grupo social, deberé construir una *medida* (probabilidad, referida a una o varias variables aleatorias) que relacione sus efectos en el Presente con su distancia desde un momento anterior. Ya que puedo definir esos efectos probabilísticamente, será posible caracterizar de idéntica manera el Proceso, lo cual no quiere decir, en absoluto, que el desarrollo humano siga inflexibles leyes matemáticas, sino que es *explicable* en términos matemáticos. Cada realización del proceso probabilístico, dará origen a un Pasado o, dicho en términos más apropiados, a la *representación conceptual* de un Pasado. En este sentido, se considera que cada registro arqueológico es un indicador de los momentos anteriores al Presente en los cuales hubiera podido actuar el Proceso.

La postura hasta aquí defendida es heredera directa de la Teoría General propuesta por D. Clarke (1978). Su definición de *proceso* ("un vector que describe la serie de estados de una entidad o sistema sometido a un cambio continuo en el espacio y el tiempo") es directamente asimilable a la que he usado en las páginas anteriores. Para Clarke, los procesos arqueológicos son "observables" a través de las modificaciones que generan a su paso por las diferentes entidades y sistemas. Operativamente, Clarke comprendió la necesidad de plantear un conjunto de experimentos analíticos para establecer la dependencia de las variables; con arreglo a ellos se analizan los ejemplos sucesivos de los estados sistémicos -esto es, cada una de las realizaciones del proceso- para revelar la dependencia estadística de los resultados de las distintas variables operacionales.

No se trata, sin embargo, de descripciones vacías y sin contenido, sino de vectores de factores socioculturales, de tal forma que la jerarquía de los procesos arqueológicos relaciona los

cambios de cultura material en los artefactos-tipo y atributos con determinadas categorías de cambio social que podrían haberlos producido. Es decir, el Experimento=Proceso es sólo la manifestación empírica de una serie de acciones sociales que permanecen aún ocultas.

Todo Proceso Causal es, por tanto, interpretado y no *descubierta*. Como inobservable, hay que asociarlo a unos indicadores (cada uno de los registros arqueológicos utilizados) afirmando una relación precisa entre ellos; esa relación está fijada en un modelo probabilístico. Por lo tanto, cualquier Proceso Causal al que podamos hacer referencia será siempre una *hipótesis*, es decir, una fórmula que se refiere, mediata o inmediatamente, a hechos, en general, no sometibles a la misma, y que es corregible ante un nuevo conocimiento (Bunge 1983). *Explicar* el registro (es decir, los datos a nuestra disposición) mediante las probabilidades asociadas a un conjunto de variables aleatorias, no supone, sin embargo, *interpretar* los procesos causales subyacentes.

#### **"INTERPRETANDO" LOS PROCESOS ARQUEOLÓGICOS.**

*Describir* es una forma de *explicar*, esto es, de *decir* una cosa. En un sentido wittgensteiniano, "Wovon man nicht sprechen kann, darüber muß man schweigen" (*Tractatus Logico-Philosophicus* [7]). En otras palabras, lo que no es *explicable*, tampoco es *decible*. La importancia de esta *Explicación* en el contexto de las ideas que he expuesto es evidente: es función del arqueólogo *explicar* los procesos causales responsables de una parte (material) de nuestra construcción social del mundo.

Ahora bien, ¿acaso toda *Explicación* es, simultáneamente, *Interpretación*? No, porque esta última exige un Sistema Conceptual al cual se refieran los distintos procesos identificados, con el fin de que adquieran "significado". En cierto sentido, *la descripción* es también *Interpretación*, ya que implica teoría, significado, subjetividad, generalidad e imaginación (Hodder 1986). Las dos primeras características sí que hacen referencia a los contenidos interpretativos de cualquier descripción, las tres restantes constituyen algunos de los males inherentes a todo lenguaje Humano.

En definitiva, Descripción, Explicación e Interpretación son tres conceptos estrechamente vinculados entre sí, hasta el extremo en que no resulta conveniente ni apropiado presentarlos por separado: hacen referencia a tres aspectos de una misma actitud de pensamiento.

En la sección anterior hemos visto la forma general en que un Proceso Causal es explicable en tanto que podemos describirlo matemáticamente gracias a los efectos observables que ha producido. Empieza la Interpretación en el momento en que esos efectos -y consiguientemente el proceso que los ha ocasionado- son ordenados espacial y temporalmente (Kyhilberg 1987). A medida que nuestro Sistema Conceptual vaya incluyendo términos más abstractos, se ampliará el rango de la Interpretación.

En cierta manera, *interpretar* esos procesos será lo mismo que otorgarles *significado* (Renfrew 1982a), si bien esa "necesidad epistemológica" no procede de la naturaleza del objeto de estudio -la Cultura Material, como producto de la acción humana simbólica-, que es lo que opinan algunos (Hodder 1986), sino que constituye algo externo al objeto: nuestra comprensión del mundo es también una *representación*, esto es, una *interpretación* del mismo. Y, hasta que se demuestre lo contrario, tanto la interpretación como la significación, requieren un "método", la palabra odiada por muchos de los arqueólogos *relativistas* ( Hodder, Leone, Moore y Keene, Shanks y Tilley, Wylie, etc. ).

Insistir en el "método" como forma de otorgar significado, no supone otra cosa más que afirmar el carácter *artificial* de toda Interpretación. Decir que el significado de este proceso (1) es éste o aquel es una opción que nosotros, investigadores, hacemos basandonos en determinados criterios. No hay nada que nos indique que ese significado forme parte de la "naturaleza existencial" del fenómeno, esto es, la apariencia del proceso; el registro arqueológico *no muestra ningún significado objetivo inherente, sino que recibe los significados que sobre él impone el observador* (Binford 1968, Binford y Sabloff 1982). Es decir, los arqueólogos transfieren significado del registro arqueológico excavado en el Presente a los sistemas culturales del pasado, usando unos métodos específicos; esa traslación es la parte más importante del trabajo del arqueólogo. Lo problemático, es que suele hacerse a partir de aseveraciones incomprobadas y/o improbables que relacionan el registro arqueológico con las condiciones que lo originaron (Stiger 1986, Sabloff, Binford y McAnany 1987).

De un modo u otro, el significado de los Procesos Causales responsables de la *forma y estructura* del registro arqueológico ha de construirse a partir de la variabilidad observable, que es considerada como un resultado de la acción del proceso o los procesos:

---

(1) Y no el *significado* de los objetos arqueológicos, como muchos afirman. Lo que interesa es el significado de los procesos y no el de sus efectos-indicadores, los cuales tienen significado en tanto que producto de unos procesos específicos.

"Intentamos explicar las semejanzas y diferencias en los restos arqueológicos en términos del funcionamiento de los elementos materiales en un sistema cultural y de las características procesales de la marcha o evolución de los sistemas culturales responsables de las diversas formas de artefactos, asociaciones y distribuciones observadas en el terreno" (Binford 1968).

Esta percepción de la variabilidad o regularidad del registro arqueológico no proporciona significado por sí misma, tal y como hemos visto en la sección anterior: describir un proceso por sus efectos -la regularidad o variabilidad observadas- no es interpretarlo. Lo que hay que hacer es situarlo en una cadena "causal" que relacione la conducta humana con la cultura material (Smith 1982), aunque no creo que eso sea base suficiente para definir la Arqueología, exclusivamente, como el estudio de los procesos humanos de toma de decisiones (*Decision-Making*) en contextos culturales y ambientales particulares (Earle y Preucel 1987). La Arqueología se refiere, exclusivamente, al estudio de la Cultura Material y no al conocimiento de los Sistemas Culturales "completos"; como tal es sólo un "subconjunto" de las Ciencias Sociales.

La pregunta clave será, por tanto, ¿cómo relacionar causalmente la conducta humana con la Cultura Material resultante? Caben varias respuestas, todas ellas, no obstante, comparten una misma naturaleza, como se verá a continuación.

Las Teorías de Alcance Medio (*Middle-Range*) han tenido bastante éxito entre los arqueólogos americanos (Binford 1977, 1981b, Raab y Goodyear 1984, Stíger 1986, Clark 1987, Schiffer 1988). Sirven como medio para justificar el desfase entre el registro arqueológico (estático) y el sistema cultural (dínámico). Las Teorías de Alcance Medio examinan unos fenómenos que pueden ser considerados como constantes a través del tiempo y el espacio; no se refiere, sin embargo, tanto a los elementos de la "naturaleza idiosincrática del Hombre", como a lo que, siendo externo a él, permite su adaptación al entorno, tanto social como físico. Según ello, los procesos responsables de un registro arqueológico tendrán significado en la medida en que coincidan con ciertas acciones humanas, cuya existencia y universalidad se da por supuesta.

La utilidad de estas Teorías de Alcance medio estribaría, pues, en su capacidad para dar una respuesta clara a la paradoja Particularista-Generalista (Clark 1987). El problema es que no poseemos ningún "diccionario" al que acudir para encontrar el significado de los restos arqueológicos. Una categoría universal útil sólo sería formulable a través de la experiencia, de

ahí el desarrollo experimentado por la etno-arqueología, que ha sido considerada por muchos como la manera ideal de confeccionar ese "diccionario" (cf., sin embargo, las críticas al respecto de un "etnoarqueólogo" como Gould 1980). Los resultados han sido, hasta ahora, decepcionantes.

Una variante de este enfoque mediante Teorías de Alcance Medio ha sido desarrollada en Francia por autores como Gardin, Gallay, Lagrange y Djindjian, aunque sus trabajos muestran una orientación general algo distinta, menos "antropológica" y más formalista. En su forma más esquemática, se afirma que los propósitos de la Arqueología son:

- mostrar la existencia de estructuras "arqueológicamente significativas" en el conjunto de los datos
- explicar las diferencias observadas en la Cultura Material con ayuda de otro conjunto de informaciones
- asignar un objeto arqueológico o un yacimiento a una construcción explicativa.

La "estructura significativa" es definida midiendo una serie de atributos y buscando las asociaciones estadísticas entre ellos, pero para "entender" (explicar) esa estructura es preciso analizar la información obtenida durante la excavación del yacimiento, esto es, el *contexto* del objeto. Lo que se pretende es establecer la interacción entre:

- una *información intrínseca* (medida en los elementos del sistema). Una clasificación o tipología de rasgos físicos, regiones geográficas o fases culturales, esquemas de seriación, distribución de artefactos,...
- una *información extrínseca* que afecta a los elementos del sistema: secuencia estratigráfica, áreas de actividad, modelos de distribución,...

Esa interacción se establece por medio de las experimentaciones y analogías etnológicas, es decir, un conjunto de Teorías de Alcance Medio (Djindjian 1981, 1985a). A. Gallay afirma lo mismo:

"El arqueólogo compara el objeto que quiere explicar con un dominio de referencia exterior, que comporta objetos considerados

idénticos. Esta identidad, que puede ser calculada o simplemente constatada, pertenece a lo hemos denominado *regularidades* de la Historia humana (...) A pesar del carácter local de los *escenarios* [contextos particulares], la interpretación necesita siempre de referencias a un contexto exterior, a un saber a menudo situado fuera del dominio arqueológico estudiado" (Gallay 1986).

En general, los autores de la "escuela francesa" han dado excepcional realce a la formalización del discurso arqueológico así caracterizado. Lo que ellos intentan definir es la cadena de inferencias que lleva desde el registro arqueológico ( $P_0$ ) hasta los diferentes enunciados interpretativos ( $P_n$ ). Hay unas proposiciones intermedias ( $P_i$ ) [¿Teoría de Alcance Medio?] en el orden del discurso que marcan cada una de las etapas del razonamiento desde las proposiciones iniciales a las terminales. Se trata de construir cadenas de proposiciones orientadas  $P_0, P_1, P_2, \dots, P_n$  de tal forma que se puedan percibir claramente las operaciones de derivación sucesivas  $P_i \rightarrow P_{i+1}$  (Gardin 1979, 1987a, Gardin et al. 1987, Lagrange 1987).

La expresión más desarrollada de la Teoría de Alcance Medio como *instrumento* de significación de los procesos arqueológicos es la expresada por autores como M. Aldenderfer, C. Carr y D.W. Read. Su planteamiento es muy semejante al, antes bosquejado, propuesto por F. Djindjian y A. Gallay, si bien el de los autores franceses aparece menos integrado en lo que es, propiamente hablando, una Teoría Antropológica.

El punto de partida de estos investigadores es la idea de transformar las observaciones en *datos* asignándoles un significado. Esto se consigue clarificando las relaciones esperadas entre las observaciones: se procura "anticipar" los tipos, forma y contenido de las estructuras que se espera definir. Esta fase es crucial y depende del estado de los conocimientos sobre el fenómeno de interés, conocimiento que viene dado sólo en parte por la Teoría de Alcance Medio: ésta ayuda a identificar la forma de los procesos responsables de la organización "actual" del registro arqueológico, pero no funciona como sustituto de los conceptos necesarios para "dar significado" a los datos. "La Teoría de Alcance Medio sólo nos informa de lo que podría haber sucedido, pero es a nosotros a quienes corresponde especificarlo en nuestros términos, tanto empírica, como teóricamente, lo más claramente posible" (Aldenderfer 1987a).

C. Carr (1985a, 1985c, 1987) insiste en separar nítidamente lo que es *búsqueda de estructuras* de la *interpretación* de las mismas, lo cual provoca la importante consecuencia de dejar espacio para el desarrollo de inconsistencias entre el conjunto de los datos, la técnica em-



pleada para buscar las estructuras relevantes y el esquema interpretativo. Los datos son analizados por una técnica matemática con una estrategia de búsqueda *fija*, que es consistente con, e implica a su vez, un esquema interpretativo fijo y una lista fija de aspectos del conjunto de los datos que son considerados relevantes. La Teoría de Alcance Medio es usada, en consecuencia, para evitar en lo posible esas inconsistencias, definiendo el *fenómeno de interés* y la técnica de análisis matemático de acuerdo con las hipótesis generadas en esa Teoría intermedia.

Para llevar a cabo la interpretación de los procesos arqueológicos, Carr propone una estrategia de análisis denominada *modelos de entrada* o *conjuntos paralelos de datos*. Un modelo de entrada tiene tres componentes esenciales:

- 1) El más crítico es un *modelo matemático general* o descripción de la *forma de organización* de los observables arqueológicos que representen el fenómeno de interés.
- 2) El segundo componente es una *enumeración de las clases de procesos* que pueden conducir a que los observables arqueológicos estén organizados en la forma que especifica el modelo matemático. Esos procesos incluirán tanto los procesos culturales de formación como los naturales documentados por medio de la Teoría de Alcance Medio. Se pueden incluir también procesos pertenecientes a una Teoría Antropológica general.
- 3) El último componente es un inventario de las técnicas cuantitativas que son concordantes con el modelo matemático de organización de los observables arqueológicos.

Un modelo de entrada es, usualmente, uno de una serie de tales modelos. Cada modelo de entrada especifica un modelo matemático distinto de la forma organizativa del registro arqueológico que representa el fenómeno de interés. Las diferencias entre esos modelos matemáticos en los distintos modelos de entrada reflejan los diferentes efectos de distintas clases de procesos de formación o procesos de alto nivel. El discurso lógico adoptará la siguiente forma:

- \* los observables arqueológicos que reflejan un fenómeno de interés son divididos en dos conjuntos separados de datos: uno complejo que es el auténtico objetivo del análisis, y otro más simple, paralelo, que es sensitivo a los

procesos de formación de los observables arqueológicos del conjunto complejo. Un ejemplo: una matriz con las ubicaciones de artefactos de diversas clases en un yacimiento (conjunto complejo de datos); conjuntos simples: (a) uno que proporcione información acerca de la variación espacial respecto a la acidez del suelo y que refleje el potencial para una preservación diferencial en el espacio de los objetos de materia orgánica; (b) uno que documente la orientación e inclinación de los artefactos, indicando la posibilidad de que la dispersión espacial sea producto de la actividad fluvial u otros procesos geológicos; (c) uno que describa especies vegetales no autóctonas de ese ecosistema concreto y que muestre el grado de reutilización y/o alteración antrópica del yacimiento.

- \* Los procesos que son responsables de los observables arqueológicos estudiados en el conjunto complejo de datos son reconstruidos a partir de la información en los conjuntos de datos paralelos. Esa reconstrucción puede alcanzarse por medio de la deducción lógica, en cuyo caso las estructuras específicas dentro del conjunto paralelo son subsumidas bajo los modelos generales y aceptados de procesos de formación.
- \* Los procesos específicos que se consideran responsables de los observables arqueológicos en el conjunto de datos paralelo y que resultan, por tanto, pertinentes a la organización del conjunto complejo de datos, son comparados con los procesos que están enumerados de forma más general en uno o más de los modelos de entrada.
- \* A partir de (1) la asociación de los observables arqueológicos, tanto en el conjunto complejo de datos como en el paralelo, con un particular modelo de entrada a través de procesos comunes y (2) la especificación del modelo, tanto de los efectos de los procesos de formación en la organización de los observables arqueológicos en el conjunto complejo de datos, como de las técnicas analíticas que son concordantes con esa organización, se extraen dos conclusiones: (I) la naturaleza probable de organización de los observables arqueológicos en el conjunto complejo, especificada en términos matemáticos, y por implicación, algunos aspectos de la estructura relevante en el conjunto de los datos, y (II) las técnicas de análisis más apropiadas para investigar los

observables arqueológicos. La información del conjunto paralelo es usada para determinar el apropiado modelo de entrada, mientras que la información acerca de la estructura relevante deriva del modelo de entrada.

En resumen, la Teoría de Alcance Medio funciona, en estos casos, como una forma de interrogar a los datos acerca de problemas específicos, sin implicar la identificación de "universales" en la conducta humana. Tal es así que no extraña una configuración de la Teoría Arqueológica en tres grandes apartados: Teoría Social, Teoría de la Reconstrucción y Teoría Metodológica (Schiffer 1988):

- La **Teoría Social** contendría sólo aquellos principios que contribuyen a la explicación de la variabilidad cultural y del cambio social.
- La **Teoría de la Reconstrucción** permite identificar la conducta humana y las condiciones ambientales del Pasado. Este segundo aspecto de la Teoría Arqueológica está constituido, a su vez, por tres dominios:
  - dinámica de la Cultura Material*: Teoría de Alcance Medio que sirva de correlación entre la Cultura Humana y las acciones sociales,
  - procesos culturales de formación del registro arqueológico,*
  - procesos no-culturales de formación del registro arqueológico.*
- La **Teoría de la Metodología** comprende los principios usados para obtener y contrastar la evidencia arqueológica:
  - Recuperación*: "descubrimiento" de los observables,
  - Análisis*: manipulación de la variabilidad registrada,
  - Inferencia*: proceso de síntesis de las diversas líneas de evidencia para obtener afirmaciones "bien fundadas" acerca de los sistemas culturales.

La suma de estos enfoques constituye la respuesta a la crisis del método inferencial adoptado en los primeros años de la "Nueva Arqueología": el modelo hipotético-deductivo estricto. El sistema propuesto por Carr intenta delimitar la inferencia deductiva de la abductiva e inductiva, integrando el cuerpo general de conocimientos en el discurso arqueológico por medio de las Teorías de Alcance Medio. A mi modo de ver es aquí donde la propuesta manifiesta su punto débil: esa integración es más episódica que real, quizás porque hoy en día aún no está establecida

una Teoría General; lo que hay son esfuerzos interpretativos en esa dirección. Poco se ha avanzado desde los días de David Clarke, que ya se lamentaba por la falta de esa Teoría que permitiese "otorgar" significado a los procesos arqueológicos; para él, "la arqueología analítica puede definirse como la elucidación ininterrumpida de las relaciones que se filtran de los datos arqueológicos mediante procedimientos disciplinados *destinados a precipitar un cuerpo de teoría general*" (Clarke 1978: 436, el subrayado es mío).

En los últimos años, sin embargo, ha adquirido una cierta resonancia entre algunos arqueólogos la *Arqueología Contextual* defendida, fundamentalmente, por I. Hodder. Su punto de partida está en la crítica a la Teoría de Alcance Medio a partir del hecho de que no puede haber instrumentos *independientes* de medición (la TAM lo es), dado que la metodología misma depende de la Teoría (Hodder 1986, Tilley 1986). Más relevante es, quizás, su reivindicación del carácter "polisémico" de la Cultura Material, el cual viene dado por la naturaleza comunicativa y, por tanto, simbólica, de la misma.

El registro arqueológico es un "texto" que hay que leer (Wylie 1982, Botscharow 1986, Hodder 1986), aunque cabe esperar de él muchas lecturas. De ese texto se pueden obtener dos tipos de información:

- en tanto que objetos físicos, implicados en los intercambios de materia, energía e información; objeto como medio para facilitar las necesidades organizativas
- significado de los objetos en relación con los contenidos estructurados de las tradiciones históricas.

Parte de ese significado procede de la existencia de códigos universales (1). Los objetos sólo son "mudos" cuando son separados artificialmente de sus "textos". Adquieren *significado* en tanto que forman parte de un *contexto*: la totalidad de entornos relevantes del artefacto, donde "relevante" se refiere a las relaciones del objeto con otros artefactos, que le confieren significado. En términos empíricos, el contexto de un artefacto dado estará formado por el conjunto de asociaciones, correlaciones, similitudes y diferencias estadísticamente significativas medidas en el registro arqueológico.

---

(1) Sin embargo, entre los arqueólogos *relativistas* no hay acuerdo en este punto. Frente a las advocaciones por un "lenguaje simbólico universal" (Hodder 1986, 1987a, 1987b), no faltan los que opinan lo contrario, es decir, la especificidad y particularismo de los fenómenos de Cultura material (Shanks y Tilley 1987a, 1987b)

El primer paso del procedimiento analítico será, entonces, la identificación de la red de similitudes y diferencias estructuradas, en relación con el objeto examinado y los problemas planteados. Es una forma de considerar las cuatro dimensiones de variabilidad accesibles para el arqueólogo -temporal, espacial, deposicional, tipológica, si bien las dos últimas son variantes de las dos primeras-. La estructura significativa es inicialmente definida como aquella que muestra similitudes y diferencias estadísticamente significativas. Pero esa lectura a partir de lo que es estadísticamente significativo resulta insuficiente; hay que buscar dimensiones de variación más abstractas que den sentido a la naturaleza particular de las similitudes y diferencias identificadas.

Esas dimensiones "abstractas" se procuran establecer en función de las relaciones internas del grupo social estudiado y no en una perspectiva trans-cultural: la Cultura está considerada como la implantación de un orden arbitrario en el mundo perceptible. El arqueólogo debe procurar, entonces, una interpretación de la Cultura Material en los mismos términos, simbólicos, que las gentes que la produjeron (Hodder 1986, 1987a, 1987b).

Debo reconocer mi absoluta incapacidad para comprender esta *Arqueología contextual*. En un principio no se diferenciaría de los enfoques basados en la Teoría de Alcance Medio, si no fuera por la infinitamente superior elaboración metodológica y analítica de esa última propuesta. Su diferencia estriba en el contenido: mientras que los contextualistas parecen interesarse por *construcciones fenomenológicas y holísticas de carácter ideológico*, los partidarios de la Teoría del Alcance Medio se refieren, casi exclusivamente, a la estrategia adaptativa de los grupos humanos. Si la comparación se limitara a esto, no habría problemas para aceptar ambos enfoques, cada uno con un ámbito de aplicación propio, pero no es así.

La forma en que los arqueólogos contextualistas "leen" el registro arqueológico en búsqueda del contenido "simbólico" de la Cultura Material está llena de despropósitos y contradicciones con su propia epistemología. El lenguaje universal que algunos de ellos defienden no es más que una utopía, jamás comprobada y que ha sido atacada por casi todos los psicólogos post-jungianos. En ocasiones adoptan una estrategia analítica remotamente basada en Levi-Strauss, intentando asociar las Similitudes-Diferencias en el registro, con arquetipos binarios en el ser humano (cultura-salvajismo, crudo-cocido, masculino-femenino), otras veces niegan la Teoría de Alcance Medio porque "es imposible una relación cultural universal entre lo estático y lo dinámico ya que intervienen principios de estructuración históricamente

contextuales" (Hodder 1986: 142). En cambio ¿sí es posible un código universal de símbolos que nos permita reconstruir la "ideología simbólica" expresada por los contextos arqueológicos en todo momento y todo lugar? Ridículo.

Entiendo, por tanto, que las últimas manifestaciones del *contextualismo*, reduzcan la Arqueología a un estudio de las limitaciones del arqueólogo por obtener una explicación adecuada del pasado (Shanks y Tilley 1987a y 1987b). Para ellos resulta imposible esa explicación, pues todo investigador está indisolublemente ligado a las relaciones de producción que lo atan a su presente. De esta forma, toda Historia, toda Arqueología, constituye una especie de narración, una dialéctica constante entre Pasado y Presente que trasciende tanto la objetividad, como la subjetividad. En otras palabras, y aunque no quieran reconocerlo, están negando la posibilidad de explicar la realidad que nos rodea.

No, esta discusión no lleva a ninguna parte, de ahí la "crisis" actual de la Arqueología Teórica. Con mi propuesta intento superar una polémica que no aporta ningún beneficio. Dejando al margen, por el momento, la cuestión de la Verdad y Versimilitud de las Teorías, que es el principal caballo de batalla, hay que rechazar esos intentos por buscar el *significado* del registro arqueológico. El conocimiento del pasado como un "algo" diferenciado del Presente y que existe por sí mismo sólo debiera interesar a los amantes de coleccionar curiosidades. Es en el Presente, en nuestro entorno, donde hay que concentrar los esfuerzos interpretativos. Los registros arqueológicos a nuestra disposición no son más que una serie de efectos, realizaciones particulares de unos procesos causales que hoy, ahora mismo, están afectando a nuestra vida cotidiana. Y adquieren significado en la medida en que esos efectos son semejantes, ahora y antes. Cada Pasado es una Teoría Científica que explica e interpreta uno de esos procesos; no se limita por tanto a explicar *un* contexto particular, sino un conjunto homogéneo de ellos. El código, el lenguaje simbólico universal, la Teoría de Alcance Medio están en nosotros mismos, no en un diccionario que tengamos que recopilar estudiando pacientemente los testimonios materiales de unos mundos que ya no volverán.

Lógicamente, estoy mucho más cerca de los arqueólogos *marxistas* que de otras escuelas que han proliferado en esta época de incertidumbre teórica. Podemos considerar que estos investigadores también recurren a una Teoría de Alcance Medio -el Materialismo Histórico-, si bien éste encuentra su razón de ser en el estudio del Presente. Es la estructura socioeconómica en la cual estamos sumergidos lo que intentamos explicar, insistiendo en los procesos causales res-

ponsables de la "apariciencia" actual de unos fenómenos muy concretos (la Cultura material). La *Interpretación* de esos procesos se produce en el momento en que somos capaces de *reproducir* en nuestro propio mundo aquello que, suponemos, lo ha producido, es decir, cuando experimentamos con éxito un proceso causal hipotéticamente formulado.

## ¿PARA QUE SIRVE LA ARQUEOLOGIA?

Es evidente que estoy radicalmente en contra de cualquier reivindicación de la Arqueología como método para conocer el Pasado (Schiffer 1976, Carbonell, Guilbaud y Mora 1983, Moore y Keene 1983, Gallay 1986, Hodder 1986, 1987a, Trigger 1984, 1986, Binford 1987, Gaffney y Gaffney eds.). No acepto una Arqueología como acumulación de conocimientos acerca de un dominio específico (Morgan 1973, Renfrew 1984), una Arqueología Inútil.

¿Podemos plantear, por el contrario una Arqueología provechosa, de la cual el Hombre del presente pueda extraer un beneficio tangible? A mi modo de ver, sí.

"Claramente, la Arqueología tiene dos únicas contribuciones a hacer a la Ciencia Social. Se centra en las transformaciones de los Sistemas sociales durante largos periodos de tiempo y enfatiza la interacción entre la estructura social y los procesos sobre los factores individualizadores de la Psicología. Además, la Arqueología puede documentar un espectro de sistemas sociales y relaciones sociales no manifestados en el presente *etnográfico*. La Arqueología puede, si cumple con su potencial, proporcionar una mayor comprensión del amplio espectro de posibilidades sociales, y prestar una visión interior de los procesos que han formado el mundo moderno" (Moore y Keene 1983: 5-6).

Ciertamente, la Arqueología tiene como cometido descubrir y describir cualquier estructura (o esquema, o predictabilidad u orden) que pueda haber en sus *datos*, esto es, en las evidencias de la acción humana en un momento anterior a mi propia experiencia en el Presente (Clarke 1978, Spaulding 1982). Mas no cabe imaginar una *interpretación* de esos datos a no ser como resultado de procesos que están actuando *ahora y aquí*.

En este sentido, comparto la definición avanzada por Schiffer (1987), para quien la Arqueología es la Ciencia de la Cultura Material en todo tiempo y lugar. A mi modo de ver, no es la Arqueología la disciplina que debe explicar *todo* el Sistema Cultural de nuestro grupo social, sino

que ha de limitarse a estudiar la Construcción Social del Mundo por intermedio de objetos y artefactos. Sus resultados, unidos a los de otras disciplinas, proporcionarían entonces una mejor comprensión de la *complejidad social*, y no, meramente, un modelo reducido de la misma:

"Arqueología es un análisis de las relaciones de la Cultura Material y la actividad no-material humana, que utiliza datos de lo anterior para determinar e interpretar lo posterior, tendiendo a la comprensión más completa posible de ambos. Sólo en el grado en que el estudio de la Cultura Material nos permite una comprensión mayor y más profunda de la conducta humana y sus estructuras, puede justificarse la Arqueología como un eslabón de importancia crítica en el estudio total de la conducta humana" (McGimsey 1984).

En cierto sentido, pues, resultaría aceptable la postura defendida por Earle y Preucel (1987, cf. también Limp y Carr 1985), para quienes la Arqueología habría de centrarse en el estudio de los procedimientos humanos de "toma de decisiones":

"A nuestro juicio, una definición de la Arqueología Conductual debería referirse a un foco en la toma de decisiones a nivel del individuo, en el modelo de la «geografía conductual» o la «psicología conductual». La Arqueología Conductual así redefinida, incorpora la descripción y explicación de la estructura espacial para revelar los mecanismos de la toma de decisiones en el Pasado, dentro de un esquema positivista (...) El proceso de la toma de decisiones humanas en contextos culturales y ambientales particulares es extremadamente interesante, a causa de su función en la creación de la amplia variabilidad del registro arqueológico" (Earle y Preucel 1987: 511).

Estaría de acuerdo con este enfoque, si el concepto *Decision-Making* fuese mucho más genérico, abarcando cualquier *proceso causal* en la forma propuesta por Salmon (M. Salmon 1982, W. Salmon 1982, 1984), y se abandonara ese afán por estudiar lo específico, lo particular con arreglo a Teorías Generales indemostrables. A mi modo de ver, el análisis de los contextos particulares es importante sólo en la medida en que *ilustran* (no explican) algunas realizaciones concretas de ciertos procesos, cuya *explicación* es lo que realmente preocupa.

La interacción continua entre Presente y Pasado ha sido recientemente propuesta por numerosos investigadores como objeto fundamental de la disciplina, si bien de una forma algo distinta a la que yo intento afirmar. Para estos autores (Leone 1981, Leone et al. 1987, Carboneil, Guilbaud y Mora 1983, Carboneil 1986, Marcus y Fisher 1986, Shanks y Tilley 1987a y 1987b), el Presente *influye* en la forma en que interpretamos el pasado. Siguen con-



siderando el pasado como tema de estudio preferente, aunque son conscientes que el entorno social al cual va dirigida esa *explicación* afecta de un modo u otro a los "mensajes" obtenibles del registro arqueológico. En otras palabras, las interpretaciones arqueológicas presentadas al público pueden adquirir un significado no pretendido por el arqueólogo y que no se encuentra en los datos; de ahí la necesidad de una Disciplina Crítica que investigue las relaciones entre la Arqueología y la Política. Entonces, la Arqueología aparece como una forma de *crítica cultural*, una práctica producida en y para el Presente: "el discurso arqueológico es una *forma* del poder y, al mismo tiempo, es el *estudio* del poder (Shanks y Tilley 1987b: viii).

Mi énfasis por una Arqueología útil para mi propio grupo social no coincide con la reciente reivindicación de una Arqueología Pragmática, esencialmente *atávica*, "humanística", ecléctica, y destinada a proporcionar "Historia Cultural" (Hingley 1987, Yorston, Gaffney y Gaffney 1987). No acepto estas alusiones veladas y no veladas al Humanismo, como algo alejado de lo Científico. La Ciencia no es otra cosa que Pensamiento y Acción según unos criterios explícitos. Su objetividad radica en que su discurso es *reconstruible* por cualquier otro científico, luego es perfectamente posible, y aún recomendable, un análisis científico y objetivo del Hombre y sus obras, un estudio de nosotros mismos hecho por nosotros mismos.

## Capítulo III

### ¿Cómo es un Problema Arqueológico?

---

Consideremos el siguiente problema conceptual: la **Desigualdad Social**; es un término muy general que sirve para interpretar diferentes fenómenos sociales, tales como el dominio de los medios de producción, la ostentación del lujo, el control de los mecanismos de redistribución de la riqueza, etc. Su estudio puede abordarse de muy diversas maneras: desde una perspectiva Sociológica estricta, por ejemplo, describiendo su forma actual y usando para ello los indicadores adecuados. Un Análisis Histórico del mismo fenómeno supondría la definición de los procesos causales responsables de su existencia real; en cierto sentido, una descripción de su mecánica temporal. Si queremos estudiarlo *arqueológicamente*, habrá que definirlo, en primer lugar, como un *problema arqueológica*.

Un *problema arqueológico* puede esquematizarse diciendo que es una incógnita referida a la manera en que una comunidad humana **X** usa en un contexto **C** (espacial-social-cronológico) una serie de objetos **O**. La respuesta a esa incógnita será una mera *explicación* del contexto particular sometido a análisis, a no ser que se refiera un proceso causal que tenga lugar a lo largo del tiempo, hasta modificar de forma perceptible el mundo real en que se mueve el investigador. En el caso que se desarrolla en este trabajo será necesario plantear la Desigualdad Social en términos de Cultura Material y de Causalidad: ¿de qué forma ha sido construida «materialmente» a lo largo de un *periodo de tiempo* específico?. Ese marco temporal es el cauce por el que discurre un proceso causal que es, en definitiva, el objetivo primordial del Análisis: ¿qué proceso o procesos son los responsables de la forma en que ha sido construida «materialmente» la Desigualdad Social del Presente?.

El punto de partida del Análisis, pues, no es un registro arqueológico, un conjunto de "objetos antiguos", sino un interrogante acerca de mi Presente: la tensión social hoy día patente en las relaciones interindividuales, reflejada en la crisis del sistema de Cultura Material usado hasta ahora para *representar y/o expresar* la pertenencia a un Rol o Clase Social determinada. Aunque el orden social sigue basado en la Desigualdad Social (control diferenciado de los medios de producción y de los canales de redistribución del excedente), no hay criterios estables (símbolos materiales) que expresen la *forma* precisa de la Estratificación Social. Por consiguiente, ¿es la indefinición "material" de las Clases Sociales un rasgo particular del orden social contemporáneo, o es una alteración del orden social tradicional que hemos heredado?

Se define Estratificación Social como una estructura de relaciones interindividuales caracterizada por la Desigualdad en el acceso a los medios de producción y al excedente producido por los mismos, si bien internamente cohesionada por medios coercitivos, de tal forma que se garantiza la reproducción del Sistema de desigualdades. Ahora bien, actualmente no se observa esa "cohesión coercitivamente impuesta", sino que aparentemente está sustituida por una "tensión entre y dentro de las Clases". O bien la definición anterior es errónea -no se ajusta a la Realidad- o bien el mundo contemporáneo es una "alteración" de un orden social anterior coercitivamente cohesionado.

Si la definición anterior fuese errónea, se correría el riesgo de considerar la Desigualdad y Tensión Sociales como algo existente en sí mismo, como un rasgo paradigmático de los Seres Humanos que viven en Sociedad -todos-. ¿Es cierto? Considero -quizás me equivoque- que esa inmutabilidad del orden social es uno de los medios ideológicamente coercitivos impuestos por algunos de los más favorecidos por esa *forma de actuación del entorno social* (1), impidiendo consiguientemente, la *intervención* de los menos favorecidos para alterar la relación actual individuo-grupo. Es precisamente para evitarlo y favorecer en lo posible cualquier intento por cambiar el mundo por lo que intento descubrir, explicar e interpretar los procesos causales que, hipotéticamente, hayan podido convertir una situación anterior en lo que actualmente estamos observando. Mi propósito con el *experimento* detallado en los capítulos siguientes es trascender ese concepto "socialmente aceptado" e investigar los hechos que se esconden bajo su apariencia.

En otras palabras, parto del Supuesto de que ningún fenómeno social es inmutable, sino que toda acción colectiva humana está sometida a cambio y a transformación constante. En el caso que

---

(1) Que conste que en modo alguno soy de los que piensan que la Sociedad actúa por sí misma. La Sociedad es un concepto que *explica* un fenómeno, la apariencia del orden social. Por Mundo o Entorno Social, pues, no entiendo la existencia de una Entidad multiforme que actúe sobre los individuos, sino el aspecto *real*, y por tanto sólo indirectamente accesible, de las acciones colectivas humanas.

ahora nos ocupa, el proceso causal responsable de la forma de expresión material actual de la desigualdad y la tensión en el orden social está caracterizado por los cambios en la velocidad y volúmen del intercambio de Bienes de Elevado Valor Social en momentos concretos. Es decir, la Industrialización y el Capitalismo de la segunda mitad del siglo XX han provocado la pérdida de valor de los Símbolos utilizados en momentos cronológicos inmediatamente anteriores para *expresar* la pertenencia a una Clase Social privilegiada: ante la masificación en la producción y distribución (disminuye el coste), se alteran las formas de perpetuación del orden socio-económico, rompiéndose la cohesión artificialmente lograda por medios coercitivos, e instaurándose la competencia y tensión social entre Clases Privilegiadas.

Aplicando el mismo esquema conceptual que antes, estamos en la obligación de poner en duda la inmanencia de ese proceso: la Lucha de Clases no es el motor *perpetuo* de las transformaciones sociales, sino el resultado de unos procesos englobados, a su vez, bajo el término de Desigualdad Social. A medida que nos vayamos remontando en el Tiempo para poder reproducir el encadenamiento de acontecimientos que marca el proceso causal antes bosquejado, se reconocerán épocas en las que la producción y circulación de Bienes de Elevado Valor Social (Símbolos de Poder o de Clase) está fuertemente restringida -por medios coercitivos, siempre- y otras en las que ciertos procesos paralelos, pero externos al sistema (innovación tecnológica, catástrofes climáticas, conflicto político, etc.), desbordan los medios de control y favorecerán la producción en masa y distribución generalizada de esos mismos Bienes, con la consiguiente alteración de la *forma* del orden social y la necesidad de reinstaurar el Sistema sobre nuevas bases socio-económicas. Cada reinstauración sucesiva implicará una transformación.

El Análisis de las Estelas Prehistóricas de la Edad del Bronce en la Península Ibérica, que se presenta en este trabajo, es un experimento dirigido a la contrastación de ese proceso. Como es lógico suponer (cf. Capítulos 23 y 24), no existen, en las Ciencias Sociales, unos experimentos que puedan ser considerados capitales y definitivos. En absoluto. Mi objetivo es presentar la forma que adoptó el proceso en un momento dado de la escala temporal: la Edad del Bronce. ¿Por qué ese momento? Afirmaré que fué en los años 1000-500 a.C. cuando en la Península Ibérica se inició el proceso que conduciría a la forma actual de expresión material de la Estratificación Social, como desarrollo lógico de la Desigualdad anterior. ¿Qué significa esta aseveración?

Si todo Pasado es una creación mía -de acuerdo a determinadas reglas de construcción, como es lógico-, entonces nada impide centrar la investigación en el que yo considere más significativo de todos los posibles: aquel en el que *aparece* por vez primera el proceso o procesos causales sugeridos. Nada conseguiría coleccionando Pasados en los que esos procesos actuaran de forma idéntica a la que yo puedo percibir aquí y ahora. Las Estelas Prehistóricas Ibéricas reflejan la

Desigualdad Social de una forma muy peculiar, distinta a la actual (no reflejan una sociedad de clases). Ahora bien, también se observa en ese conjunto de datos una serie de características no interpretables en un entorno caracterizado por la falta de Estratificación Social (aparición del proceso). Es por ello por lo que se plantea la hipótesis del origen de ese proceso en aquel momento en concreto, ambivalente debido al efecto de dos procesos significativamente distintos.

Ciertamente, podría haber elegido cualquier otro acontecimiento -unidad secuencial significativa de un Proceso- para poder realizar una contrastación *parcial* (cf. Capítulo 23) del mismo: un proceso que implica un desarrollo a lo largo de un considerable lapso de tiempo no puede ser *contrastado* a partir del análisis de *una* de sus realizaciones particulares. El estudio de las Estelas prehistóricas Ibéricas añade, sin embargo, el interés adicional de ser -según el Sistema Explicativo Tradicional- el punto de arranque del proceso; el examen detallado del cual, aunque sea en los mismos términos del proceso hipotético, permitirá una mayor profundidad en el conocimiento de su naturaleza.

Retomando la discusión del Experimento=Proceso, ya adelantada en los capítulos anteriores, las Estelas Prehistóricas de la Península Ibérica son aquí consideradas como el primer resultado (en la escala cronológica) del proceso, siempre y cuando lo circunscribamos a un marco político-cultural contemporáneo (unos países llamados España y Portugal, asentados sobre una unidad geográfica llamada Península Ibérica), que sirve de unidad componencial del estudio: no se trata tanto del *origen* absoluto del proceso -posiblemente a finales del Neolítico y principios del Calcolítico en el Mediterráneo Oriental-, sino del momento en que surge en ésta *comunidad*. La delimitación espacial y cronológica del experimento permite controlar al máximo las variables implicadas, a la vez que se hipotetiza la continuidad a lo largo del tiempo y el espacio del proceso en cuestión. Como tal resultado es una "observación" contextualmente específica de un proceso inobservable por definición, con lo que se proporciona una oportunidad para confrontar el proceso con la Realidad.

Es decir, pretendo construir un *experimento* que permita observar unos procesos determinados. Altero la circunstancia temporal de mi Presente, deformándolo de una manera controlada, con lo que resaltan sus caracteres específicos, diferenciándose los que son *efectos* de los que se describirían mejor como *causas*. Para ello necesito datos acerca de la evolución social, es decir, unos objetos usados en una época anterior a la mía y de los cuales sea posible extraer información con la que construir *un* Pasado. Lo *real* son los objetos, los artefactos que integran el registro arqueológico; hay que averiguar, entonces, sus procesos de formación, partiendo del supuesto de que constituyen la *representación conceptual* de un Pasado.

¿Existió realmente ese momento histórico concreto? Esa es una pregunta retórica y accesoría, pues no tengo medio alguno para obtener una respuesta afirmativa o negativa. Depende de las escalas temporales que se propongan, las cuales son, a su vez, Sistemas Conceptuales que dan sentido a otro Concepto, esa "época histórica". Lo que sí existió *realmente* fue uno o un conjunto de procesos, que en un momento anterior preciso de la escala temporal de la sucesión (durante la Edad del Bronce, en la Península Ibérica) fue o fueron efectos de ciertas interacciones causales, cuya impacto aún perdura.

¿De qué forma cualquier problema planteado sobre unos materiales (Las Estelas Prehistóricas), ajenos a mi entorno social directo, caracterizan los procesos en el Presente? No es exigible una conexión precisa entre los dos, sobre todo porque los datos arqueológicos no interesan en tanto que productos de unos grupos sociales ya desaparecidos, sino en tanto que sobre ellos actuaron o no los mismos procesos que en el Presente. Es decir, se trata de elegir una población específica de observaciones empíricas temporalmente diferenciadas de las actuales en la escala de la sucesión, de tal forma que pueda construirse una Teoría Científica que las interprete con arreglo a los procesos que, suponemos, actúan sobre el Presente. Esa Teoría Científica dará forma a nuestro Pasado, en la medida en que los datos que de él tenemos reflejan procesos causales distintos.

En resumen, el propósito del estudio de caso expuesto en este trabajo es definir no sólo los orígenes de la Estratificación Social -considerada como apariencia del proceso causal que provoca la Desigualdad Social materialmente expresada en el Presente-, sino, a través del análisis de las modificaciones generadas por procesos anteriores, *explicar* la forma concreta de ese mismo proceso. No tengo ninguna pretensión de ofrecer la visión definitiva de las cuestiones antes planteadas. Como Problemas Arqueológicos que son, hacen referencia, única y exclusivamente, a la Cultura Material en tanto que subconjunto de la Complejidad Social. En consecuencia, la *interpretación* que al final consiga será, simplemente, una pequeña parte, significativa, eso sí, del *fenómeno de interés*. De ahí que me haya limitado a considerar una pequeñísima parcela del mismo; pequeñísima en tamaño, pero no en importancia. Como se verá a continuación, supone la construcción de un Pasado muy específico, considerado como el marco por el que discurre todo proceso causal responsable de la expresión material de la Desigualdad Social en el Presente.

## SEGUNDA PARTE

---

ALGO MAS QUE UN ESTADO DE LA CUESTION

## Capítulo IV

### La Explicación Tradicional

---

A fines del siglo pasado empezaron a recogerse en las regiones del Sudoeste de la Península Ibérica (Extremadura, Andalucía Occidental, Alentejo, Algarve) unas losas de piedra, usualmente caliza, arenisca, pizarra o esquisto, en las que aparecían grabadas diferentes armas: lanzas, espadas, escudos, carros,... Lo más interesante de estas representaciones era el carácter relativamente naturalista del grabado, que permitía reconocer la tipología de las armas en cuestión comparandolas a las que habían aparecido en excavaciones arqueológicas. En especial llamaba la atención la semejanza con las espadas encontradas en el depósito de piezas metálicas de la Ria de Huelva, cuya cronología se había fijado dentro de los fines de la Edad del Bronce. Esta datación permitió a varios investigadores (1) situar esos materiales en el marco de la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro; esto es, justo en el momento en que los grupos sociales que habitaban en la Península Ibérica iniciaban un importante cambio hacia formas complejas de orden social: el origen del Urbanismo y del Estado.

La homogeneidad y la semejanza morfológica de estos monumentos prehistóricos motivó que los investigadores se hiciesen preguntas acerca de las gentes que los erigieron. Dejando de lado los intentos iniciales (Cabré, Bosch Gimpera, Fernández Oxea), que en su época fueron meritorios, mas hoy en día están completamente superados, el primero en proponer una explicación bien argumentada de esas Estelas prehistóricas fue M. Almagro Basch (1966).

---

(1) Entre los que destacó con luz propia Martín Almagro Basch, quien en 1966, fue el primero en elaborar un Corpus de todas las Estelas conocidas hasta entonces, y estudiarlas como un todo orgánico.



Para este autor, el Occidente de la península Ibérica, más concretamente, el Sudoeste, fue siempre un mundo culturalmente conservador que se mantuvo al margen de los desarrollos sociales y tecnológicos alcanzados en otras zonas; no es de extrañar, por tanto, la dilatada perduración y las pervivencias de ciertos elementos culturales, que en otras regiones serían considerados anacrónicos. Las Estelas constituirían una de las señas de identidad de los grupos sociales que vivieron en esas áreas marginales durante la Edad del Bronce e inicios de la Edad del Hierro.

En base a textos de Avieno, Herodoro y Herodoto (1) consideró Almagro la existencia del pueblo de los *canios* o *cinetes* en parte de esa dilatada región peninsular, posiblemente en el Algarve portugués. Este pueblo pudo ser el creador de la cultura del Bronce Pleno del Sur de Portugal, que se nos ofrece a través de las necrópolis de sepulturas en cista, colocadas dentro de túmulos.

Almagro mencionó la existencia de importaciones de cuentas de vidrio procedentes del comercio con el Próximo Oriente, sobre todo con Fenicia y Chipre. De ahí que supusiera la existencia de un pueblo mediterráneo "como el que creó la cultura, en parte sincrónica, de El Argar", el cual, unido a la población indígena autóctona daría lugar a los *canios* o *cinetes*.

Algunos siglos después, la región se vio afectada por las oleadas invasoras de pueblos célticos (*cempsos*), los cuales entrarían en contacto, violento según las fuentes, con el mundo tartésico de la baja Andalucía, tras haber reducido y reemplazado a los *canios*. Las Estelas serían, en este contexto, un rasgo específico de las elites religiosas y políticas de *canios* y *cempsos*, asociándose única y exclusivamente con tumbas ricas de inhumación.

Para Almagro, estas Estelas sólo pueden entenderse dentro de la continuidad de la personalidad étnica del área geográfica formada por el Alentejo, Algarve, la Extremadura española y las comarcas occidentales del valle del Guadalquivir, que pasaron del Bronce Medio al Bronce Final y aún a la Edad del Hierro sin que el elemento indígena megalítico se alterara sustancialmente, aún y a pesar de las aportaciones mediterráneas y de la presencia de gentes de origen centroeuropeo en un momento más avanzado, ya en el Bronce Final.

---

(1) Avieno *Periplo* [versos 200-214]  
Herodoro *Fragmento* 20  
Herodoto II, 33 y IV, 49

Las Estelas, con un valor funerario indiscutible para Almagro, equivaldrían al ritual funerario propio de los enterramientos dolménicos. Los sepulcros de inhumación con Estelas simbolizarían el respeto a caudillos individuales, dignificados por medio de una tumba singular. Tal vez se tratara de los "reyes" de aquellos invasores mediterráneos que crearon la cultura caracterizada por la inhumación en cistas durante el Bronce Medio del Sudoeste (*conios*). Posteriormente, ese mismo rito sería adoptado por los jefes de los pueblos indoeuropeos recién llegados desde el Norte (*campesos*), los cuales concedieron a la tradición indígena la continuidad del rito de la inhumación, otorgada a personajes singulares de manera excepcional en una época en la que el rito de la incineración ya se había generalizado. Así, la costumbre funeraria de conservar el recuerdo de los personajes enterrados bajo las Estelas demostraría una fusión de elementos culturales diversos.

Almagro Basch dividió el conjunto de las Estelas Decoradas en dos clases, atribuyendo unas a los *conios* y otras a los *campesos*. Ambas clases estarían relacionadas, constituyendo las segundas una continuación en el tiempo y en el espacio de las primeras. Las Estelas de los *campesos*, sin embargo, a la vez que desarrollaban las ideas tradicionales, aportaron nuevos elementos y permitieron su expansión territorial: si el área propia de los *conios* era reducida (Algarve y Alentejo), los *campesos* ocuparían prácticamente todo el cuadrante sudoccidental de la Península Ibérica, tal y como se infiere de la distribución de las dos clases de Estelas. La "nueva cultura" aparecería primero en la región nuclear de los *conios* expandiéndose paulatinamente por las áreas limítrofes. Geométricamente sería fácil describir esa expansión por medio de un modelo en círculos concéntricos (fig. 1).

La práctica totalidad de autores contemporáneos acepta la división en dos clases de estos monumentos, si bien su interpretación "histórica" varía en algunos aspectos. Así, por ejemplo, M. Almagro Gorbea también es partidario de derivar la segunda clase de la primera:

"La idea de una Estela panoplia como vemos en el Algarve se ha debido unir a la idea de la Estela con representación antropomorfa de tradición del Bronce, que aparecen asociadas a las Estelas extremeñas en Hernán Pérez y El Carneril (...) Las Estelas denotan la perduración de elementos locales, junto a los cuales vemos el reflejo de corrientes culturales diversas. Así, los cascos y las espadas indican la penetración indirecta del mundo del Bronce Final Centroeuropeo de los Campos de Urnas a través del influjo del Bronce Atlántico, aunque no se puede excluir que algunos de esos elementos han podido llegar directamente con las oleadas indoeuropeas.

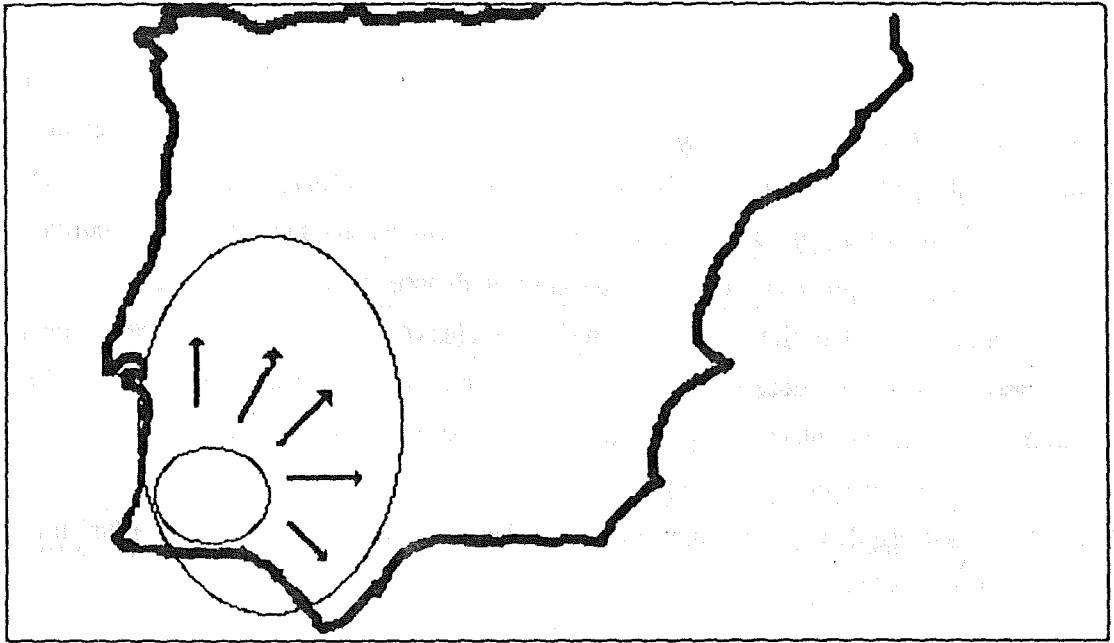


FIG. 1 Esquema de expansión de las Estelas, según Almagro Basch

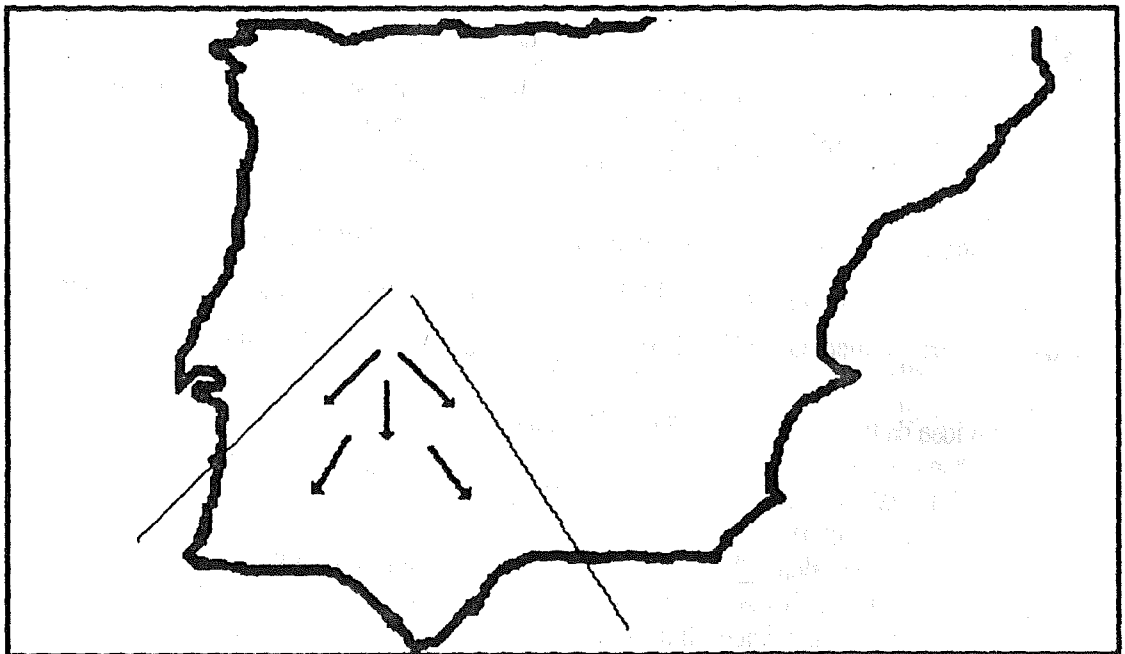


FIG. 2 Esquema de expansión de las Estelas, según F.P. Curado

paralelamente, vemos como los escudos en V, las fíbulas, el espejo, el peine y el carro indican unos contactos con el oriente del Mediterráneo y su consiguiente asimilación. Esos contactos, debidos seguramente a los primeros colonizadores semitas, se deben considerar como protoorientalizantes" (Almagro Gorbea 1977: 193).

Este autor introduce la referencia a una tercera clase de Estelas (aquellas "con representación antropomorfa"), las cuales parecen actuar como punto intermedio en el desarrollo evolutivo de esas piezas arqueológicas. La existencia de esta tercera clase invalida el modelo de expansión geográfica propuesto por Almagro Basch, siendo más creíble una expansión Norte-Sur (fig. 2).

Ahora bien, si esta nueva hipótesis fuese cierta, entonces habría que abandonar también la hipótesis de derivación Clase I-Clase II, a no ser que se aceptasen las siguientes propuestas *ad hoc*:

- varios núcleos diferenciados de las Estelas, cada uno con líneas de evolución propia
- expansión de las estelas de la Clase II hacia el Norte, transformación, y posterior difusión hacia el Sur.

Aunque sin reconocerlo explícitamente, Almagro Gorbea (1977) se decanta por la primera de ellas. Menciona la existencia de una idea-base (Estelas) con distintas plasmaciones: Clase I, Antropomorfas, Clase II. Cada grupo tuvo un origen propio a partir de la misma idea-base, compartida por todas las poblaciones de la Edad del Bronce del Sudoeste. Según el sustrato particular de cada región y según las variadas influencias externas que llegan, se adoptaron criterios iconográficos distintos.

Tanto Almagro Basch como Almagro Gorbea han afirmado la anterioridad de las Estelas de la Clase I. Frente a esta opinión, Gomes y Monteiro aseguran la sincronidad de ambos grupos, así como su no derivabilidad:

"El mismo complejo ideológico se encuentra en la base de la formación de estos grupos de Estelas Decoradas, pero que van a asumir, constituyéndose en medios culturales diferentes y asimilando tradiciones diversas, aspectos estilísticos propios. Los dos grupos se desarrollan independientemente, siendo, sin embargo, sincrónicos en la fase final de uno e inicial de otro, sin tener, según el estado actual de nuestros conocimientos, grandes relaciones entre ellos" (Gomes y Monteiro 1977a: 203).

Para establecer la sincronización, Gomes y Monteiro parten de fijar la cronología de unas y otras a comienzos del siglo IX a.C., dentro de la corriente del comercio fenicio. La evolución iconográfica estuvo, entonces, en función del incremento de la penetración de elementos orientales en la Península Ibérica, de tal forma que "no fue más que cuando vigorosos estímulos procedentes del Mediterráneo Oriental llegaron a esta región, hacia el 1200 a.C., a través de El Argar B, cuando este arte nació verdaderamente, ocupando la escena histórica durante cuatro siglos" (Gomes y Monteiro 1977a: 202).

Los investigadores que hoy día abordan el estudio de las Estelas Prehistóricas del Sudoeste de la Península Ibérica aceptan, básicamente, estas formulaciones. Según la función que concedan a la aculturación procedente del Mediterráneo Oriental pueden distinguirse tres grandes grupos de hipótesis:

**HIPOTESIS ORIENTALISTA ESTRICTA** .- Todos los elementos representados en las Estelas de la Clase II -las que Almagro Basch consideraba obra de los *cempsos*- proceden del flujo de intercambios con el Mediterráneo Oriental: los escudos, cascos (los de cuernos originarios en el Mediterráneo Oriental propiamente dicho, y los de cimera con paralelos en el Mundo Greco-Etrusco); los carros semejantes a los del Geométrico Pleno y a los figurados en la cerámica ática de figuras negras. También las espadas obedecen a impulsos procedentes de esas regiones más avanzadas, así como los espejos -se trata de elementos, todos ellos, representados en las Estelas-. Todas estas consideraciones permiten afirmar una colonización que se desvinculó posteriormente de sus orígenes en el Mundo Griego, dando a sus manifestaciones monumentales un sesgo personal, con desarrollo propio, aunque sin perder el sello de sus raíces originarias (Bendala 1977, 1979, 1983, 1984, 1987).

**HIPOTESIS INDOEUROPEISTA ESTRICTA** .- Su punto de partida es la conflictiva Estela de Baraçal, grabada en altorrelieve y asociando una espada claramente pistiliforme con escudo de escotaduras en Y, hecho que se repite en unas Estelas, prácticamente idénticas, recientemente descubiertas en el Sur de Francia. Esto provoca una contradicción al considerar el origen de este tipo de escudo, el cual en el Mediterráneo oriental se data en los siglos VIII-VII a.C. y no en los siglos X-IX a.C., que es la fecha propuesta para las espadas pistiliformes en el Atlántico. Los partidarios de esta hipótesis sugieren la llegada de poblaciones de pastores-guerreros (¿los *cempsos* mencionados por las fuentes clásicas?) que desde la Europa septentrional llegarían a la Península Ibérica y, atravesando la Meseta, se instalarían en el Sud-

oeste de la Submeseta Norte, una región más húmeda que aquella por la que habían pasado y rica en cobre y estaño. El progresivo aumento de población en este grupo inicial explicaría la expansión hacia el Sur, expansión que coincide con las vías naturales de acceso a las regiones meridionales (Sotou 1962, Curado 1984, 1986, Müller et al. 1988).

**HIPOTESIS ORIENTALISTA-INDOEUROPEA ECLECTICA .-** Las Estelas Decoradas del Sudoeste responden a un carácter indígena original ya desarrollado en el Bronce Medio y principios del Bronce Final. A partir del siglo IX a.C., las innovaciones europeas llegan a esta zona a través del influjo atlántico: las Estelas cronológicamente más antiguas -las del Tajo y Oeste de Extremadura- adquirirán elementos bélicos de marcado influjo europeo. A estas Estelas seguirán en el tiempo aquellas que asimilan los elementos orientales, al igual que hicieron con los europeos, sin perder su origen esencial. Será principalmente en la zona oriental extremeña y en Andalucía noroccidental donde se perciba ese influjo de elementos orientales: espejos, peines, cascos, carros, etc. (Pingel 1974, Gomes y Monteiro 1977a, Almagro Gorbea 1977, Chaves y de la Bandera 1982, Celestino 1985).

La forma de llegar a formular estas hipótesis siempre es la misma: se identifican los motivos representados en las Estelas con un objeto arqueológico real y se buscan sus "parecidos" con otros objetos semejantes, cercanos o lejanos. Las conclusiones de esa analogía se aceptan como conclusiones culturales afectando a todo el fenómeno de las Estelas. Algunos ejemplos:

1.- Los escudos de las Estelas son semejantes a los prototipos chipriotas y cretenses y estos datan hacia el 800 a.C., entonces esa será la fecha *ante quem* de los escudos de las Estelas (Almagro Basch 1966).

2.- Los escudos de las Estelas son todos de un tipo cuyo origen radica en Anatolia, entrado ya el segundo milenio y que, pasando por el Mediterráneo, se extendería por Occidente (Hernando 1976).

3.- Los escudos del tipo "Torrejón del Rubio III" -redondos, sin escotaduras en V y con decoración a base de líneas paralelas- son semejantes a los representados en los relieves de Nínive, de época de Senaquerib y Asurbanipal (Almagro Gorbea 1977).

4.- Los escudos de las Estelas encuentran sus paralelos más próximos en el mundo samio-chipriota (Bendala 1979).

5.- Los escudos de las Estelas -con abrazadera central- son de origen oriental y no griego (Blázquez 1986).

Semejantes afirmaciones se han hecho para el resto de elementos representados: carros (Powell 1976, Celestino 1985, Fernández Miranda y Olmos 1986), espejos (Bendala 1977), fíbulas (Almagro Basch 1966, Gomes y Monteiro 1977a),...

La lógica inferencial que ha sido empleada para *explicar* este registro arqueológico particular puede esquematizarse en los siguientes Axiomas:

**I** .- Las representaciones en las Estelas son un reflejo de los elementos arqueológicos *reales*, luego, cualquier inferencia relativa a estos últimos será aplicable a la Estela en la que aparezcan grabados.

Ejemplo: si el escudo, espada, espejo, fíbula, carro son de origen oriental, entonces las Estelas son testimonio de los contactos con los grupos sociales del Mediterráneo Oriental.

**II** .- Si el elemento con el cual se compara la representación aparece en un área geográfica distinta, entonces se afirmará la existencia de contactos culturales entre las dos áreas.

En efecto, como resultado de las comparaciones, ciertos objetos se parecen a los del Mediterráneo Oriental. Esto supone, indefectiblemente, la constatación histórica de relaciones culturales entre ambas poblaciones. Casi nunca se ha utilizado como hipótesis alternativa el concepto de "Evolución Paralela". A él se recurre, sin embargo, para no aceptar las relaciones entre el Norte de Europa y la Península, aunque sea posible identificar semejanzas morfológicas (analogías) entre los carros de las Estelas y los representados en el arte rupestre escandinavo (Powell 1976, Celestino 1985).

**III** .- Se denomina una pieza "de transición" cuando manifiesta atributos indefinidos. Definición: un atributo indefinido es aquel que puede aparecer asociado con dos criterios cronológicos equipolentes.

De este modo, para evitar los errores achacables a la aplicación indiscriminada del Principio anterior, se crea un calificativo que "explica" los casos que aparentemente se sitúan fuera de las hipótesis.

**IV**.- Se utilizará el concepto "perduración en el tiempo" para explicar la aparición de un mismo atributo asociado a distintos criterios cronológicamente jerarquizados. Teorema: un atributo "perdurable" es un atributo indefinido y, por tanto, un criterio de "pieza de transición".

Ese es el caso del escudo con escotaduras en V. Tal y como demuestran los partidarios de las tesis orientalistas, debe situarse cronológicamente en el siglo VIII a.C. como momento más antiguo. ¿Cómo explicar entonces su asociación con una espada pistiliforme en la Estela de Baraçal, o bien con las fíbulas de codo, anteriores a las de la Ría de Huelva, dada su peculiar morfología? Sólo caben dos explicaciones posibles: que la corriente oriental llegase a la Península en el siglo XI a.C. -una colonización post-micénica, aún no identificada arqueológicamente- o bien, que la región en la que aparecen las Estelas fuese muy "conservadora", marginal, en la que los elementos culturales no evolucionarían al mismo ritmo que en otros lugares. No sorprendería, por tanto, la "perduración" en esas comarcas de objetos que ya habían periclitado en otras (espadas y fíbulas).

Finalmente, la hipótesis orientalista, antes que en datos empíricos, basa su verosimilitud en ciertos principios considerados verdaderos apriorísticamente:

- El Mediterráneo Oriental estaba más avanzado tecnológicamente y socialmente que el Occidental
- Las innovaciones tecnológicas (el metal) tienen un único origen, desde el cual se expanden a regiones alejadas
- A lo largo de la Prehistoria nunca ha cesado el intercambio entre Oriente y Occidente.

\* \* \*

Esta "visión histórica" del fenómeno de las Estelas Prehistóricas de la Península Ibérica puede ser caracterizada como una Teoría Científica: mientras que los puntales del proceso inferencial antes esbozado sean firmes, la Teoría estará en vigor. De esta forma, se asiste a un proceso muy semejante al descrito por Kuhn (1963, 1975) o por Lakatos (1974): la "reconstrucción del Pasado" (Teoría) se convierte en un *paradigma* -en la terminología de Kuhn-



o un programa de investigación científica -para Lakatos-. Es decir, que en éste y otros aspectos la Arqueología se comporta igual que otras disciplinas con mayor fama de ser científicas (Barceló, en prensa). Lo que denominaré a partir de ahora Explicación Tradicional del Fenómeno de las Estelas no pude ser denigrada como capricho de ciertos investigadores. Se trata de una opción válida si se aceptan sus axiomas de partida. Sin embargo, quizás porque no fue ideada como Teoría Científica, sino como discurso no formalizado en Lenguaje Natural, manifiesta algunas debilidades en su planteamiento.

La primera de ellas es la que hace referencia a la principal "herramienta de trabajo", la *regla semántica* -terminología de Carnap- para la producción de nuevas hipótesis: la Analogía. ¿Cómo hay que usarla? La manera en que Bendala, por ejemplo, la emplea es radicalmente distinta a la de un autor como Binford. A mi modo de ver, en ningún caso habría que limitarse a consignar "parecidos" morfológicos entre piezas. La comparación no contempla sólo la enumeración de rasgos distintivos iguales, sino la construcción de una teoría que explique la dirección del movimiento cultural. Además si lo que pretendemos es un mínimo de objetividad, cualquier investigador habría de ser capaz de reconstruir la analogía constatada con ayuda de los mismos datos, lo cual no sucede.

Los psicólogos y matemáticos (Restle 1959, Tversky 1977, Ortony 1978) han demostrado que la Similaridad es una relación matemática y que ha de ser resuelta mediante procedimientos numéricos. Semejantes consideraciones han sido aplicadas a la arqueología, ya a nivel teórico como a nivel práctico. Con ello no quiero afirmar que la Matemática o la Estadística sean mejores o peores para los arqueólogos, que su empleo proporcione mayores ventajas, o bien, que sólo será "verdaderamente científico" aquel que las utilice. La Similaridad es una relación matemática, por lo que no puede ser reducida a unos enunciados de sentido común que están aquí fuera de lugar.

Estas cuestiones afectan muy directamente a la Explicación Tradicional. Por ejemplo: los carros representados en las Estelas. Powell (1976), Bendala (1977), Piggott (1983), Celestino (1985) y Muzzolini (1988) insisten en paralelizar los prototipos del Mediterráneo Oriental con los grabados en las Estelas de la Península Ibérica. Se trata, sin embargo, de unas "semejanzas" que yo, francamente, no he sabido encontrar. Da la impresión como si esos autores, ante la falta de analogías formales directas, se refieran a la "idea" del carro de dos ruedas, la cual se originaría en el Mediterráneo Oriental antes que en el Occidental. En definitiva, el pueblo que erigió las Estelas fue incapaz de "inventar" esos artefactos y copió los modelos aportados por comerciantes procedentes de otros lugares. Ante un potencial fallo de la *analogía* como método, se puede recurrir a un Axioma Conceptual -el Mediterráneo como Centro generador y difusor de

innovaciones-. Los problemas surgen cuando es posible dudar de la verosimilitud de ese Axioma: no debe olvidarse que la existencia de carros en el Arte rupestre ibérico -si bien distintos de los de las Estelas- está atestiguada desde el 2500 a.C. cuando menos, en el santuario tardoneolítico de Escoural (Evora) (Gomes et al. 1983, cf. también Fernández Castro 1988).

Ahora bien, no se crea que recurriendo a las matemáticas, el Análisis de Conglomerados o el Análisis Factorial podremos resolver la cuestión. Tal y como se verá en páginas posteriores de este trabajo, el estudio de la similaridad depende de la *descripción*. No existe una descripción exacta y desapasionada; podemos añadir y retirar atributos a todo ítem, de ahí que cualquier descripción sea *siempre* artificial a la naturaleza del elemento descrito. Por eso, no se debería hablar de semejanzas entre objetos, sino entre series de rasgos descriptivos. Una descripción ha de estar sostenida por una teoría subyacente que justifique la selección o rechazo de esos atributos. Un ejemplo paradigmático de los errores a los que se llega si no se toman en consideración esos problemas es el de la identificación de motivos en las Estelas: espejos, mazas, broches, cítaras, liras,... Es evidente que al partidario de la hipótesis orientalista - o indoeuropea, que para el caso, es lo mismo- le es fundamental esa identificación, ya que sin ella no puede utilizar los paralelismos con objetos arqueológicos reales. Si aun y a pesar de estas condiciones es capaz de encontrar una analogía ¿podrá estar seguro de ella?

La verosimilitud de las hipótesis obtenidas mediante el uso de la analogía guiada por los anteriores axiomas es otro de los problemas que suscita este peculiar tipo de razonamiento. Habitualmente no se encuentra en los trabajos publicados un esfuerzo de contrastación, no ya en el sentido carnapiano, más propio de las Ciencias Naturales, sino ni siquiera en el de Popper -refutaciónismo-, que ha adquirido mayor fama en las Ciencias Sociales: dada una hipótesis cualquiera, por ejemplo, la semejanza entre los escudos con escotadura en Y y los del Mediterráneo Oriental, si en un sólo caso se demostrara su inviabilidad, la hipótesis resultaría falsa. Desarrollando este supuesto: la hipótesis a contrastar afirma

"Los escudos de las Estelas son morfológicamente semejantes a los del Mediterráneo Oriental, como estos últimos se datan en el siglo VIII a.C., los escudos de las Estelas y, consiguientemente, las Estelas mismas, tendrán idéntica datación.

Si el criterio de verdad de la hipótesis depende del método usado para generarla -la analogía-, nada se podrá hacer para contrastarla, porque cualquier intento de refutar la hipótesis ha de pasar, necesariamente, por la aceptación o el descrédito de la analogía, y no se darán las condiciones objetivas mínimas para la investigación: yo puedo afirmar que estos dos objetos se

parecen, mientras que otro investigador afirmará lo contrario.

Considerese, no obstante la segunda parte de la hipótesis, que obliga a todos los escudos ibéricos semejantes a los orientales a tener una fecha dentro del siglo VIII a.C. Si se aceptara, en principio, la semejanza entre ambas series de escudos, ¿datan, realmente, todas las Estelas en ese momento? El ejemplo de Baraçal y de las provenzales, con la asociación espada pistiliforme/escudo, así como la abundante presencia de Fíbulas de Codo, indica todo lo contrario. Invalidando el Axioma de la Perduración es posible reducir al absurdo la hipótesis, rechazándola sin tener que entrar en los riesgos que supone calibrar la similitud no recurriendo a métodos matemáticos: las Estelas parecen ser todas *anteriores* al siglo VIII a.C., luego los escudos representados en ellas, también lo serán. Por tanto, a no ser que los escudos ibéricos sean los prototipos de los orientales (Bouzek 1985), la hipótesis anterior es falsa.

Idéntico planteamiento se puede hacer a los partidarios de la hipótesis indoeuropeista. Empíricamente no se constata evidencia de un aporte étnico durante el Bronce Pleno-Final. El único material relativamente exótico, al margen de la metalurgia atlántica, son las cerámicas excisas del horizonte Cogotas I, consideradas por la mayoría de investigadores como producto autóctono y no importado. Otra vez una contrastación negativa que invalida la hipótesis.

Entonces, si ni orientalistas ni indoeuropeistas aciertan con el correcto tratamiento de la cuestión, ¿qué solución cabe al problema?, ¿acaso la tercera propuesta en discordia, la Hipótesis Orientalista-Indoeuropeista Ecléctica? Los partidarios de esta última afirman que los carros, espejos, peines, así como algunos tipos de casco, son testimonio del contacto de los constructores de Estelas con los comerciantes llegados al sur de la Península Ibérica procedentes del Mediterráneo Oriental. Ahora bien, ¿en qué fecha se produce ese sincretismo Oriente-Occidente? Si las Estelas son anteriores al siglo VIII a.C. -una datación posible sería entre los siglos XI-IX a.C.-, se nos ofrecen diversas alternativas, todas ellas sugerentes:

- llegada de elementos orientales -contactos comerciales- anteriores a la "Colonización" Fenicia propiamente dicha
- perduración de las Estelas hasta entroncar con la Colonización Fenicia
- Inviabilidad de los contactos con el Mediterráneo Oriental, entronque con la Hipótesis Indoeuropeista Estricta.

El primer punto no tiene, hoy por hoy, una contrastación fiable, ya que aparte de los motivos comentados no hay otros elementos que permitan asegurar los contactos con el Oriente en esa época. Sería, pues una hipótesis rechazable según el Criterio de Carnap -sin contrastación positiva-, pero aceptable desde el punto de vista de Popper, pues no hay, momentáneamente, refutación.

El segundo punto es mucho más discutible. Se ha convertido en un lugar común el postular la perduración de las Estelas hasta los siglos VII-VI a.C., y el único punto de apoyo de esta hipótesis es la colonización fenicia. Si los espejos, peines y cascos llegaron a la Península por su intermedio, entonces habría que datarlos en el siglo VII a.C., fecha que, de ningún modo, puede aceptarse para las Estelas con espada pistiliforme o de lengua de carpa y con fíbulas de codo. Nuevamente una contrastación negativa: sin ir más lejos, la Estela de Brozas presenta la asociación de espejo, peine y fíbula de codo, cuya cronología ha de ser anterior a las de la Ria de Huelva, como se verá más adelante, y, por tanto, anterior a la llegada de los materiales fenicios. Una salida fácil sería suponer que durante los siglos VII-VI a.C. aún se utilizaban las fíbulas de codo y los escudos con escotadura, creencia falsa según se desprende de la difusión en esa misma zona de fíbulas de doble resorte.

Queda, finalmente, la tercera alternativa, que esas representaciones de objetos de lujo grabadas en las Estelas no sean de procedencia oriental. Hay constancia de su existencia en contextos indígenas del siglo X a.C. (Roça do Casal do Meio, cf. Spindler et al. 1973-1974, si bien esa cronología ha sido criticada por otros autores, p.e. Fernández Castro 1988). De ahí que tenga tantos fundamentos una explicación de las Estelas que no recurra para nada a contactos con el Oriente, como otra que recurra a ellos.

La diferencia entre Orientalistas y Indoeuropeístas en el estudio de las Estelas de la Edad del Bronce en la Península Ibérica es, pues, analítica y no empírica. Es decir, que la inferencia nace, no de una inducción precisa y formalizada, sino de una deducción a partir de ciertos axiomas de validez discutible. Resulta por tanto irónico que los partidarios más radicales de las Hipótesis Orientalistas sean a su vez los más exaltados críticos de la Nueva Arqueología de inspiración americana, que en sus primeras publicaciones defendió una explicación deductiva estricta, si bien sus axiomas son enteramente diferentes.

¿De qué otra forma se puede emprender el estudio de las Estelas? La investigación sobre grupos regionales están aún por hacer, a pesar de los tímidos intentos que se han publicado (Enríquez y Celestino 1984, Berrocal 1987). Por otro lado, creo que es posible intentar al me-

nos un análisis estadístico profundo que proporcione información acerca de la evolución de esos monumentos en el espacio y en el tiempo; ese estudio estadístico consistiría en la "traducción" de los enunciados cualitativos en forma matemática (índices de similaridad) con el fin de crear matrices de similaridad susceptibles de ser transformadas por métodos factoriales.

Es evidente que un estudio estadístico encontrará los mismos problemas que el cualitativo. Pero al menos se soslayará la mayor de todas las objeciones: esa evaluación de "sentido común" que se encuentra en el seno de todas las analogías. Algunos axiomas serán, a pesar de ello, los mismos.

## Capítulo V

### Problemas en la Descripción y Explicación de los Grabados

No hay que imaginarse el conjunto de las Estelas Prehistóricas en la Península Ibérica como un todo homogéneo. Hay motivos que aparecen en muy pocos casos; otros, en cambio, son frecuentes en la mayoría de ejemplares disponibles. Entre estos últimos destaca, principalmente, la representación de **espadas** (fig. 3).

Almagro Basch (1966: 144-154) distingue, en principio, tres tipos:

- 1) una espada larga y ancha que poco a poco se hace puntiaguda. En las representaciones más realistas se aprecia su hoja tosca y cortante, con empuñadura bien señalada, unas veces con el pomo esférico (Estelas de Sta. Vitória y Assento) y otras menos acusado (Estelas de Defesa y São João de Negrilhos). En otras ocasiones, la empuñadura es muy compleja, con un pomo final formado por dos bolas unidas por un collarino o un apéndice superior y dos laterales en el pomo (Trigaxes I, Mombeja I). En resumen, se trata de un tipo de espada de hoja larga y sujeta a la empuñadura con enpalme muy grueso y fuerte y empuñadura de ricos y adornados pomos con coronamiento final de aparatosa estructura. Prácticamente todas las armas de este tipo están representadas dentro de vainas, que serían de cuero, a veces reforzadas en la boca con un dobléz o banda de cuero

2) espadas con empuñadura ligada por una lengüeta a la hoja de la espada, más larga, estrecha, puntilaguda y ligera que las del tipo anterior. A esta lengüeta se le añadiría, como complemento, las cachas y pomos de la empuñadura. En algunas representaciones, los voluminosos empalmes para sujetar la hoja han sido sustituidos por simples gavilanes cruciformes o angulares (Solana de Cabañas, Torrejón del Rubio I, Carmona, etc.) propios de espadas con empuñaduras más ligeras que terminan en pomos cruciformes (como la estela de Brozas).

3) espadas con la empuñadura de bronce maciza, fundida a la vez que la hoja.

Dado que los ejemplares de estos dos últimos grupos no han sido grabados con vaina (1), Almagro Basch consigue realizar una tipología de las hojas. También en este caso define tres grupos:

1) hoja ancha, de perfil pistiliforme y empuñadura en forma de U (Ibahernando)

2) hoja de bordes más paralelos y con el aguzamiento muy acusado (Brozas)

3) hojas de perfil en *lengua de carpa*.

Esta construcción tipológica de las representaciones de espada en las Estelas presenta algunos inconvenientes, que han sido señalados, entre otros, por M. Almagro Gorbea (1977). M. Almagro Basch ya indicó la dificultad de distinguir entre los tipos 2 y 3 de espadas: la forma de las cachas que complementaban las espadas de empuñadura de lengüeta deberían ofrecer estructuras muy semejantes a las de empuñadura maciza; comparense, sino, las espadas en las Estelas de Eciija I (empuñadura con cachas rectas y paralelas, cf. Almagro Basch 1974) y la de Zarza de Montánchez (con empuñadura *maciza* según Almagro Gorbea y Sánchez Abal 1978: 421). En este mismo orden de cosas, ¿cómo interpretar la curiosísima empuñadura en la Estela de Robledillo de Trujillo (Almagro Basch 1966: 81)?

Da la impresión como si este investigador hubiese intentado hacer coincidir los 3 tipos genéricos de espada del Bronce Final con las representadas en las Estelas, lo cual puede llevar a errores de interpretación (2).

---

(1) Una excepción sería la Estela de Capilla III (Enríquez y Celestino 1984).

(2) A este propósito es interesante la indicación que hacen I. Rodríguez y E. Núñez (1984: 289ss.) en su análisis de la Estela de Eciija II: para ellos la espada representada "se





Fig. 3 Dibujos esquemáticos de algunas de las espadas representadas en la Estelas Prehistóricas Ibéricas: 1.- Abela 2.- Assento 3.- Defesa 4.- Gomes Aires 5.- Mombeja I 6.- Pedreirinha 7.- São João de Negrilhos 8.- Santa Vitoria 8. (bis).- Brozas 9.- Aldea del Rey I 10.- Aldea del Rey I 11.- Aldea del Rey II 12.- Burguillos 13.- Cabeza de Buey I 14.- Cabeza de Buey III 15.- Capilla III 16.- Cuatro Casas 17.- Cortijo Gambarrillas 18.- Ecija I 19.- Ecija II 20.- El Carneril 21.- Viso III 22.- Ervidel II 23.- Fuente de Cantos 24.- Granja de Céspedes 25.- Hernán Pérez 26.- Ibahernando 27.- Longroiva 28.- Magacela 29.- Monte Blanco 30.- Robledillo 31.- S. Martín de Trevejo 32.- S. Ana de Trujillo 33.- Solana de Cabañas 34.- Torrejón del Rubio I 35.- Torrejón del Rubio III 36.- Torrejón del Rubio IV 37.- Tres Arroyos 38.- Valencia de Alcántara I 39.- Valencia de Alcántara II 40.- Zarza de Montánchez 41.- Arroyo Bonaval 42.- Trigaxes I 43.- Pova de Varzim 44.- Chaves 45.- Chaves 46.- Preixana 47.- Faiões 48.- Valdefuentes 49.- Segura 50.- Sejos 51.- Peñatu de Vidiago 52.- Tabuyo 53.- Fóios 54.- Baraçal 55.- Tapada da Moita 56.- Salem (diferentes escalas).

Almagro Basch, en su trabajo clásico ya citado, considera que algunas de las representaciones de espadas no son propiamente tales, sino **puñales** o **machetes** (1). Distingue tres tipos:

1) puñal o espada corta con empuñadura de lengüeta y hoja idéntica a las espadas, pero de menor tamaño. Por ejemplo, Magacela y, quizás también, Esparragosa de Lares (cf. Almagro Basch 1966, Enríquez y Celestino 1984)

2) puñal o espada corta de un sólo filo, hoja ancha y grueso enmangue a manera de machete; más parece un sable que una espada. Por ejemplo, Alburquerque, Torrejón del Rubio I (Almagro Basch 1966); también en Capilla III, al decir de D. Vaquerizo (1985).

3) el caso de la Estela de Longroiva, cuya espada es considerada como puñal por De la Peña Santos (1980). Semejante al figurado en una de las Estelas del Collado de Sejos (Bueno et al. 1985).

En algunas de las Estelas aparecen también unos grabados que la práctica totalidad de investigadores interpreta como **alabardas** (fig. 4). H. Schubart ha dedicado a estas representaciones un estudio particular (1973: 266ss.): estas armas aparecen figuradas con hojas de forma estrecha, *doblándose ligeramente hacia el mango*; en algunos casos (Estela de Assento), la hoja es fuerte, casi curvada, como una hoz. El mango es por lo general recto, a veces muy largo, y su extremo superior se dobla ligeramente sobre la hoja. En la Estela antes mencionada (Assento), donde el grabado tiene un gran realismo, el extremo inferior del mango termina en un botón muy grueso y curvado fuertemente en la zona donde va enmangada la hoja. Debieron corresponder a unas armas marcadamente estrechas, no reconociéndose las cabezas de

---

paraleliza con la que aparece en Ecija I, si bien en esta última el modo de representación es distinto". En consecuencia, ¿no se habrán confundido formas de representación iconográfica diferentes con tipos de espada distintos, llevados por la "necesidad" de paralelizar las representaciones con el material arqueológico?

- (1) El único caso evidente de puñal (contrastando su tamaño, ya que no su forma, con la espada) es el de Aldea del Rey I (Valiente y Prado 1978). Si nos fijamos en la espada de la Estela de Capilla III (Vaquerizo 1985) y el presunto "puñal" (atribución de V. Soria Sánchez 1983) en la Estela de Torrejón del Rubio IV, ¿no podríamos considerarlos a ambos como espadas enfundadas en su vaina? Queda abierta la cuestión.

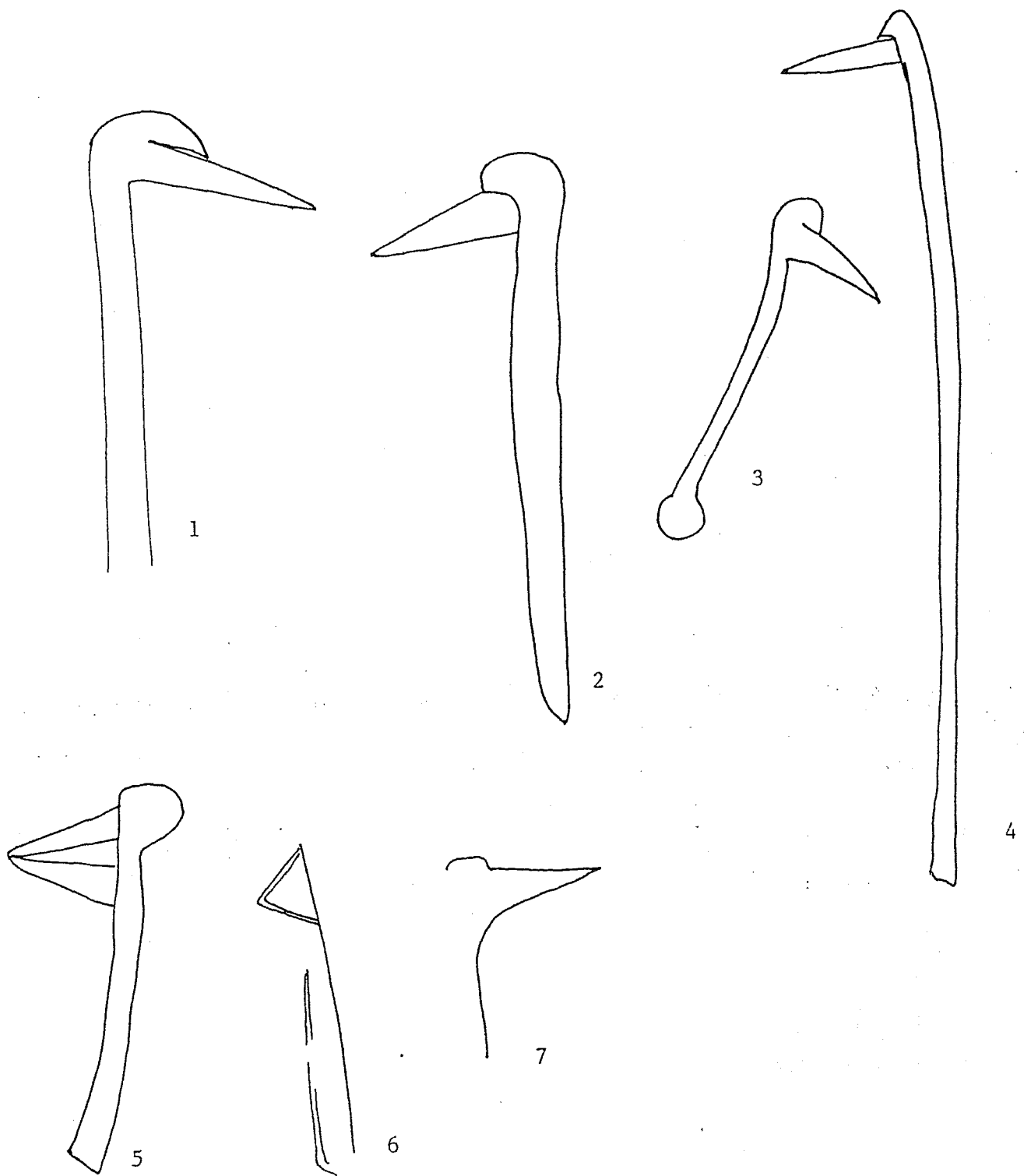


Fig. 4 Dibujos esquemáticos de las alabardas representadas en las Estelas Prehistóricas de la Península Ibérica: 1.- Trigaxes I 2.- São João de Negrilhos 3.- Assento 4.- Abela 5.- Longroiva 6.- Tabuyo 7.- Valdefuentes

remache (1).

A. de la Peña Santos (1980) encuentra pequeñas diferencias entre las representaciones, distinguiendo las alabardas de hoja más estrecha y puntiaguda, con mango corto, de las que tienen los lados más paralelos (Trigaxes I) o de las que son triangulares y muy estrechas (Abela). Considera este autor, no obstante, que se trata de meras diferencias de la técnica del grabado y no del prototipo de alabarda al que hace referencia.

El único caso de alabarda que difiere de las demás es el de Longroiva: la hoja es muy ancha, con un nervio central también bastante ancho; el mango es más fuerte y se ensancha por encima de la hoja, y está vuelto para atrás; éste se adelgaza ligeramente hacia la parte de abajo y termina en un botón reforzado por uno de los lados.

Siguiendo con las armas que aparecen en las Estelas de la Edad del Bronce peninsular hay que hacer mención de las **lanzas** (fig. 5). Su estudio ha sido bastante descuidado en los últimos años, la mayoría de investigadores han seguido al pie de la letra las conclusiones obtenidas por Almagro Basch (1966: 179ss.). Para este autor, el tipo de lanza dibujado consiste en un largo ástil de madera terminado en una contera o regatón, que en algunos casos ofrece un extremo esférico. Predomina el tipo de hoja ancha, con nervio central, si bien en algunas Estelas (Magacela, Torrejón del Rubio III) la hoja es del tipo *lengua de carpa*, al igual que las espadas.

Más problemas de explicación sugieren las figuras consideradas como **hachas** (Fig. 6). Almagro Basch (1966: 177ss.) diferencia dos tipos, ambos presentes en la misma Estela (Assento):

- 1) de perfil trapezoidal, muy alargado, enmangada a base de su incrustación en un astil de madera, cuya cabeza gruesa ha sido preparada para recibir la contera del hacha, que queda así amarrada
- 2) hacha enmangada a base de pasar el astil por un orificio que ofrece el cuerpo del arma en su base.

---

(1) Es posible que estas armas no estuviesen unidas por remaches. El propio Schubert así lo parece sugerir cuando menciona el caso de la Estela de Abela, en donde sí figuran los remaches de las espadas. Santonja Gómez y Santonja Alonso proponen otra interesante hipótesis: basándose en el hallazgo de alabardas de sílex en la zona en la que apareció la Estatua-Menhir de Valdefuentes, la alabarda allí representada sería, entonces, de sílex y no metálica (Santonja y Santonja 1978). ¿Puedo esto aplicarse a los casos restantes?

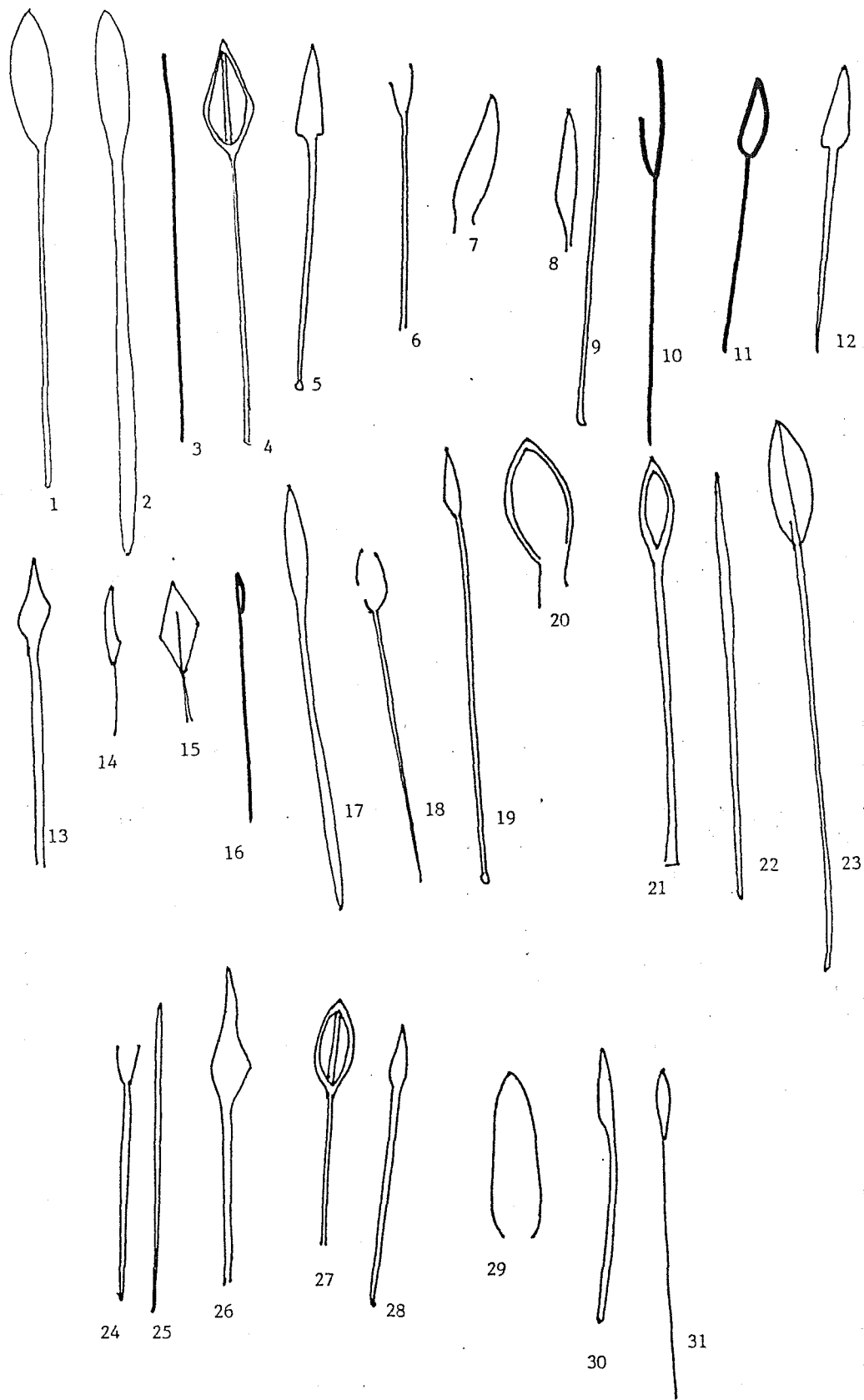


Fig. 5 Dibujos esquemáticos de las lanzas representadas en algunas de las Estelas Prehistóricas de la Península Ibérica: 1.- Benquerencia 2.- Brozas 3.- Burguillos 4.- Cabeza de Buey I 5.- Cabeza de Buey II 6.- Cabeza de Buey III 7.- Capilla II 8.- Capilla III 9.- Cortijo Gambarrillas 10.- Ecija I 11.- El Carneril 12 Viso III 13.- Ervidel II 14.- Esparragosa 15.- Figueira 16.- Fuente de Cantos 17.- Granja de Céspedes 17.- Ibahernando 19.- Magacela 20 Meimao 21.- Monte Blanco 22.- Orelana 23.- Robledillo 24.- S. Martín de Trevejo 25.- Santa Ana de Trujillo 26.- Solana de Cabañas 27.- Torrejón del Rubio I 28.- Torrejón del Rubio III 29.- Valencia de Alcántara I 30.- Zarza-Capilla 31.- Zarza de Montánchez

Con referencia a este elemento cabe señalar las figuras que J.J. Enríquez (1982, Enríquez y Celestino 1984) interpreta como hachas. En primer lugar, la de Zarza-Capilla, en donde aparece un círculo en el que sólo se ha marcado el contorno, y una especie de mango terminado en punta. Sería incluíble en el segundo tipo (1). Al mismo grupo pertenecería, según él, la representación de la Estela de Belalcazar, que consta de dos trazos rectos, uno más corto que surge de uno más grueso y que tienen ambos en el extremo sendos puntos o resaltes. Personalmente, pongo en duda las analogías sugeridas para explicar ambos casos (2).

Varias representaciones han sido consideradas como figuraciones de **cascos** (cf. las ilustraciones en el Corpus General del Apéndice). Unas veces sólo muestran su forma cónica sin cimera, en otras se puede ver el caso del tipo "peine y cimera de punta aguda" (Santa Ana de Trujillo). Además de la cimera se han representado en sus laterales y parte baja unos saledizos a modo de clavos que sobresalen para ornar la base del casco. En la Estela de Cabeza de Buey I, la cimera cae sobre la nuca del guerrero, representada con perspectiva torcida, se visualiza de costado, mientras que el guerrero está representado de frente (Almagro Basch 1966: 170 ss.).

Otro tipo de casco es el de cuernos liriformes, representado simplemente por medio de dos trazos que salen directamente de la cabeza de la figura humana, la cual se representa como mero punto rehundido. Un caso particular es el de la Estela de Ecija II (Rodríguez y Núñez 1984), con los cuernos doblados en U, es decir, hacia arriba en ángulo recto. ¿Defecto del grabado o nuevo tipo de casco? La presencia de la misma convención iconográfica en la Estela de Guadalmez (Ruiz Lara 1986) y en Ecija III (Rodríguez y Núñez 1985) indicaría, quizás, la mayor verosimilitud de la segunda hipótesis.

En algunas Estelas, especialmente la de Solana de Cabañas, se plantea un problema de cierta relevancia: la posición del casco en el eje compositivo de la losa. En la que me refiero, una figura semielíptica ha sido considerada como fíbula o bien como casco cónico. Si en todos los demás casos el casco aparece *siempre* encima de la cabeza del antropomorfo, dando la impresión de que el personaje en cuestión lleva puesto el casco, el motivo de Solana de Cabañas habría que conside-

---

(1) M. Bendala (1984) considera que se trata, en este caso, de un hacha sirio-palestina o mesopotámica (!!!).

(2) Compárense, sino, con el motivo representado en la Estela de La Jarandilla, que por su ubicación sobre la cabeza de la figura podría ser interpretado, inclusive, como un casco (Soria Sánchez 1983). Lo cierto es que en ninguna otra parte aparece así colocado este motivo, de ahí que su atribución correcta sigue siendo un enigma.

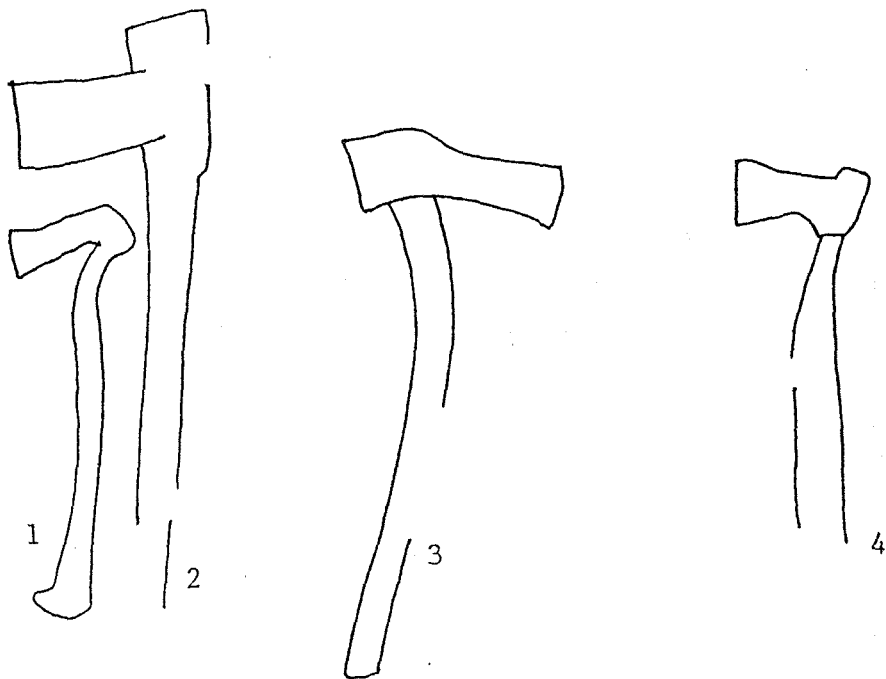


Fig. 6 Dibujos esquemáticos de las hachas representadas en algunas de las Estelas Prehistóricas de la Península Ibérica: 1.- Assento 2.- Assento 3.- Ervidel I 4.- Sta. Vitoria

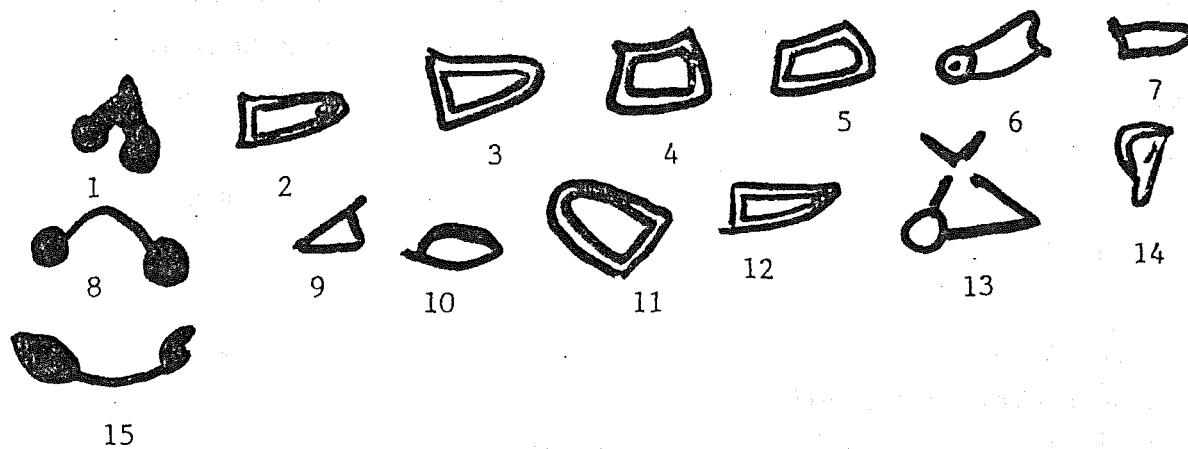


Fig. 7 Dibujos esquemáticos de Fíbulas y motivos en ypsilon (el núm. 1 ha sido descrito como hacha) representados en las Estelas Prehistóricas Ibéricas: 1.- Belalcázar 2.- Brozas 3.- Cabeza de Buey I 4.- Cabeza de Buey II 5.- Cabeza de Buey III 6.- Ervidel II 7.- Las Herencias 8.- La Jarandilla 9.- S. Martinho II 10.-Sta. Ana de Trujillo 11.- Solana de Cabañas 12.- Torrejón del Rubio I 13.- Torrejón del Rubio II 14.- Zarza-Capilla 15.- Torres Alocaz

rarlo como fíbula de arco semicircular y no como casco. La cuestión se complica en la Estela de Santa Ana de Trujillo (Almagro Basch 1966), donde el presumible casco no guarda relación de proporcionalidad con las otras armas (1), y la de Zarza de Montánchez (Almagro Gorbea y Sánchez Abal 1978), en la que aparece posicionalmente asociado a armas y no junto a la figura humana. ¿Se debería suponer, entonces, que también aquí se trata de una fíbula y no de un casco?

El objeto con el cual se confunden, a veces, los cascos representados en las Estelas, es la **fíbula** (fig. 7) (Almagro Basch 1966: 182ss.), si bien no ha faltado quien disintiera de esta atribución generalizada y prefiriese considerar esos grabados, al menos algunos de ellos, como figuraciones de instrumentos musicales (Bendala 1977, 1983).

Almagro Basch, si bien advirtió la imposibilidad de establecer una tipología exacta de las fíbulas representadas, consideró que había razones suficientes para distinguir entre aquellas de:

- 1) arco acodado; por ejemplo Brozas, Torrejón del Rubio I, Cabeza de Buey I
- 2) arco semicircular y pié largo; por ejemplo Santa Ana de Trujillo
- 3) pivotes; por ejemplo Torrejón del Rubio II.

Lo cierto es que la fíbula en la Estela de Santa Ana no acaba de diferenciarse netamente del resto de la serie. Por el contrario, la Estela de Guadalmez cuenta con un motivo que Dolores Ruiz Lara (1986) considera como fíbula de arco semicircular, la cual estaría constituida por un semicírculo limitado en su parte inferior por un trazo recto. Semejantes serían los identificados en Capilla II (sólo un fragmento) y, posiblemente, en Zarza-Capilla, que ha sido atribuido, por otros, a un casco (Enríquez 1982) (2).

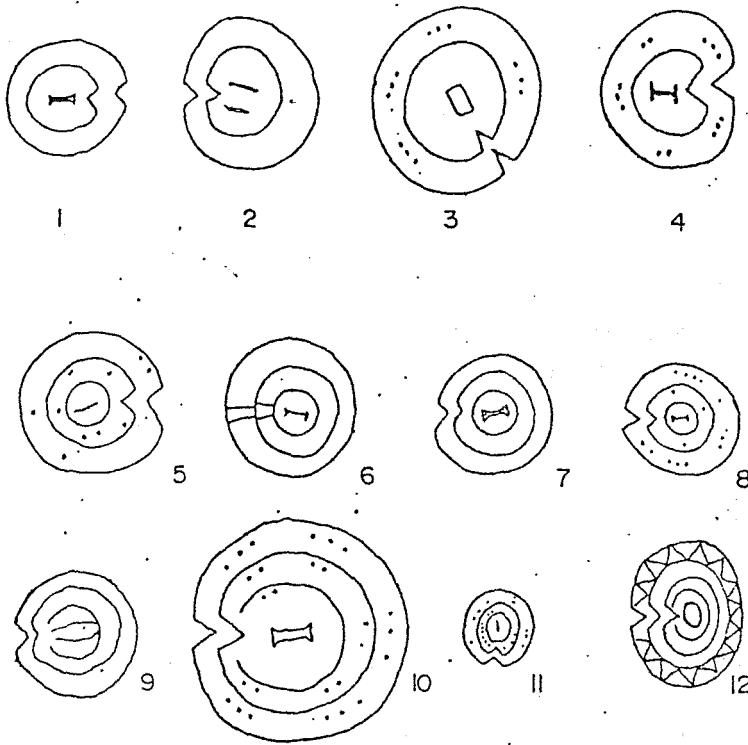
Otro motivo de representación muy frecuente en el conjunto de las Estelas es el de los **escudos** (fig. 8). Almagro Basch (1966: 156 ss.) los describe como redondos, ornados con círculos en relieve interrumpidos por escotaduras en V; también están representados los clavos

---

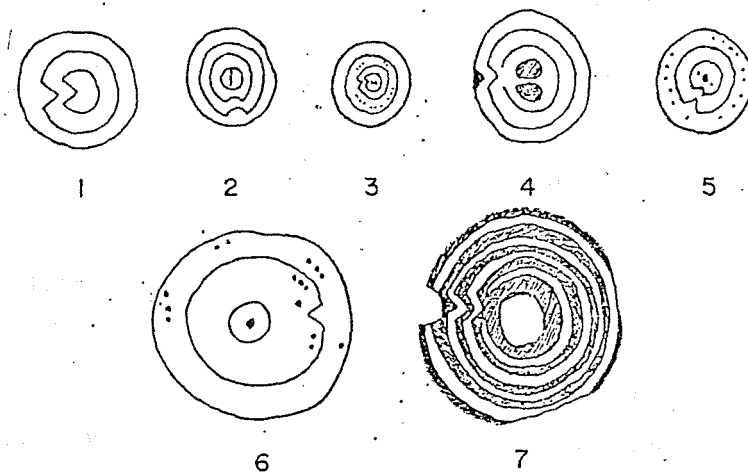
(1) ¿Ejemplo de la reutilización de este tipo de Estelas, tal y como sugiere Mario Varela Gomes (comunicación personal)?

(2) Si el motivo en Solana de Cabañas es una fíbula, difícilmente podría ser descrita como de codo, sino de arco semicircular, pero representada de forma muy distinta a las anteriores. El único paralelo, muy discutible, sería Cabeza de Buey I.

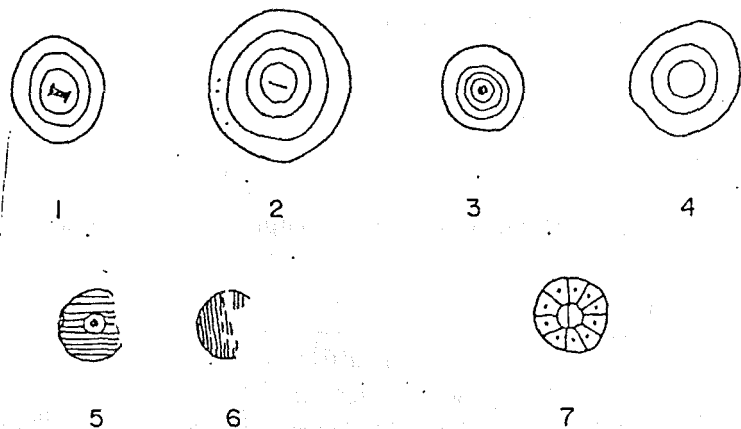




Escudos con escotadura en V de las estelas decoradas extremeñas. Tipo A: 1, Ibahernando; 2, Arroyo Bonaval; 3, Torrejón del Rubio I; 4, Solana de Cabañas. Tipo B: 5, El Carneril; 6, Robledillo de Trujillo; 7, Granja de Céspedes; 8, Santa Ana de Trujillo; 9, Alburquerque; 10, Brozas; 11, Cabeza de Buey I; 12, Valpalmas. Escala 1:15.



Escudos con escotadura en V de las estelas decoradas extremeñas. Tipo C: 1, Zarza de Montánchez; 2, Torres Alcaz; 3, Magacela; 4, Cabeza de Buey II; 5, Ervidel II; 6, Figueira; 7, Substantion. Escala 1:15.



Escudos de las estelas decoradas extremeñas. Tipo D: 1, Cabeza de Buey III; 2, Setefilla; 3, Fuentedecantos; 4, Carmona. Tipo E: 5, Torrejón del Rubio III; 6, Ategua. Tipo F: 7, El Viso. Escala 1:15.

Fig. 8 Dibujos esquemáticos de los escudos representados en algunas de las Estelas Prehistóricas de la Península Ibérica (según Almagro Gorbea 1977, para ilus-

que sujetaban la coraza de bronce a la armazón de madera o piel. Este investigador no distinguió tipos, aunque otros investigadores, que contaban con un Corpus de Estelas más amplio que el empleado por Almagro Basch, sí que han podido realizar un esbozo de clasificación. Así, H. Hernando (1976) diferencia:

- 1) escudos con escotadura en V, entre los que cabe separar aquellos en los que la escotadura aparece en los círculos exteriores, de aquellos en los que aparece en los círculos interiores
- 2) escudos sin escotadura, la mayoría de ellos redondos, inclusive sin los característicos círculos concéntricos de la clase anterior.

Basándose en estas apreciaciones, Almagro Gorbea (1977) elaboró una tipología de escudos que es la más utilizada, hoy en día, para describir los nuevos hallazgos:

- A) con escotadura en V en todos los círculos representados
- B) círculo exterior con escotadura en V e interior sin ella
- C) círculo exterior sin escotadura en V e interior con ella
- D) con círculos concéntricos lisos
- E) con líneas paralelas
- F) con disposición radial.

A estos habría que añadirles uno nuevo, identificado en la Estela de Esparragosa de Lares (Enríquez y Celestino 1984), que fue publicada con posterioridad a la tipología de Almagro Gorbea:

- G) liso, sin líneas en el interior, a excepción de la abrazadera.

El descubrimiento de la Estela de Torres Alocaz (Oliva y Chasco 1976), que mostraba la presencia de un escudo con las escotaduras achaflanadas en forma de U, obligó a considerar la existencia en la Península de escudos de ese tipo, supuestamente de origen nórdico. Una hipótesis alternativa, no obstante, era también plausible: si cuanto más al Sur los escudos de las Estelas perdían las escotaduras en V, sustituidos por prototipos de escudos lisos, la Estela de Torres Alocaz, la más meridional, mostraría la "degeneración" de los escudos propios de Estelas septentrionales. Más adelante volveré a abordar este problema, que da lugar a contradicciones de difícil solución, complicadas por la presencia de escotaduras en U -o de escotaduras en V degeneradas- en el que es uno de los ejemplares encontrados más al Norte: Fóios (Curado 1986).

Tras examinar las armas, habrá que hacer mención de otros motivos que también aparecen en estas losas decoradas. Por su importancia y significación empezaré por la representación de **figuras humanas** (cf. las ilustraciones en el *Corpus General del Apéndice*). La forma de representarlas es muy simple, esquemática. Un trazo recto suele representar el cuerpo, del que salen otros trazos, los brazos y las piernas. En algunos casos se han figurado los dedos de las manos y los pies. La cabeza suele estar indicada por un sólo punto rehundido, aunque en algunas ocasiones se ha grabado, siempre esquemáticamente, los rasgos de la cara. Puestos a hacer tipos, cabría diferenciar aquellas Estelas en las que se ha intentado dar un sentido volumétrico al cuerpo, de aquellas en las que éste es expresado mediante una simple raya (Rodríguez y Núñez 1984). Igualmente, sería un buen criterio taxonómico la movilidad o estaticidad de las figuras.

Es importante diferenciar la *figura del difunto* de las de las figuras secundarias. Estas últimas, grabadas con la misma técnica, pero de menor tamaño y casi nunca en el centro de la composición, han sido interpretadas de muchas maneras: "los hijos del muerto" (Almagro Basch 1974), sus "servidores" (Almagro Gorbea 1977), "bailarines" (Bendala 1977), etc. I. Rodríguez Hidalgo (1983) ofrece una curiosa lectura de este problema:

"La notable diferencia de tamaño, la actitud arrogante del guerrero con respecto al segundo personaje, la no presencia de un carro que nos evoque la figura de un sirviente (auriga), el atipismo de la representación de un «escudero», y, sobre todo, el hecho de que este otro personaje aparezca representado en un segundo plano, relegado y en una posición inclinada con respecto al eje vertical de la composición nos lleva a interpretarlo como un vencido, que bien pudiera personificar la sumisión o victoria sobre un pueblo o tribu" (Rodríguez Hidalgo 1983: 230).

Esas mismas características llevan a Gomes y Monteliro (1977a: 188 ss.) a interpretar las dos figuras secundarias de la Estela de Ervidel II, una de las cuales es claramente fálica, como la "representación «muerta» del personaje grabado en el nivel superior (el difunto rodeado de sus armas), enterrado con otra persona, figurando quizá el *satí* ritual en el que los siervos o la mujer eran obligados a acompañar a su señor en la sepultura".

Todas estas adscripciones y calificaciones surgen de la constatación del menor tamaño y marginación con respecto al eje compositivo de esas figuras. No es ese el caso de Estelas como Valdeterres, El Viso II o Guadalmeéz, que presentan dos figuras antropomorfas, una a cada lado del escudo o motivo central, sin que exista una subordinación o una menor consideración de una con respecto a la otra (Iglesias 1980a, Bendala et al. 1980, Enríquez y Celestino 1984, Bueno et al. 1984, Ruiz Lara 1986).

En ciertas estelas aparece un **motivo ancoriforme** (fig. 9) que ha sido considerado como hacha de combate de corte o boca acusadamente curva (opinión de Leite de Vasconcelos a principios de siglo) o como ídolo dolménico o dios de la fecundidad (sugerencia del abate Breuil). Iconográficamente, su criterio de representación es muy homogéneo: dos extremidades curvadas en forma de hacha o media luna; la extremidad inferior es siempre menor y menos desarrollada que la superior; en algunos casos, este extremo inferior es curvo y en otras recto o plano (Almagro Basch 1966, 1967, Gomes y Monteiro 1977a).

En la Estela de Panoias de Ourique se han representado los ojos, lo cual puede dar pie a interpretar este motivo como un ídolo: la curva superior representaría la cabellera y el tocado, siendo el resto del cuerpo central la nariz. Se trataría, posiblemente, de un objeto que su propietario llevaría colgado del cuerpo, sobre el pecho, como se deduce de las dos correas que a veces se han señalado saliendo de la parte superior de la curva. Esta hipótesis, sin embargo, es difícil de mantener en tanto en cuanto su representación es de un tamaño semejante al de la espada: resultaría difícil e incomodo llevar a modo de colgante un objeto de casi un metro de largo. Propongo interpretarlo como símbolo de identidad de clan o de grupo familiar, a modo de cetro, bastón de mando o escudo heráldico; quizás se colgara de una pared o de un bastidor.

En su libro de 1966, Almagro Basch calificó una serie de representaciones -pequeños rectángulos de los que salían numerosos trazos- como **broches de cinturón**. En otro estudio publicado en 1974 reconsideró su postura anterior, denominándolos **peines**, sobre todo tal y como aparecen en la Estela de Eciija I, en la que han sido grabados con gran realismo las 10 púas del peine. Demasiados trazos como para ser considerados los garfios de un broche de cinturón. M. Bendala, por el contrario, prefiere interpretar esos objetos como **instrumentos musicales**. Este autor, basándose en la proporción de tamaño de estos elementos en comparación con los demás, sugiere considerarlos variantes de instrumentos de cuerda (Bendala 1977, 1983, Blázquez 1983) (fig. 10).

En la Estela de Capilla I (Enríquez y Celestino 1982) aparece un trapecio con el interior grabado aunque sin ningún motivo decorativo. Los investigadores que han publicado esta Estela lo consideran un cinturón. Muy semejante, por no decir idéntico, es el de Capilla III. Estos mismos autores insisten en reinterpretar el pequeño cuadrado con apéndices laterales que aparece en Cabeza de Buey I (Almagro Basch 1966). Se me ocurre una objeción ¿cuál puede ser la función de grabar sólo el broche de un cinturón? En todo caso se representaría el cinturón completo, como en Torrejón del Rubio II, Villar del Ala o Preixana. Si en algunas tumbas (p.e. en la necrópolis de Setefilla) se han encontrado esos broches es porque se ha perdido el cuero y no

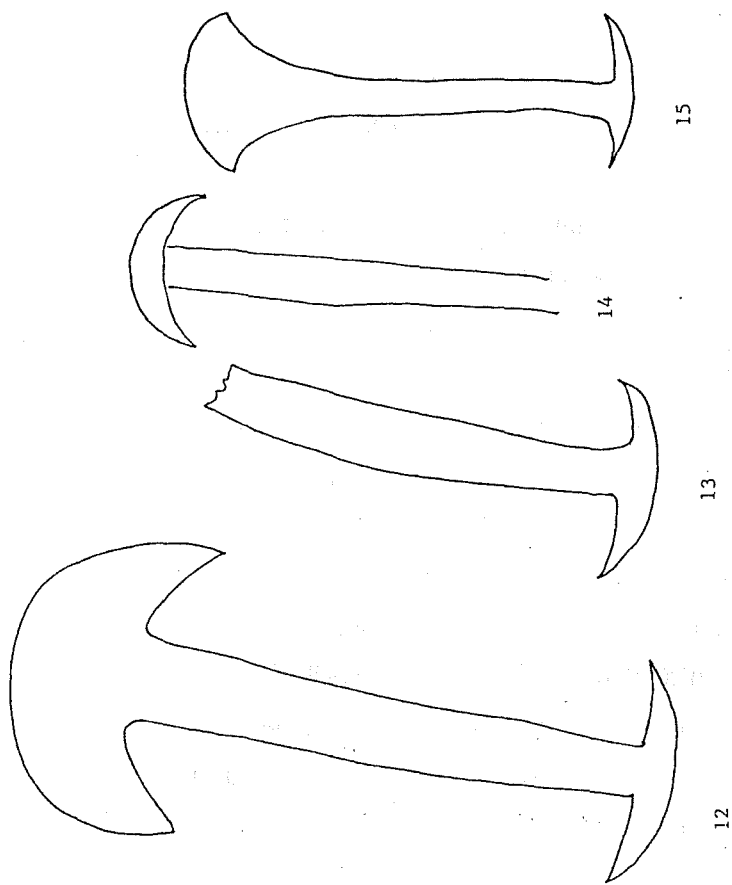
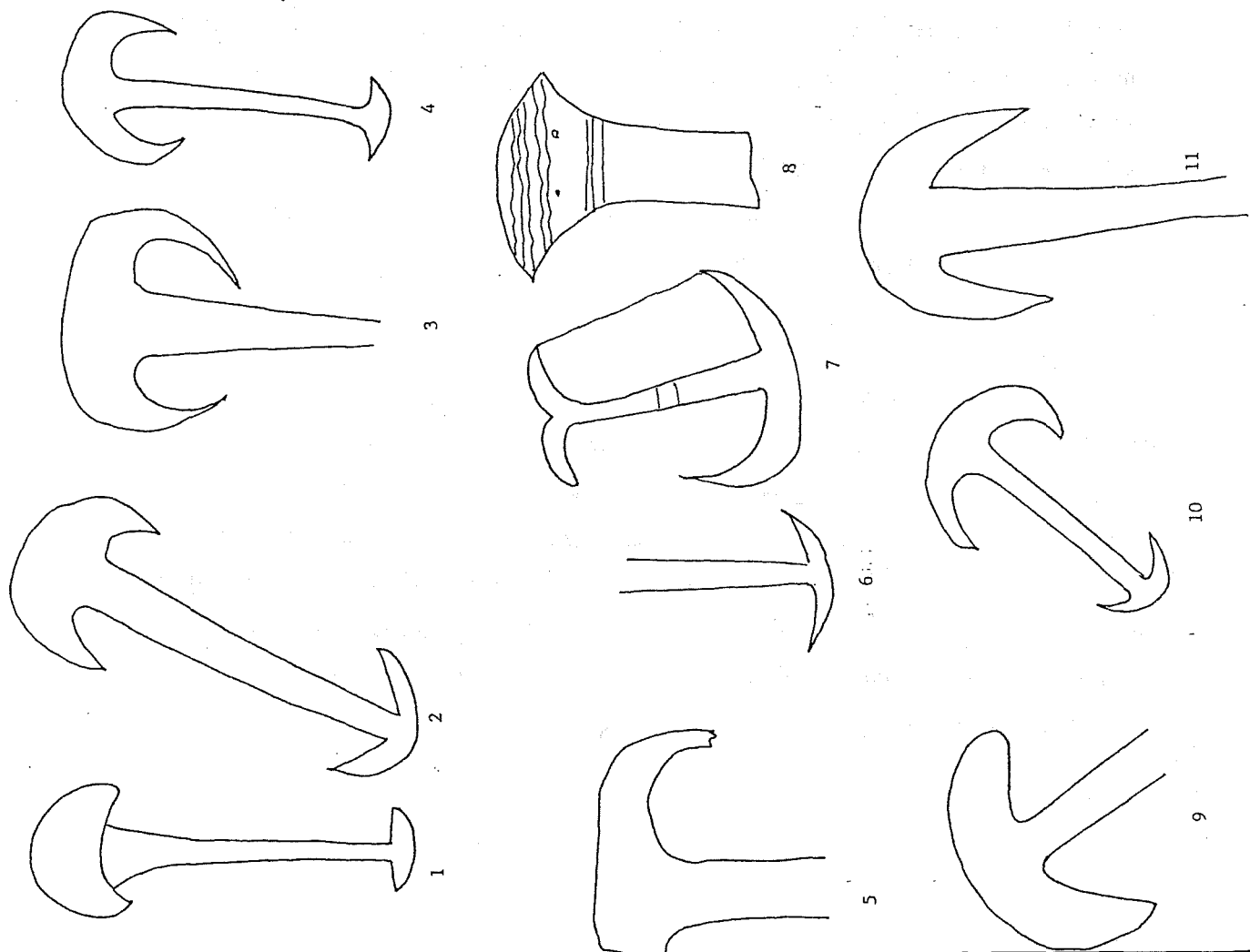


Fig. 9 Dibujos esquemáticos de los ancoriformes representados en las Estelas Prehistóricas de la Península Ibérica: 1.- Abela 2.- Assento 3.- Castro Verde 4.- Defesas 5.- El Torcal 6.- Ervidel I 7.- Gomes Aires 8.- Mombeja I 9.- Panoias 10.- Pedreirinha 11.- São Salvador 12.- Sta. Vitoria 13.- Trigaxes II 14.- Alfarrobeira 15.- Tapada da Moita



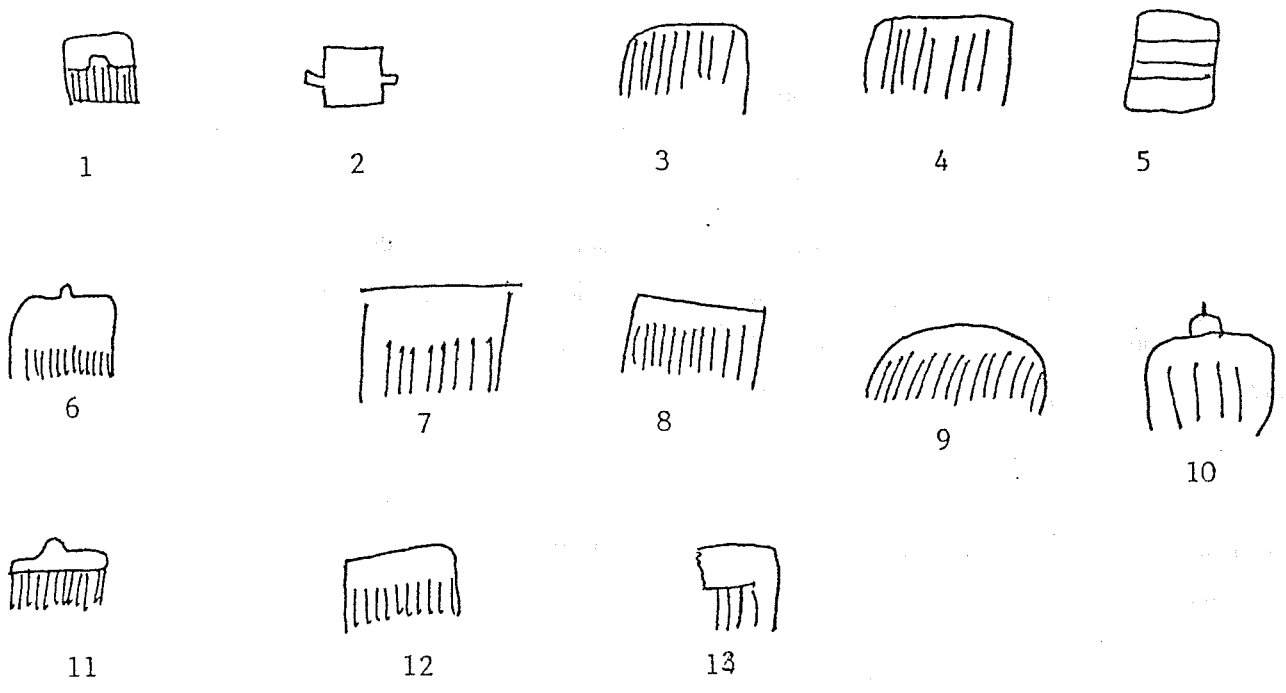


Fig. 10 Dibujos esquemáticos de algunos de los "peines" o "broches de cinturón" representados en las Estelas Prehistóricas de la Península Ibérica: 1.- Brozas 2.- Cabeza de Buey I 3.- Cabeza de Buey II 4.- Cabeza de Buey III 5.- Capilla III 6.- Gambarrillas 7.- Ecija I 8.- Ecija III 9.- Viso I 10.- Ervidel II 11.- Esparagosa 12.- Fuente de Cantos 13.- Torrejón del Rubio II

porque hayan enterrado al individuo con un cierre como ajuar característico. Con todo, la pregunta sigue sin una respuesta clara.

Los **espejos** (fig. 11) suelen representarse como círculos u óvalos con un trazo que hace las veces de mango. Hay que decir, no obstante, que en ocasiones han sido considerados como mazas (Rodríguez 1983), navajas de afeitar, "cabezas de enemigo cortadas" o como un simple cazo (cf. la polémica en Almagro Basch 1966: 188 ss.) (1).

La variación morfológica que registra este motivo no es muy amplia: el cuerpo puede ser más o menos circular u ovalado, el mango más o menos corto. Incluso el conjunto puede adoptar una silueta piriforme (Gambarrillas, Burguillos, Capilla II). Diferente de todos ellos son los supuestos "espejos" de Ecija I y II, Capilla III y Guadalmez; inclusive se ha llegado a decir que el de Capilla III sería un carro (Rodríguez y Núñez 1984, Enríquez 1982, Ruiz Lara 1986). Esos motivos se componen de un óvalo rebajado en la piedra, del que sale hacia abajo un mango que vertebraba tres hoyuelos circulares; por encima de ellos aparece un trazo perpendicular al mango. I. Rodríguez y E. Núñez lo interpretan como espejo oval con mango decorado con resaltes y gavilán recto (Rodríguez y Núñez 1984).

La mayor parte de investigadores está de acuerdo en considerar como **carros** (Fig. 12) el elemento del que voy a ocuparme ahora (2). Como característica general, aparecen representados en perspectiva aérea, yuxtaponiendo los elementos que se perderían en esa perspectiva, que son las ruedas, asidero y el tiro. Todos los carros presentan dos ruedas (Celestino 1985) o cuatro (Almagro Basch 1966): Sebastián Celestino supone que no hay tales carros con cuatro ruedas, sino que se trata de prototipos con los asiderados superdesarrollados (3). Estos asideros debían ir decorados en los prototipos reales, de los cuales los grabados en las

- 
- (1) M.G. de Figuerola resume los argumentos que se han dado en favor de la atribución como espejos: a) hallazgo arqueológico de espejos b) el uso de espejos en el mundo funerario del Mediterráneo c) la interpretación de ese objeto a partir de una relación con las llamadas *palettes* del arte rupestre de Valcamónica, que tienen un marcado carácter funerario. Este autor propone nuevas interpretaciones de este elemento: hebillas circulares, alfileres de cabeza circular y plana (de Figuerola 1982).
- (2) Es dudosa la interpretación de la Estela de El Viso II (Iglesias 1980a, Bendala et al. 1980). Tras el examen directo de la pieza en el Museo Arqueológico de Córdoba, la considero como representación de una tercera figura humana, con los brazos sobre la cabeza.
- (3) Sin embargo, en la Estela de Solana de Cabañas sí que se pueden observar cuatro ruedas. según T. G. E. Powell (1976) es un error del grabador, que no pudo corregir el trazo que ya había hecho.

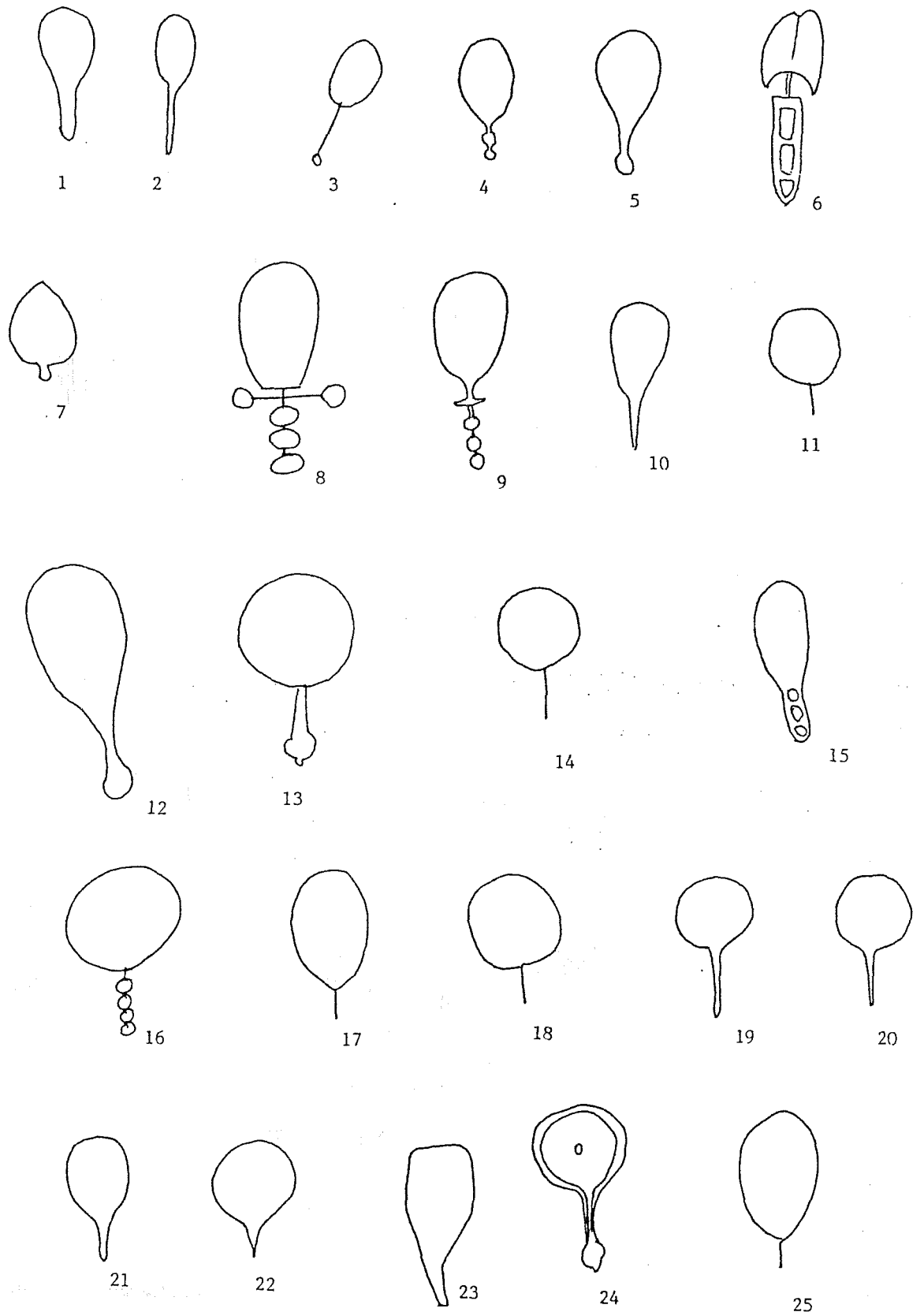


Fig. 11 Dibujos esquemáticos de los "espejos" representados en las Estelas Prehistóricas de la Península Ibérica: 1.- Brozas 2.- Burguillos 3.- Cabeza de Buey II 4.- Cabeza de Buey III 5.- Capilla II 6.- Capilla III 7.- Gambarrillas 8.- Ecija I 9.- Ecija II 10.- Ecija III 11.- Viso I 12.- Viso IV 13.- Ervidel II 14.- Fuente de Cantos 15.- Magacela 16.- Montemolín 17.- Trevejo 18.- S. Martinho II 19.- Solana de Cabañas 20.- Torrejón del Rubio I 21.- Torrejón del Rubio IV 22.- Tres Arroyos 23.- Valencia de Alcántara I 24.- Zarza-Capilla 25.- Zarza de Montánchez



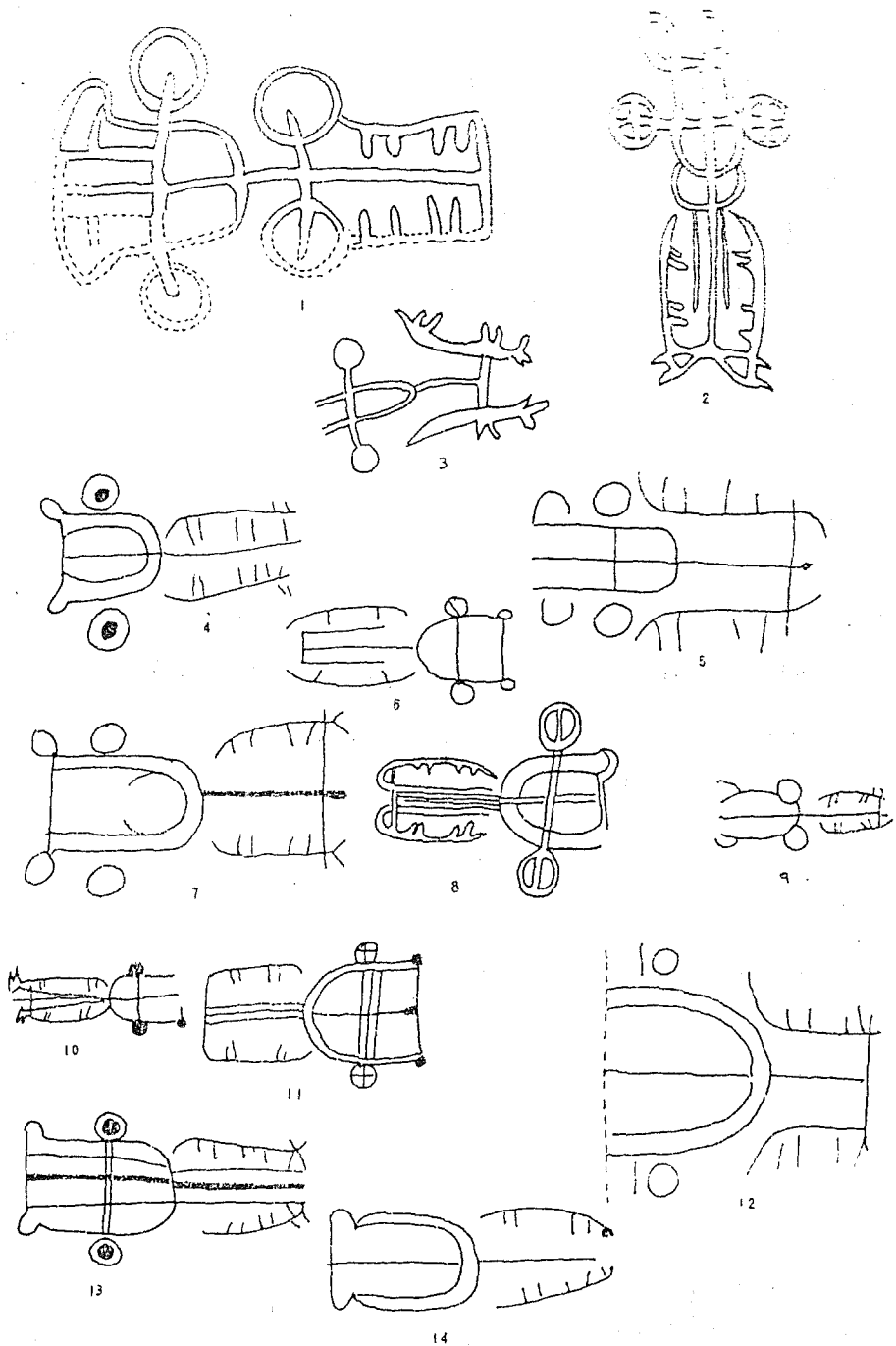


Fig. 12 Carros representados en las estelas, 1. Solana de Cabañas, 2. Cabeza del Buey I, 3. El Viso III, 4. Fuente de Cantos, 5. Cuatro Casas (Carmona), 6. Zarza de Montánchez, 7. Torrejón el Rubio I, 8. El Viso III, 9. El Viso I, 10. Cabeza del Buey II, 11. Ategua, 12. Valencia de Alcántara II, 13. Zarza Capilla y 14. Las Herencias. (según S. Celestino 1985).

Estelas son reflejo, de ahí que se les otorge tal desarrollo en su iconografía. En cuanto al resto de los elementos compositivos: caja abierta por detrás en forma de lira; por delante la caja es redonda y ofrece un largo timón central al que se unen los animales. Ciertamente hay algunas diferencias entre los carros de las distintas Estelas; así, en Torrejón del Rubio I se constata la existencia de dos bastidores o refuerzos laterales que no se señalan en los demás carros; en unos, el eje de las ruedas está cuidadosamente grabado, mientras que en otros ni siquiera aparece; a veces el tiro parte del pescante de la caja, pero en otras no se representa. Según S. Celestino, que ha dedicado un estudio específico a estos carros (1985) todas esas diferencias carecen realmente de importancia, pues vienen dadas por las distintas concepciones estilísticas de cada grabador, unos más esmerados que otros, o por mayores o menores dificultades según el tipo de piedra que tenían que trabajar.

Para acabar esta enumeración de los motivos identificados en las Estelas es preciso citar aquellos que, por haber aparecido en muy pocos de los ejemplares, o por ser de atribución problemática, han sido dejados de lado por la mayoría de investigadores. Empezaré por los conocidos **podomorfos**. Aparecen en las Estelas de Ervidel I y Gomes Aires, y han sido interpretados como "huellas de pies" (Gomes y Monteiro 1977b), con paralelos en el arte rupestre esquemático de la zona. Personalmente no acaba de convencerme esta interpretación (1). Fijémonos, sino, en la Estela de Gomes Aires en la que, curiosamente, no aparece motivo ancoriforme: se puede suponer que, al menos en esa Estela, el podomorfo no sería otra cosa que un ancoriforme "degenerado", con los laterales prolongados al máximo hasta unir los dos extremos de la pieza (2). En el caso de Ervidel I, no obstante, es imposible mantener esa atribución pues en dicha Estela, aunque fragmentada, puede identificarse, sin ningún género de dudas, un ancoriforme clásico. Con todo, el podomorfo de esta última Estela sigue siendo de una morfología muy distinta a la de los del arte rupestre (Gomes y Monteiro 1977b).

Otros elementos de atribución muy problemática son las **series de puntos**. En las Estelas de Capilla I y Belalcazar podrían ser considerados como pendientes (¿también en Monte Blanco?). En otras Estelas (Benquerencia, Cabeza de Buey III, Magacela) aparece una hilera de

---

(1) En base a ella, Gomes y Monteiro elaboran una curiosa y sugestiva interpretación simbólica que, sin embargo, me da la impresión de no estar fundamentada en hipótesis sólidas (Gomes y Monteiro 1977b).

(2) He discutido personalmente esta cuestión con Mario Varela Gomes y debo admitir que no nos hemos puesto de acuerdo: él sigue considerando como un podomorfo esa representación y yo insisto en describirla como ancoriforme. Ni él ni yo tenemos criterios suficientes para hacer cambiar al otro de opinión. La discusión, fue, sin embargo, extraordinariamente enriquecedora.